



Sin novedad  
en el frente  
Erich Maria  
Remarque

Lectulandia

«Soy joven, tengo veinte años, pero no conozco de la vida más que la desesperación, el miedo, la muerte y el tránsito de una existencia llena de la más absurda superficialidad a un abismo de dolor. Veo a los pueblos lanzarse unos contra otros y matarse sin rechistar, ignorantes, enloquecidos, dóciles, inocentes. Veo a los más ilustres cerebros del mundo inventar armas y frases para hacer posible todo eso durante más tiempo y con mayor rendimiento».

Este clásico de la literatura antimilitarista es un relato inclemente y veraz de la vida cotidiana de un soldado durante la primera guerra mundial.

Erich Maria Remarque (seudónimo de Erich Paul Remark, 1898-1970) refleja en esta novela parte de sus experiencias como combatiente en la Gran Guerra. Ante el ascenso del nazismo en su Alemania natal, se trasladó primero a Suiza y luego a Estados Unidos, donde publicó, entre otras obras, *Tres camaradas* (1937), *Arco de triunfo* (1946) y *Tiempo de vivir, tiempo de morir* (1954). *Sin novedad en el frente* (1929), que se convirtió en extraordinario éxito internacional, fue llevada al cine en 1930 por Lewis Milestone y obtuvo los Oscars a la mejor película y a la mejor dirección.

**Lectulandia**

Erich Maria Remarque

# **Sin novedad en el frente**

ePub r1.7

orhi 03.09.14

Título original: *Im Westen nichts Neues*

Erich Maria Remarque, 1929

Traducción: Judith Vilar

Editor digital: orhi

Corrección de erratas: Meddle, ojocigarro, othon\_ot, el nota, longevo y aqui

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Este libro no representa ni una denuncia ni una confesión. Pretende únicamente mostrar una generación que fue destruida por la guerra, aunque escapara a las granadas.*

## I

Nos hallamos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente. Ayer nos relevaron; ahora tenemos el estómago lleno de alubias y carne de buey, estamos hartos y satisfechos. Incluso ha sobrado para otro plato por la noche; además hay doble ración de salchichas y pan: es estupendo. Hacía mucho tiempo que no pasaba eso: el cocinero, con su cara roja como un tomate, nos sirve la comida personalmente; con el cucharón, hace una seña a los que pasan y les sirve una buena ración. Está desesperado porque no sabe cómo terminar el rancho. Tjaden y Müller han encontrado un par de jofainas y las han llenado hasta el borde, como reserva. Tjaden lo hace por gula, Müller por precaución. Nadie se explica dónde mete Tjaden toda esa comida. Sigue, como siempre, flaco como un palillo.

Pero lo más importante es que también nos han dado doble ración de tabaco. Diez cigarros, veinte cigarrillos y dos pastillas de tabaco de mascar a cada uno, no está nada mal. Le he cambiado a Katczinsky las pastillas por los cigarrillos, así que ahora tengo cuarenta. Suficientes para un día.

En realidad todas esas provisiones no eran para nosotros. Los prusianos no son tan espléndidos. Nos las han dado por equivocación.

Hace quince días tuvimos que avanzar hasta primera línea, como reemplazo. Nuestro sector estaba más tranquilo, y por eso el furriel había recibido para el día en que volvimos la cantidad habitual de provisiones y había preparado lo necesario para los ciento cincuenta hombres de la compañía. Pero, sin embargo, precisamente el último día la artillería pesada inglesa nos atacó por sorpresa a cañonazos, que retumbaban sin cesar en nuestro sector, de modo que sufrimos muchas bajas y sólo regresamos ochenta hombres.

Habíamos abandonado el frente por la noche y nos habíamos acostado enseguida para poder descabezar por fin un buen sueño; porque Katczinsky tiene razón: la guerra no sería tan mala si pudiésemos dormir más. En primera línea casi nunca es posible, y pasar allí quince días cada vez es mucho tiempo.

Era ya mediodía cuando los primeros de nosotros salimos a gatas de los barracones. Media hora más tarde cada uno había cogido ya su plato y nos reunimos ante la olla del rancho, que despedía un olor fuerte y apetitoso. Naturalmente, los más hambrientos se pusieron delante: el que tiene las ideas más claras de todos nosotros, Albert Kropp, y que por eso no ha llegado a más que a cabo segundo; Müller V, que todavía lleva consigo los libros de texto y sueña con notas de exámenes (incluso en medio de un bombardeo se dedica a empollar teoremas de física); Leer, que lleva barba y siente una gran predilección por las mujeres de los prostíbulos para oficiales; jura que, por orden de la Comandancia, están obligadas a llevar ropa interior de seda y a bañarse en caso de clientes que sobrepasen el grado de capitán; el cuarto soy yo,



Paul Bäumer. Los cuatro tenemos diecinueve años, los cuatro hemos salido de la misma clase para ir a la guerra.

Justo detrás de nosotros están nuestros amigos. Tjaden, un flaco cerrajero que tiene nuestra edad, el mayor goloso de la compañía. Se sienta a comer flaco y se levanta gordo como un cerdo; Haie Westhus, minero y de la misma edad, puede coger con una mano un pan de munición y preguntar: adivina qué tengo en la mano; Detering, un campesino que sólo piensa en su granja y en su mujer; y finalmente Stanislaus Katczinsky, el jefe de nuestro grupo, tenaz, astuto, generoso, de cuarenta años, cara terrosa, ojos azules, hombros caídos y un olfato magnífico para oler el peligro, la buena comida y las buenas ocasiones.

Nuestro grupo formaba la cabeza de la serpiente que esperaba ante el rancho. Empezamos a impacientarnos porque el cocinero seguía inmóvil, esperando.

Por fin, Katczinsky le gritó:

—¡Venga, Heinrich, destapa la olla de una vez! Está claro que las alubias están listas.

Heinrich movió la cabeza soñoliento:

—Primero tenéis que estar todos.

Tjaden se rió por lo bajo:

—Ya estamos todos.

El furriel seguía sin entender.

—¡Qué más quisierais! ¿Dónde están los otros?

—¡Hoy ya no tienes que preocuparte por ellos! Están en el hospital o en la fosa común.

Cuando comprendió los hechos, el cocinero se quedó de una pieza. Trastabilló.

—¡Y yo que he cocinado para ciento cincuenta hombres!

Kropp le dio un codazo en las costillas:

—Por fin nos hartaremos de comer. ¡Anda, empecemos de una vez!

Pero de pronto a Tjaden se le ocurrió una idea luminosa. Su rostro afilado, de ratón, empezó a relucir, y, con los ojos empequeñecidos de malicia y temblándole las mejillas, se acercó lo más posible:

—¡Hombre! ¿O sea que también te han dado pan para ciento cincuenta hombres, verdad?

El furriel asintió, desconcertado y ausente.

Tjaden le cogió por las solapas.

—¿Y también salchichas?

Cara de Tomate asintió de nuevo.

A Tjaden le temblaban las mandíbulas.

—¿Tabaco también?

—Sí, de todo.

Tjaden miró radiante a su alrededor.

—¡Cielo santo, a eso se llama tener suerte! ¡Así que todo es para nosotros! A cada uno le toca... un momento... ¡justo, doble ración!

Pero el furriel despertó de nuevo a la vida y dijo:

—No puede ser.

Pero también nosotros nos espabilamos y nos acercamos a ellos.

—¿Y por qué no puede ser, vamos a ver? —preguntó Katczinsky.

—Lo que es para ciento cincuenta hombres no puede ser para ochenta.

—Te lo demostraremos —gruñó Müller.

—Por mí os podéis comer todo el rancho, pero de las otras raciones sólo puedo entregar para ochenta hombres —insistió Cara de Tomate.

Katczinsky se enojó.

—¿Quieres que te releven o qué? No has recibido provisiones para ochenta hombres sino para la segunda compañía, y basta. ¡Nos las darás! La segunda compañía somos nosotros.

Acosamos a aquel tipo. Nadie podía soportarle porque más de una vez, en la trinchera, habíamos comido frío y tarde por su culpa, y eso porque bajo el fuego de granadas no se atrevía a acercarse lo bastante con la olla y los que iban a buscar la comida tenían que andar mucho más que los de las otras compañías. Bulcke, de la primera, se portaba mejor. Era gordo como una marmota, pero si llegaba el caso era capaz de arrastrar la olla hasta primera línea.

Estábamos de mal humor, y sin duda habríamos repartido leña si no se hubiera presentado el teniente de nuestra compañía. Se informó del caso y se limitó a decir:

—Sí, ayer sufrimos muchas bajas...

Luego echó una ojeada al interior de la olla.

—Esas alubias tienen buena pinta.

Cara de Tomate asintió.

—Llevan manteca y carne.

El teniente nos miró. Sabía lo que estábamos pensando. Sabía muchas otras cosas, porque había ascendido entre nosotros tras empezar de soldado raso. Levantó de nuevo la tapa y olfateó. Mientras se alejaba, dijo:

—Traedme un buen plato a mí también. Y que se repartan todas las raciones. Las necesitaremos.

Cara de Tomate puso cara de tonto. Tjaden empezó a bailar a su alrededor.

—¡No te pasará nada! Éste se cree el amo de intendencia. ¡Y ahora empieza, gordinflón, y no te descuenten!

—¡Así te ahorquen! —refunfuñó Cara de Tomate. Aquello era increíble, iba contra toda lógica, ya no comprendía el mundo. Y como si quisiera demostrarnos que todo le daba igual, nos dio voluntariamente media libra de miel a cada uno.



Hoy realmente es un buen día. Incluso ha llegado el correo, casi todos hemos recibido un par de cartas y algunos periódicos. Ahora damos un paseo en dirección al prado que hay detrás de los barracones. Kropp lleva bajo el brazo la tapa redonda de un barril de margarina.

En la orilla derecha del prado han construido una letrina comunitaria, un edificio sólido con techo. Pero eso es para los reclutas, que aún no han aprendido a sacar provecho de las cosas. Nosotros buscamos algo mejor. Por doquier se alzan pequeñas casitas individuales que sirven para lo mismo. Son cuadradas, limpias, de madera, bien acabadas, con un asiento cómodo e impecable. A cada lado disponen de unas asas para poder transportarlas.

Colocamos tres de ellas en círculo y nos acomodamos. No pensamos movernos antes de dos horas.

Todavía recuerdo cuánto nos avergonzaba al principio, cuando éramos reclutas, tener que utilizar la letrina comunitaria. No tiene puertas, y veinte hombres se sientan uno junto a otro como en un tren. De una sola mirada los ves a todos; el soldado debe estar siempre bajo vigilancia.

Entretanto hemos aprendido algo más que a superar esa vergüenza. Con el tiempo hemos aprendido otras muchas cosas.

Aquí al aire libre resulta verdaderamente un placer. No me explico por qué antes rehuíamos con vergüenza esas cosas, al fin y al cabo son tan naturales como comer y beber. Y quizá tampoco sería necesario hablar de ellas si no fuera porque juegan en nuestras vidas un papel tan esencial y no hubieran supuesto algo nuevo para nosotros; los demás hacía tiempo que las daban por supuestas.

Al soldado, su estómago y su digestión le resultan un terreno más familiar que a cualquier otra persona. Las tres cuartas partes de su vocabulario provienen de él, y tanto la expresión de su alegría como la de su enojo encuentran ahí su fuerza descriptiva. Es imposible expresarse de otra forma de un modo más claro y rotundo. Nuestras familias y nuestros profesores se asombrarán cuando volvamos a casa; pero aquí es el idioma universal.

Para nosotros todas esas actividades han recobrado su carácter inocente debido a su forzosa publicidad. Más aún: las consideramos tan naturales que damos el mismo valor al hecho de llevarlas a término confortablemente como a jugar una buena partida de cartas a resguardo de las bombas (una buena partida de póker sin ochos a resguardo de las bombas). No es por casualidad que ha surgido la expresión «comentarios de letrina» refiriéndose a todo tipo de habladurías; en el ejército, esos lugares sustituyen a los bancos de los parques y a las mesas de los bares.

En estos momentos nos sentimos mejor aquí que en cualquier servicio de lujo con baldosas blancas. Aquello sólo puede ser higiénico; pero lo de aquí es bonito.

Son horas de una maravillosa inconsciencia. Encima de nosotros se extiende el cielo azul. En el horizonte brillan globos cautivos amarillos, y las blancas nubecillas de los disparos de los cañones antiaéreos. De vez en cuando, cuando persiguen un avión, se levantan como una espiga.

Oímos el sordo rumor del frente como una tormenta muy lejana. Los abejorros que zumban a nuestro alrededor apagan el rumor.

Y a nuestro alrededor se extiende el prado florido. Los tiernos tallos de hierba se mecen, las mariposas se acercan revoloteando en la dulce y cálida brisa de finales del verano; leemos las cartas y los periódicos mientras fumamos, nos quitamos los cascos y los dejamos en el suelo a nuestro lado; el viento juega con nuestros cabellos, juega con nuestras palabras y nuestros pensamientos.

Las tres casitas están rodeadas de amapolas, rojas y brillantes.

Colocamos la tapa del barril de margarina sobre nuestras rodillas. De ese modo conseguimos un buen tablero para jugar a cartas. Las ha traído Kropp. Jugamos. Podríamos quedarnos aquí sentados eternamente. De los barracones nos llega la música de un acordeón. A veces dejamos las cartas y nos observamos mutuamente. Entonces uno de nosotros dice: «Chicos, chicos...», o bien: «Podríamos haber salido malparados», y por un momento quedamos en silencio. Tenemos una sensación intensa y contenida, todos nosotros la notamos, no es necesario hablar de ello. Hubiera podido suceder fácilmente que hoy no estuviéramos sentados en las casitas, ha faltado endiabladamente poco. Y por eso ahora todo nos resulta nuevo e intenso: las amapolas rojas, la buena comida, los cigarrillos y la brisa estival.

Kropp pregunta:

—¿Alguno de vosotros ha vuelto a ver a Kemmerich?

—Está en St. Joseph —respondo.

Müller dice que le pegaron un balazo en el muslo, un buen pasaporte para volver a casa.

Decidimos ir a visitarle por la tarde.

Kropp nos enseña una carta.

—Kantorek os envía recuerdos.

Nos reímos. Müller tira el cigarrillo y dice:

—¡Aquí me gustaría verlo!

Kantorek era nuestro maestro, un hombre severo y menudo, con levita gris y rostro afilado. Tenía más o menos la misma estatura que el sargento Himmelstoss, el «terror de Klosterberg». Por cierto que resulta cómico que las desgracias del mundo provengan tan a menudo de personas de baja estatura; son mucho más enérgicas e insoportables que las personas altas. Siempre me he guardado de incorporarme a compañías con tenientes bajitos; normalmente son unos malditos negreros.

En la clase de gimnasia, Kantorek no paró de soltarnos discursos hasta que la clase entera, bajo su mando, fuimos a la Comandancia del distrito para alistarnos. Aún le veo ante mí, preguntándonos con los ojos relampagueantes tras los cristales de las gafas y la voz conmovida:

—Iréis, ¿verdad, compañeros?

Esos maestros a menudo llevan el sentimentalismo en el bolsillo del chaleco, listo para utilizar durante horas. Pero entonces no sabíamos nada de eso.

De hecho, uno de nosotros dudaba y no quería alistarse. Ése fue Josef Behm, un chico gordo y buenazo. Pero luego se dejó convencer; no podía hacer otra cosa. Quizá algunos otros pensaban como él, pero nadie podía confesarlo, porque en aquel tiempo incluso los propios padres te echaban fácilmente en cara la palabra «cobarde». Porque nadie sospechaba en lo más mínimo lo que iba a suceder. En realidad los más razonables eran la gente sencilla y pobre; enseguida consideraron la guerra como una desgracia, mientras que la gente acomodada no cabía en sí de alegría, aunque precisamente ellos hubieran podido prever las consecuencias mucho antes.

Kaczinsky dice que eso es debido a la educación, que nos vuelve estúpidos. Y cuando Kat afirma algo, es que antes lo ha meditado bien.

Curiosamente, Behm fue uno de los primeros en caer. Recibió un balazo en los ojos durante un combate y lo dejamos atrás, dándole por muerto. No pudimos recogerle porque tuvimos que retroceder precipitadamente. De pronto, por la tarde, lo oímos gritar y vimos cómo se arrastraba por el campo. Sólo había perdido el conocimiento. Como no podía ver y el dolor le enloquecía, no se cubría, de modo que le mataron a tiros desde el otro lado antes de que ninguno de nosotros hubiera podido salir a recogerlo.

Naturalmente eso no tiene nada que ver con Kantorek; ¿adónde iríamos a parar si empezáramos a hablar de culpa? Al fin y al cabo existían miles de Kantorek; todos ellos convencidos de hacer lo mejor posible a su cómoda manera.

Precisamente en eso consiste su fracaso.

Deberían haber sido para nosotros, jóvenes de dieciocho años, mediadores y guías que nos condujeran a la vida adulta, al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos y les jugábamos alguna trastada, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La misma noción de la autoridad que representaban les otorgaba a nuestros ojos mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó por los suelos esa convicción. Tuvimos que reconocer que nuestra generación era mucho más leal que la suya; no tenían más ventajas respecto a nosotros que las palabras vanas y la habilidad. El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y con él se derrumbó la visión del mundo que nos habían enseñado.

Mientras ellos seguían escribiendo y discurseando, nosotros veíamos ambulancias

y moribundos; mientras ellos proclamaban como sublime el servicio al Estado, nosotros sabíamos ya que el miedo a la muerte es mucho más intenso. Por eso no nos convertimos en rebeldes, ni en desertores ni en cobardes —ellos se servían de esas expresiones con gran facilidad—; amábamos a nuestra patria tanto como ellos, y nos aprestábamos al combate con coraje; pero ahora teníamos capacidad de discernimiento, de improviso habíamos aprendido a ver y vimos que no quedaba ni rastro de su mundo. De pronto nos sentimos solos, terriblemente solos; y solos debíamos enfrentarnos a ellos.

Antes de ir a visitar a Kemmerich, hacemos un paquete con todas sus cosas; seguramente las necesitará durante el camino.

En el hospital hay mucho movimiento; como siempre, hiede a fenol, a pus y a sudor. Uno se acostumbra a muchas cosas en los barracones, pero aquí nos sentimos desfallecer. Preguntamos dónde está Kemmerich; lo tienen en una sala, y nos recibe con una débil expresión de alegría y una agitación impotente. Mientras estaba inconsciente, le han robado el reloj.

Müller mueve la cabeza y dice:

—Ya te decía yo que no llevaras ese reloj tan bueno encima.

Müller es un poco torpe y siempre quiere tener razón. De otra forma callaría, porque está claro que Kemmerich no saldrá nunca de esta sala. Que recupere o no el reloj, es indiferente, a lo sumo podríamos enviar el reloj a su casa.

—¿Cómo va eso, Franz? —pregunta Kropp.

Kemmerich baja la cabeza.

—Estoy bien, si no fuera por esos terribles dolores en el pie.

Observamos la manta que lo cubre. Su pierna está dentro de un cesto de alambre sobre el que se abomba la ropa de la cama. Doy a Müller un golpe en la espinilla, porque es capaz de contarle a Kemmerich lo que nos han dicho los enfermeros antes de entrar: que Kemmerich ya no tiene pie; le han amputado la pierna.

Tiene un aspecto horrible; en la cara, pálida y amarillenta, asoman ya aquellas extrañas líneas que tan bien conocemos de haberlas visto centenares de veces. No son propiamente líneas sino más bien señales. Bajo la piel ya no late la vida, que se ha replegado a los límites del cuerpo; la muerte se abre paso desde su interior y ya se ha adueñado de los ojos. He aquí a nuestro compañero Kemmerich, que hace poco todavía asaba carne de caballo con nosotros y se acucillaba dentro de los cráteres de obús. Es él y, sin embargo, ya no es él. Su fisonomía se ha difuminado, se ha hecho imprecisa, como aquellas placas fotográficas sobre las que se han tomado dos instantáneas. Incluso su voz tiene un tono ceniciento.

Recuerdo ahora la escena de nuestra partida. Su madre, una mujer gorda, le acompañó a la estación. Lloraba sin cesar y tenía el rostro descompuesto e hinchado.

Kemmerich se sentía molesto porque ella no guardaba la compostura. Literalmente se estaba deshaciendo en sebo y agua. La pobre mujer se había fijado en mí y, agarrándome por el brazo, me suplicó que cuidara de su Franz. Ciertamente el muchacho tenía cara de niño y unos huesos tan blandos que con sólo cuatro semanas de cargar una mochila se le volvieron los pies planos. ¡Pero cómo es posible cuidar a alguien en campaña!

—Ahora te irás a casa —dice Kropp—. Si hubieras tenido que esperar un permiso, habrías tenido que esperar algunos meses.

Kemmerich asiente con un gesto. No puedo verle bien las manos, son como cera. Bajo las uñas lleva todavía el barro de las trincheras, de un negro azulado como veneno. Se me ocurre pensar que esas uñas seguirán creciendo durante algún tiempo, como una fantasmal vegetación subterránea, cuando Kemmerich ya no respire. Veo la imagen ante mí: las uñas se curvan como tirabuzones y crecen y crecen, y también el cabello encima del cráneo que se descompone, como la hierba encima de una tierra fértil, exactamente como hierba. ¿Cómo es posible eso?

Müller se agacha.

—Te hemos traído tus cosas, Franz.

Kemmerich hace un gesto con la mano.

—Ponlas debajo de la cama.

Müller lo hace. Kemmerich vuelve a hablar de su reloj. ¡Cómo podemos tranquilizarle sin hacerle desconfiar!

Müller se incorpora con un par de botas de aviador en la mano. Se trata de unas magníficas botas inglesas, de cuero amarillo y suave, que llegan a la rodilla y se atan con unos cordones a lo largo de toda la caña, unas botas codiciables. Müller está entusiasmado con ellas, compara la suela con la de sus toscos zapatos y pregunta:

—¿Te llevarás estas botas, Franz?

Los tres pensamos lo mismo: aunque se curara sólo podría utilizar una, de modo que no tendrían ningún valor para él. Tal como están las cosas, es una pena dejarlas aquí, porque los enfermeros se quedarán con ellas cuando él muera.

Müller repite:

—¿No prefieres dejarlas aquí?

Kemmerich no quiere. Son lo mejor que tiene.

—Te las podemos cambiar —propone Müller—, aquí en campaña nos irían muy bien.

Pero Kemmerich no se deja convencer.

Le doy a Müller un pisotón; vacilando, vuelve a dejar las botas bajo la cama.

Hablamos un poco más y luego nos despedimos.

—Que te vaya bien, Franz.

Le prometo volver al día siguiente. Müller también se lo promete; piensa en las

botas, quiere vigilarlas de cerca.

Kemmerich gime. Tiene fiebre. Una vez fuera de la sala, detenemos a un enfermero e intentamos convencerle de que ponga una inyección a Kemmerich.

Se niega.

—Si quisiéramos dar morfina a todo el mundo, deberíamos tener barriles enteros.

—Así que sólo sirves a los oficiales —dice Kropp con rencor.

Intervengo rápidamente y empiezo por ofrecer un cigarrillo al enfermero. Lo coge. Entonces le pregunto:

—Tú no debes de estar autorizado para poner inyecciones, ¿verdad?

Se ha ofendido.

—Si no me creéis, por qué me lo preguntáis...

Le doy algunos cigarrillos más.

—Haznos ese favor...

—Bueno, vale —dice.

Kropp entra con él; no se fía de él y quiere asegurarse. Los demás esperamos fuera.

Müller empieza de nuevo con las botas.

—Me irían de primera. Con estos zapatones no hago más que ampollarme los pies. ¿Crees que aguantará hasta mañana después del servicio? Si se muere por la noche ya podemos despedirnos de las botas.

Albert vuelve.

—¿Creéis que...? —pregunta.

—Está listo —dice Müller, categórico.

Volvemos a los barracones. Pienso en la carta que tendré que escribir mañana a la madre de Kemmerich. Estoy helado, quisiera tomar un aguardiente. Müller arranca briznas de hierba y las mastica. De repente el pequeño Kropp tira su cigarrillo, lo pisotea con furia, mira a su alrededor con el rostro desencajado y deshecho, y balbucea:

—¡Qué mierda! ¡Qué maldita mierda!

Seguimos andando un buen rato. Kropp se ha calmado; sabemos qué le pasa, ha sufrido una crisis del frente, todos la hemos pasado alguna vez.

Müller le pregunta:

—¿Y qué te dice Kantorek en la carta?

Kropp se ríe:

—Que nosotros somos la juventud de hierro.

Nos echamos a reír los tres, con rabia. Kropp maldice; está contento de poder hablar.

—¡Sí, eso es lo que creen ellos, los miles y miles de Kantoreks! Juventud de hierro. ¡Juventud! Ninguno de nosotros tiene más de veinte años, pero ¿somos

jóvenes? ¿Nuestra juventud? Hace tiempo que pasó. Somos viejos.



## II

Me resulta extraño pensar que en mi casa, en un cajón del escritorio, hay un montón de poesías y una tragedia empezada titulada «Saúl». Les dediqué muchas noches, al fin y al cabo casi todos hemos hecho algo parecido; pero ahora me parece tan irreal que ya no puedo imaginármelo.

Desde que estamos aquí, nuestra vida anterior ha quedado atrás sin que nosotros hayamos tomado parte en ello. A veces intentamos tener una visión general y una explicación para esa vida, pero no lo conseguimos. Precisamente para nosotros, chicos de veinte años, nada está claro; para Kropp, Müller, Leer, para mí, para todos aquellos a quienes Kantorek señala como la juventud de hierro. Los mayores están atados firmemente a su pasado, poseen un patrimonio, mujer, hijos, profesión e intereses, unas ataduras tan fuertes que la guerra no puede romperlas. Pero nosotros, los chicos de veinte años, sólo tenemos a nuestros padres y, algunos, una novia. No es mucho, porque a nuestra edad la autoridad de los padres está en su punto más débil y las chicas aún no nos dominan. Fuera de esto, no teníamos mucho más; algunas fantasías, algunas aficiones y la escuela, nuestra vida no llegaba más allá. Y no ha quedado nada de todo eso.

Kantorek diría que nos hallamos precisamente en el umbral de la existencia. Es algo así. Aún no habíamos echado raíces. La guerra nos ha barrido. Para los demás, mayores que nosotros, es una interrupción, pueden pensar más allá de la guerra. Pero de nosotros se ha apoderado, y no sabemos cómo terminará. Lo único que sabemos, de momento, es que nos ha embrutecido de un modo extraño y triste, aunque ya ni siquiera nos entristezcamos a menudo.

Aunque Müller quiera quedarse con las botas de Kemmerich, eso no significa que sea menos compasivo que otro a quien el dolor impida pensar en ello. Él es capaz de pensar con la cabeza. Si a Kemmerich las botas le fueran de utilidad, Müller correría descalzo por encima de una alambrada antes que tramar nada para quitárselas. Pero ahora las botas son algo que nada tiene que ver con el estado de Kemmerich, mientras que Müller les sacaría provecho. Kemmerich morirá, sea quien sea el que se quede con ellas. ¿Por qué Müller no debe ir tras ellas si tiene más derecho que cualquier enfermero? Cuando Kemmerich muera, será demasiado tarde. Por eso Müller ya se ha puesto en guardia.

Hemos perdido el sentido de las demás relaciones porque son artificiales. Únicamente los hechos cuentan para nosotros. Y las buenas botas no abundan.

Antes era distinto. Cuando fuimos a la Comandancia de distrito, éramos todavía una clase de veinte muchachos que, orgullosos, fueron juntos a la barbería a afeitarse — algunos por primera vez— antes de entrar en el cuartel. No teníamos planes sólidos para el futuro, y eran pocos los que pensaban ya en una carrera o un oficio que diera forma a su vida; en cambio, estábamos llenos de ideas inciertas que, a nuestros ojos, daban a la vida e incluso a la guerra un carácter idealizado y casi romántico.

Durante diez semanas recibimos instrucción militar, y en ese tiempo nos formamos de un modo más decisivo que en diez años de escuela. Aprendimos que un botón reluciente es más importante que cuatro volúmenes de Schopenhauer. Al principio, sorprendidos; luego, indignados, y finalmente indiferentes, constatamos que lo decisivo no parecía ser el espíritu sino el cepillo de las botas, no el pensamiento sino el sistema, no la libertad sino la rutina. Nos habíamos alistado con entusiasmo y buena voluntad, y, sin embargo, hicieron lo posible para que nos arrepintiéramos. Al cabo de tres semanas ya no nos resultaba inconcebible que un cartero con galones tuviera más poder sobre nosotros que el que antes poseían nuestros padres, nuestros profesores y todos los círculos culturales juntos, de Platón a Goethe. Con nuestros jóvenes ojos alerta, vimos que el concepto clásico de patria de nuestros maestros se plasmaba allí en un abandono tal de la personalidad que ni el más humilde de los sirvientes hubiera aceptado. Saludar, cuadrarse, desfilar, presentar armas, dar media vuelta a la derecha, media vuelta a la izquierda, golpear con los tacones, aguantar insultos y montones de humillaciones; nos habíamos imaginado de otro modo nuestra misión, y nos encontramos con que nos preparaban para el heroísmo como si fuéramos caballos de circo. Aunque pronto nos acostumbremos. Incluso comprendimos que una parte de todas esas cosas era necesaria, del mismo modo que otra era superflua. El soldado tiene buen olfato para esas cosas.

Nuestra clase fue repartida en grupos de tres o cuatro entre varias secciones, junto a pescadores, campesinos, obreros y artesanos frisonos, de los que pronto nos hicimos amigos. Kropp, Müller, Kemmerich y yo fuimos asignados a la novena sección, al mando del sargento Himmelstoss.

Le consideraban el peor negrero de todo el cuartel, y estaba orgulloso de ello. Un tipo bajo y rechoncho, con doce años de servicio; llevaba un bigote hirsuto de un rojo intenso, y en la vida civil era cartero. A Kropp, Tjaden, Westhus y a mí nos la tenía jugada, porque presentía nuestra muda resistencia.

Una mañana tuve que hacerle la cama catorce veces. Cada vez tenía algo que objetar y la deshacía de nuevo. Durante veinte horas —con pausas, naturalmente— estuve sacando brillo a un par de botas suyas, viejísimas y duras como piedras, hasta

que quedaron tan suaves que ni siquiera Himmelstoss tuvo nada que objetar; por orden suya, he limpiado el suelo de la sala de nuestra sección con un cepillo de dientes; Kropp y yo tuvimos que limpiar de nieve el patio del cuartel con un cepillo y una escobilla, y habríamos seguido hasta helarnos si casualmente no hubiera aparecido un teniente que nos envió para adentro y regañó con violencia a Himmelstoss. Por desgracia la consecuencia fue que Himmelstoss se enojó más todavía con nosotros. Tuve que estar de guardia cuatro domingos seguidos y durante ese mismo tiempo estar al cargo de mi barracón; con el equipo completo y el fusil, tuve que practicar los ejercicios «arriba, ar, ar» y «cuerpo a tierra», en un campo húmedo y roturado, hasta que, cubierto de barro, desfallecí; cuatro horas más tarde, mostraba a Himmelstoss mi equipo completamente limpio, aunque con las manos despellejadas y sangrantes; con Kropp, Westhus y Tjaden tuvimos que permanecer cuadrados durante un cuarto de hora, sin guantes y con un frío intensísimo, los dedos desnudos sujetando el cañón helado del fusil, bajo la atenta mirada de Himmelstoss, que esperaba el menor movimiento para contarlo como una falta; a las dos de la madrugada, tuve que bajar corriendo en camisa ocho veces del piso superior del cuartel hasta el patio porque mis calzoncillos sobrepasaban algunos centímetros el borde del taburete donde cada uno debía amontonar su ropa. Junto a mí corrió el sargento de guardia Himmelstoss, pisándome los dedos de los pies. En los ejercicios de bayoneta siempre tenía que luchar con Himmelstoss, yo con el pesado fusil, él con un arma manejable de madera, lo que le permitía golpearme cómodamente los brazos hasta ponérmelos azules; sin embargo, una vez me enfureció de tal modo que cargué a ciegas contra él y le di tal golpe en el estómago que le tumbé. Se quejó de ello, pero el comandante se burló de él y le dijo que tuviera más cuidado; conocía a Himmelstoss y pareció complacerle dar un chasco al sargento. Me convertí en un magnífico escalador de barra fija; con el tiempo, también fui el número uno en las flexiones de rodillas; nos echábamos a temblar con sólo oír su voz, pero esa especie de mula cuartelera nunca pudo con nosotros.

Un domingo, Kropp y yo cruzábamos el patio llevando, colgado de un palo, el cubo de la letrina. Cuando Himmelstoss, que salía de paseo con su uniforme reluciente, pasó junto a nosotros y nos preguntó si nos gustaba ese trabajo, fingimos un tropezón y le volcamos el cubo en las piernas. Se puso furioso, pero ya estábamos hartos.

—¡Iréis al calabozo! —gritó.

Kropp ya tenía bastante.

—Pero primero habrá una investigación, y lo contaremos todo —dijo.

—¿Qué modo es ése de dirigirse a un oficial? —vociferó Himmelstoss—. ¿Te has vuelto loco? ¡Espera a que te pregunten! ¿Qué quieres hacer?

—Contarlo todo sobre el sargento —dijo Kropp, con los dedos junto a las

costuras del pantalón.

Himmelstoss comprendió lo que sucedía y se largó sin decir palabra. Antes de desaparecer, aún rugió: «¡Me las pagaréis!», pero de hecho su poder terminó ahí. Volvió a intentarlo en el campo de ejercicios con su «cuerpo a tierra» y su «arriba, ar, ar». Nosotros obedecíamos sus órdenes, porque una orden es una orden y debe cumplirse. Pero lo hacíamos tan lentamente que Himmelstoss se desesperaba. Nos arrodillábamos cómodamente, luego apoyábamos los brazos, etc.; entretanto, él ya había dado otra orden. Antes de que empezáramos a sudar, él ya se había quedado ronco.

Así que nos dejó en paz. Seguía llamándonos cerdos, pero con más respeto.

También había sargentos decentes, mucho más razonables; los decentes incluso eran mayoría. Pero sobre todo lo que pretendían era mantener el mayor tiempo posible su cómodo puesto en la retaguardia, y eso sólo era posible siendo riguroso con los reclutas.

Conocimos a fondo la vida del cuartel, y a menudo aullábamos de rabia. Algunos de nosotros incluso se pusieron enfermos. Wolf murió de una pulmonía. Pero nos habríamos puesto en ridículo si hubiéramos aflojado. Nos endurecimos y nos volvimos desconfiados, despiadados, vengativos, groseros..., y nos fue bien; eran precisamente esas cualidades las que nos faltaban. Si nos hubieran mandado a las trincheras sin ese periodo de formación, la mayoría de nosotros habría enloquecido. De ese modo estábamos preparados para lo que nos aguardaba.

No desfallecimos, nos adaptamos; nuestros veinte años, que tantas cosas nos dificultaban, nos ayudaron. Pero lo más importante es que se despertó en nosotros un fuerte sentimiento de solidaridad práctica que luego, en campaña, se convirtió en lo mejor que provoca la guerra: la camaradería.

Estoy sentado sobre la cama de Kemmerich. Cada vez está más decaído. Hay mucho movimiento a nuestro alrededor. Ha llegado un tren ambulancia y están escogiendo a los heridos que pueden viajar. El médico pasa junto a la cama de Kemmerich sin detenerse, ni siquiera le mira.

—La próxima vez, Franz —le digo.

Se incorpora sirviéndose de los codos.

—Me han amputado.

Así que ya lo sabe. Asiento con un gesto y respondo:

—Alégrate de haber salido con vida.

Él permanece en silencio.

Sigo hablando:

—Podrían haber sido las dos piernas, Franz. Wegeler ha perdido el brazo derecho. Eso es mucho peor. Además, te irás a casa.

Me mira.

—¿Tú crees?

—Naturalmente.

Repite:

—¿Tú crees?

—Seguro, Franz. Pero primero tienes que recuperarte de la operación.

Me hace una seña para que me acerque. Me inclino sobre él y susurra:

—No lo creo.

—No digas tonterías, Franz, dentro de unos días te convencerás. ¿Qué tiene de terrible una pierna amputada? Aquí curan cosas mucho más graves.

Levanta una mano.

—Mira estos dedos.

—Eso es de la operación. Si te alimentas como Dios manda, te recuperarás. ¿Os dan bastante comida?

Señala un plato medio lleno. Me enojo.

—Franz, debes comer. Comer es lo principal. Y la comida de aquí es buena.

Hace un ademán de desprecio. Al cabo de un momento, dice lentamente:

—Quería ser guardabosques.

—Todavía puedes serlo —le consuelo—. Actualmente existen prótesis estupendas, ni siquiera notas que te falta algo. Se adhieren a los músculos. Con una prótesis de mano puedes mover los dedos y trabajar, incluso escribir. Y además seguirán inventando cosas.

Permanece en silencio durante un rato. Luego dice:

—Puedes llevarle las botas a Müller.

Asiento, pensando qué puedo decirle para animarlo. La línea de los labios ha desaparecido, la boca parece mayor, le sobresalen los dientes como si fueran de yeso. La carne se funde, la frente se curva cada vez más, los pómulos se afilan. El esqueleto se abre paso desde dentro. Los ojos ya empiezan a hundirse. Dentro de unas horas habrá terminado todo. No es el primero que veo en ese estado; pero crecimos juntos, por eso es distinto. Le copiaba los exámenes. En la escuela solía llevar un traje marrón con cinturón, raído en las mangas. Además, era el único que sabía hacer el molinete en la barra fija. Cuando lo hacía, los cabellos le cubrían el rostro como si fueran de seda. Kantorek estaba orgulloso de él. Pero no podía sufrir los cigarrillos. Tenía la piel muy blanca; tenía algo de chica.

Me miro las botas. Son grandes y toscas, y meto los pantalones dentro; de pie, dentro de esos anchos tubos, parecemos fornidos y fuertes. Pero cuando vamos a bañarnos y nos desnudamos, de repente volvemos a tener las piernas y los hombros flacos. Entonces ya no somos soldados, sino casi unos chiquillos; parece mentira que podamos cargar con mochilas. Es un momento extraño ése de vernos desnudos;

entonces somos civiles y casi nos sentimos como tales.

Mientras se bañaba, Franz Kemmerich parecía pequeño y delgaducho como un crío. Ahora está ahí tendido. ¿Por qué? Sería preciso traer al mundo entero junto a esta cama y decirle: Éste es Franz Kemmerich, tiene diecinueve años y no quiere morir. ¡No le dejéis morir!

Me siento confuso. El aire cargado de fenol y gangrena obstruye los pulmones; una masa espesa que produce ahogo.

Oscurece. El rostro de Kemmerich va palideciendo, destaca encima de la almohada y está tan lívido que reluce. La boca se mueve levemente. Me acerco a él. Susurra:

—Si encontráis el reloj, mandadlo a mi casa.

No le contradigo. Ya no tiene sentido. No podría convencerlo. Me siento terriblemente desamparado. Esa frente con las sienas hundidas, esa boca que no es más que dentadura, esa nariz afilada... Y, en su casa, la mujer gorda que lloraba y a la que tengo que escribir. ¡Ojalá hubiera mandado ya la carta!

Los enfermeros van y vienen con botellas y palanganas. Uno de ellos se acerca, echa una mirada escrutadora sobre Kemmerich y se aleja de nuevo. Está claro que está esperando, probablemente necesita la cama.

Me acerco a Franz y le hablo, como si eso pudiera salvarlo:

—Quizá te lleven al sanatorio de Klosterberg, Franz, entre las torres. Entonces, desde la ventana, podrás ver los campos hasta los dos árboles que se ven en el horizonte. Ahora es la mejor época, cuando el trigo madura; bajo el sol del atardecer, los campos parecen de nácar. ¡Y la avenida de álamos junto al torrente, donde estuvimos pescando! Podrás instalarte otro acuario y criarás peces, podrás ir a pasear sin pedir permiso a nadie y también podrás tocar el piano cuando te apetezca.

Me inclino sobre su rostro en penumbra. Aún respira, débilmente. Tiene la cara húmeda, llora. ¡Sí que la he hecho buena con mi estúpido discurso!

—Anda, Franz —le rodeo los hombros con mis brazos y acerco mi rostro al suyo—. ¿No quieres dormir un poco?

No responde. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Quisiera secárselas, pero mi pañuelo está demasiado sucio.

Pasa una hora. Sigo sentado, tenso, observando cada uno de sus gestos por si desea decir algo más. ¡Si al menos abriera la boca y gritase! Pero se limita a llorar con la cabeza vuelta hacia un lado. No habla de su madre ni de sus hermanos, no dice nada, sin duda lo siente todo muy lejano; ahora está solo con su pequeña vida de diecinueve años y llora porque va a abandonarla.

Es la despedida más desconsolada y difícil que he vivido nunca, y eso que la de Tjaden también fue terrible; llamaba a gritos a su madre, un muchacho fuerte como un oso, y, con los ojos desorbitados por el miedo, impidió con la bayoneta que el

médico se acercara a su cama, hasta que cayó muerto.

De pronto, Kemmerich profiere un gemido y empieza a agonizar. Me levanto de un salto y salgo fuera de la sala a trompicones, exclamando:

—¿Dónde está el médico? ¿Dónde está el médico?

Cuando veo una bata blanca, la sujeto con fuerza.

—Venga enseguida, Franz Kemmerich se está muriendo.

El médico se suelta y pregunta a un enfermero:

—¿De quién habla?

—Cama 26. Muslo amputado.

—¿Y yo qué quieres que haga? —me grita—. Hoy he amputado cinco piernas.

Me aparta de su camino.

—Vaya a echarle una ojeada —le dice al enfermero, y se dirige a toda prisa a la sala de operaciones.

Me siento furioso mientras acompaño al enfermero. El hombre me observa y dice:

—Una operación tras otra desde las cinco de la mañana, es cosa de locos, créeme. Hoy ha habido dieciséis defunciones, con el tuyo diecisiete. Seguro que llegamos a veinte.

Me siento desfallecer, de repente no aguanto más. No quiero seguir maldiciendo, no tiene sentido, quisiera dejarme caer al suelo y no volver a levantarme nunca.

Llegamos junto a la cama de Kemmerich. Ha muerto. Aún tiene el rostro lleno de lágrimas. Tiene los ojos semiabiertos, amarillos como viejos botones de concha.

El enfermero me da un codazo.

—¿Te llevas sus cosas?

Asiento con un gesto.

Prosigue:

—Tenemos que llevárnoslo enseguida, necesitamos la cama. Hay varios en el pasillo.

Recojo las cosas y quito a Kemmerich la chapa de identidad. El enfermero me pide su cartilla militar. No la tiene aquí. Le digo que probablemente estará en la oficina de la compañía y me voy. A mis espaldas ya se llevan a Franz en una camilla.

Afuera siento la oscuridad y el viento como una liberación. Respiro lo más hondo posible y siento el aire cálido y suave en mi rostro. De pronto me cruzan el pensamiento imágenes de chicas, prados floridos, nubes blancas. Mis pies, dentro de las botas, avanzan, ando más rápido, empiezo a correr. Junto a mí pasan soldados, sus conversaciones me irritan aunque no las entiendo. La tierra está rebosante de energías que me inundan a través de las suelas de mis botas. La noche está cargada de electricidad, el frente retumba sordamente como un concierto de tambores. Mis extremidades se mueven ágilmente, siento mis articulaciones llenas de vigor, me lleno de aire los pulmones y los vacío. La noche está viva, yo estoy vivo. Siento



hambre, mayor que la que siente mi estómago.

Müller me espera delante del barracón. Le doy las botas. Entramos y se las prueba. Le van a la medida.

Revuelve entre sus provisiones y me ofrece un buen pedazo de salchicha. Además, hay té caliente y ron.

### III

Llegan refuerzos. Se cubren las bajas, y en los barracones pronto quedan ocupados todos los jergones. Buena parte son veteranos, pero también nos han asignado a veinticinco muchachos del último reemplazo. Tienen casi un año menos que nosotros. Kropp me da un codazo:

—¿Has visto a esos críos?

Asiento con un gesto. Sacamos pecho, nos afeitamos en el patio, metemos las manos en los bolsillos del pantalón, observamos a los reclutas con altivez y nos sentimos veteranos de toda la vida.

Katzinsky se nos une. Damos un paseo por los establos y topamos con los del reemplazo, a quienes están entregando las máscaras antigás y café. Kat pregunta a uno de los más jóvenes:

—Debe de hacer tiempo que no habéis comido como Dios manda, ¿no es cierto?

El muchacho hace una mueca.

—Por la mañana, pan de nabos; al mediodía, nabos, y por la noche, lonjas de nabo y ensalada de nabo.

Katzinsky silba dándoselas de entendido.

—¿Pan de nabos? Pues habéis tenido suerte, a menudo lo hacen de serrín. ¿Qué te parecerían unas alubias? ¿Quieres un plato?

El muchacho enrojece.

—Me estás tomando el pelo.

Katzinsky le responde tan sólo:

—Trae tu plato.

Les seguimos llenos de curiosidad hasta un barril cerca de su jergón. Efectivamente, está lleno hasta la mitad de alubias con carne de buey. Katzinsky se planta delante del barril con aires de general y exclama:

—¡El ojo atento y las manos largas! Es la consigna de los prusianos.

Nos hemos quedado perplejos. Le pregunto:

—Pero Kat, tragón, ¿de dónde has sacado todo eso?

—Lo contento que estaba Cara de Tomate de que me las llevara. Le he dado por ellas tres retales de tela de paracaídas. En fin, las alubias frías también están buenísimas.

Con aire protector, sirve al muchacho una ración y le dice:

—Cuando vuelvas con tu plato, trae en la mano izquierda un cigarro o tabaco de mascar, ¿entendido?

Luego se dirige a nosotros.

—Naturalmente, para vosotros es gratis.

Katzinsky es insustituible porque está dotado de un sexto sentido. Existen tipos así en todas partes, pero al principio nadie se da cuenta. En cada compañía hay uno o dos. Katzinsky es el más pícaro que conozco. Creo que es zapatero, pero eso no viene al caso, porque sabe hacer un poco de todo. Resulta útil ser amigo suyo. Kropp y yo lo somos, y en parte también Haie Westhus. Haie es más bien el órgano ejecutor, porque trabaja bajo las órdenes de Kat cuando es preciso resolver alguna cuestión a puñetazos. En contrapartida, goza de algunas ventajas.

Por ejemplo, llegamos de noche a un pueblo completamente desconocido, un lugar triste y solitario, donde se ve enseguida que ha sido saqueado hasta los cimientos. Nos alojamos en una pequeña fábrica oscura arreglada a tal efecto. Hay camas, o mejor dicho sólo armazones, un par de tablas de madera unidas por una tela metálica.

La tela metálica es dura. No tenemos mantas para poner debajo, las nuestras las necesitamos para cubrirnos. La lona de las tiendas es demasiado delgada.

Kat observa la situación y le dice a Haie Westhus:

—Ven conmigo.

Se adentran en el pueblo completamente desconocido. Al cabo de media hora vuelven con los brazos llenos de paja. Kat ha encontrado una caballeriza llena de paja. Ahora podríamos dormir calientes, si no fuera por el hambre terrible que sentimos.

Kropp pregunta a un artillero que lleva tiempo en la zona:

—¿Hay alguna cantina por aquí cerca?

El otro se ríe.

—¡Qué va a haber! Aquí no encontrarás nada, ni una corteza de pan.

—¿Ya no vive nadie?

El artillero escupe.

—Sí, algunos. Pero se pasan el día husmeando cerca de nuestras ollas y mendigando comida.

Mala cosa. Así pues tendremos que apretarnos los cinturones y esperar hasta mañana.

Sin embargo, veo a Kat calarse la gorra, y le pregunto:

—¿Adónde vas, Kat?

—A ver qué se puede hacer —responde, y se va.

El artillero suelta una risita burlona.

—¡Anda, ve, y no vuelvas muy cargado!

Decepcionados, nos acostamos pensando en la posibilidad de pegar un bocado de las provisiones de reserva. Pero es demasiado arriesgado, así que intentamos descabezar un sueñecito.

Kropp parte un cigarrillo y me da la mitad. Tjaden habla del plato típico de su

país, alubias con tocino. Condena a los que lo preparan sin ajedrea. Pero, sobre todo, debe cocerse todo junto, y no, por el amor de Dios, las patatas, las alubias y el tocino por separado. Alguien amenaza a Tjaden con hacerle picadillo si no se calla de una vez. Entonces quedamos en silencio en la gran sala. Algunas velas crepitan en el cuello de unas botellas, y de vez en cuando el artillero escupe.

Estamos ya adormecidos cuando de improviso se abre la puerta y aparece Kat. Me parece un sueño: lleva dos panes bajo el brazo y en la mano una bolsa manchada de sangre con carne de caballo.

Al artillero se le cae la pipa de la boca. Toca el pan.

—Es pan auténtico, y todavía está caliente.

Kat no dice nada. Ha conseguido pan, lo demás no importa. Estoy convencido de que, si lo enviasen al desierto, en una hora organizaría una cena a base de dátiles, carne asada y vino.

Se limita a decir a Haie:

—Corta leña.

Luego se saca del abrigo una sartén y del bolsillo un puñado de sal e incluso un poco de manteca: ha pensado en todo. Haie enciende un fuego en el suelo, que crepita en la fábrica vacía. Salimos de la cama.

El artillero duda. Parece meditar si debe alabar a Kat a fin de conseguir una ración. Pero Katczinsky ni siquiera le mira, como si no existiera, de modo que al fin se larga maldiciendo.

Kat sabe cómo asar la carne de caballo para que quede tierna. No debe freírse enseguida, porque queda dura. Primero debe hervirse un poco en agua. Nos sentamos en círculo con el cuchillo en la mano y nos hartamos de comer.

Ése es Kat. Si en un sitio determinado sólo pudiera encontrarse algo comestible durante una hora al año, precisamente en esa hora, como si hubiera sido iluminado, se pondría el casco, saldría y, como guiado por una brújula, se dirigiría en línea recta a su encuentro.

Lo encuentra todo; cuando hace frío, pequeñas estufas y leña, heno y paja, mesas y sillas, pero sobre todo encuentra comida. Nadie se lo explica, la comida aparece como por encanto. Su mejor proeza fueron cuatro latas de langosta. Aunque nosotros hubiéramos preferido manteca.

Nos hemos tumbado al sol detrás de los barracones. Hiede a alquitrán, a verano y a pies.

Kat está sentado junto a mí, porque le gusta hablar. Al mediodía hemos practicado el saludo durante una hora porque Tjaden ha saludado a un comandante de un modo descuidado. Kat no puede sacárselo de la cabeza. Me dice:

—Ya verás, perderemos esta guerra por saber saludar demasiado bien.

Kropp se acerca a nosotros, descalzo y con los pantalones arremangados. Tiende a secar en la hierba los calcetines que acaba de lavar. Kat observa el cielo, se echa un pedo y comenta, ensimismado:

—Judía tras judía, soltarán su melodía.

Los dos empiezan a discutir y apuestan una botella de cerveza sobre un combate aéreo que tiene lugar sobre nuestras cabezas.

A Kat no hay quien le haga cambiar de parecer respecto a lo que expresa, como buen gato viejo del frente, en verso: «Con buena comida y paga, la guerra pronto se acaba».

En cambio, Kropp es un filósofo. Opina que una declaración de guerra debería convertirse en una especie de fiesta popular, con entradas y música, como en las corridas de toros. Los ministros y generales de ambos países deberían salir a la arena en traje de baño y, armados con garrotes, combatir. Ganaría el país de aquel que sobreviviera. Eso sería más sencillo y todo iría mejor que aquí, donde no combaten los que deberían.

La propuesta tiene éxito. Luego la conversación deriva hacia la disciplina militar.

Me viene a la cabeza una imagen. Un bochornoso mediodía en el patio del cuartel. El calor se adueña quietamente del lugar. Los edificios parecen muertos. Todo está dormido. Sólo se oyen ensayar unos tambores, se han reunido en algún rincón y ensayan, burda, monótona, estúpidamente. Vaya tríada: el bochorno del mediodía, el patio del cuartel y el ensayo de los tambores.

Las ventanas del cuartel están vacías y oscuras. En algunas se ven pantalones de dril puestos a secar. Las miramos con envidia. Esas habitaciones son frescas.

¡Oh, salas de las compañías, oscuras y enrarecidas, las camas de hierro, los cubrecamas a cuadros, los roperos y los taburetes delante! ¡También vosotras podéis convertirlos en objeto de nuestros deseos! ¡Aquí en el frente incluso suponéis un maravilloso vislumbre del hogar, habitaciones que oléis a comida rancia, a sueño, a humo y a ropa!

Kaczinsky las describe con viveza, con gran emoción. ¡Qué no daríamos para poder volver! No nos atrevemos a pensar más allá...

¡Vosotras, horas de instrucción al amanecer! «¿De qué partes se compone un fusil 98?». ¡Vosotras, horas de gimnasia por la tarde! «Los que sepan tocar el piano que den un paso al frente. Media vuelta a la derecha. Presentaros en la cocina para pelar patatas».

Nos revolcamos en los recuerdos. De pronto, Kropp se echa a reír y dice:

—Transbordo en Löhne.

Era el juego predilecto de nuestro sargento. Löhne es una estación de transbordo. Para que no se perdieran los que se iban de permiso, Himmelstoss nos hacía ensayar el cambio de tren en la sala de la compañía. Debíamos aprender que en Löhne se

cogía otro tren tras cruzar un paso subterráneo. Las camas representaban el paso subterráneo, y todos nos situábamos a la izquierda de las nuestras. Entonces llegaba la orden: «¡Transbordo en Löhne!», y, como un rayo, cruzábamos por debajo de la cama hasta el otro lado. Lo ensayamos durante horas.

Mientras, el avión alemán ha sido derruido. Cae como un cometa dejando a su paso una estela de humo. Kropp ha perdido la apuesta de una botella de cerveza y, malhumorado, cuenta su dinero.

—Seguro que, como cartero, Himmelstoss es un hombre discreto —comento una vez que se ha calmado la decepción de Albert—. ¿Cómo es posible que como sargento sea tan negrero?

La pregunta anima de nuevo a Albert.

—No se trata sólo de Himmelstoss, les sucede a muchos. En cuanto se ven con galones o con un sable, ya no son los mismos, como si hubieran comido cemento armado.

—Eso lo hace el uniforme —insinúa.

—En parte, sí —dice Kat, y se acomoda para soltar un discurso—. Pero la causa es otra. Mira, si adiestras a un perro a comer patatas y luego le echas un pedazo de carne, a pesar de todo lo cazará al vuelo, porque eso forma parte de su naturaleza. Si das a un hombre un poco de poder, hará lo mismo; lo cazará al vuelo. Es muy natural, porque ante todo el hombre no es más que una bestia, y después recibe una capa de decencia, como si se rebozara una croqueta. El ejército se basa en eso, que uno siempre posea el poder sobre los demás. Lo malo es que los que mandan tienen demasiado poder; un sargento puede marear a un soldado raso hasta volverle loco; un teniente a un sargento, un capitán a un teniente. Y como todos lo saben, se adaptan enseguida. Pongamos el ejemplo más sencillo: venimos del campo de maniobras y estamos reventados. Entonces nos ordenan: a cantar. Bueno, pues cantamos desganadamente, porque tenemos bastante con arrastrar el fusil. Así que la compañía se vuelve por donde ha venido y, como castigo, tiene que hacer una hora más de ejercicios. Al volver, nos ordenan de nuevo: a cantar, y cantamos de verdad. ¿Qué objeto tiene todo eso? El comandante se ha salido con la suya porque tiene suficiente poder para ello. Nadie le censurará; al contrario, le tendrán por un hombre enérgico. Y eso es una pequeñez, hay muchas otras cosas con las que nos martirizan. Y ahora os pregunto: un civil, sea como sea, ¿en qué oficio puede permitirse hacer algo así sin que le rompan la cara? ¡Sólo en el ejército! Ya lo veis, ¡se les suben los humos a la cabeza! Y cuanto menos pintaban como civiles, más se les suben los humos.

—Y dicen que tiene que haber disciplina —comenta Kropp displicente.

—Motivos —gruñe Kat— nunca les faltan. Quizá tengan razón. Pero la disciplina no debe convertirse en martirio. Explícaselo a un cerrajero, a un criado o a un obrero, a un recluta, que es lo que somos aquí la mayor parte; lo único que verá es que le

están maltratando y que le llevan al frente, y sabe muy bien lo que es necesario y lo que no. ¡Es increíble lo que debe aguantar un soldado raso aquí en el frente! ¡Increíble!

Todos asentimos, porque todos sabemos que la disciplina militar sólo termina en las trincheras, pero que vuelve a empezar a pocos kilómetros del frente, y además en toda su estupidez, con saludos y desfiles. Porque existe una ley de hierro: el soldado tiene que permanecer siempre ocupado.

En ese momento llega Tjaden, con la cara cubierta de manchas rojas. Está tan excitado que tartamudea. Al fin, radiante, logra pronunciar: —Himmelstoss está en camino. Viene al frente.

Tjaden siente por Himmelstoss un odio visceral porque en el campamento le educó a su manera. Tjaden sufre de incontinencia de orina, le ocurre por la noche. Himmelstoss sostenía firmemente que Tjaden lo hacía por pereza, e ideó un método digno de él para curarle.

En el barracón contiguo encontró a otro incontinente que se llamaba Kindervater. Lo instaló con Tjaden. En los barracones había las típicas literas, dos camas una encima de la otra, recubiertas por una simple tela metálica. Himmelstoss los colocó en la misma litera, uno encima del otro. Naturalmente el que dormía debajo salía mal parado. A la noche siguiente, cambiaban, el que había dormido abajo dormía arriba para tomarse la revancha. Eso era a lo que Himmelstoss llamaba autoeducación.

La ocurrencia era mezquina, pero bien ideada. Por desgracia no sirvió de nada porque se basaba en una hipótesis falsa: no se trataba de pereza. Cualquiera que viera su pálida tez podía darse cuenta. La cosa terminó durmiendo uno de ellos cada noche en el suelo. Podrían haberse resfriado fácilmente.

Mientras, Haie se ha sentado cerca de nosotros. Me guiña el ojo y se frota con fruición las manazas. Vivimos juntos la jornada más hermosa de nuestra vida militar. Fue la noche antes de partir hacia el frente. Nos habían destinado a un regimiento de reciente formación, pero antes nos mandaron a la guarnición para recoger el uniforme de campaña y el resto del equipo, aunque no al depósito de reclutas sino a otro cuartel. Debíamos partir a la mañana siguiente. Aquella noche nos dispusimos a arreglarle las cuentas a Himmelstoss. Lo habíamos jurado hacía semanas. Kropp había llegado incluso a proponerse entrar a trabajar en correos cuando llegara la paz para convertirse en superior de Himmelstoss cuando éste retomara su oficio de cartero. Se imaginaba vivamente lo mucho que le haría sudar. Era precisamente por eso por lo que nunca consiguió acabar con nosotros; siempre contábamos con que un día nos las pagaría todas juntas, lo más tarde al terminar la guerra.

De momento, queríamos propinarle una buena paliza. ¿Qué podía sucedernos si no nos reconocía y partíamos al amanecer?



Conocíamos la taberna que visitaba cada noche. Para volver al cuartel tenía que cruzar un callejón oscuro y solitario. Lo esperamos allí, detrás de un montón de piedras. Yo llevaba una sábana. Temblábamos de impaciencia por ver si vendría solo. Finalmente oímos sus pasos, que conocíamos bien de haberlos oído cada mañana, cuando abría la puerta de sopetón y vociferaba: «¡A levantarse!».

—Viene solo —susurró Kropp.

—¡Solo!

Tjaden y yo rodeamos con precaución el montón de piedras.

Vimos brillar la chapa de su cinturón. Himmelstoss parecía algo achispado; cantaba. Pasó por delante de nosotros sin sospechar nada.

Le saltamos encima con la sábana en la mano y le cubrimos con ella como si fuera un saco blanco, de modo que no pudiese levantar los brazos. Dejó de cantar.

Haie Westhus se acercó de un salto. Con los brazos extendidos nos apartó a fin de poder ser el primero. Disfrutando de lo lindo se colocó en posición, levantó un brazo como un poste de señales, la mano como una pala de carbón y descargó sobre el blanco saco un golpe capaz de matar a un buey.

Himmelstoss se dobló sobre sí mismo, aterrizó cinco metros más allá y se puso a gritar. Ya lo habíamos previsto, y llevábamos una almohada con nosotros. Haie se agachó, se colocó la almohada en las rodillas, agarró a Himmelstoss por la cabeza y se la hundió en la almohada. El ruido de los gritos quedó ahogado. De vez en cuando Haie le soltaba un poco para que pudiera respirar, y entonces el sonido gutural se convertía en un magnífico grito que volvía a quedar ahogado.

Luego Tjaden le desabrochó los tirantes y le bajó los pantalones, sosteniendo el látigo entre los dientes. Entonces se levantó y empezó a moverse.

Fue una escena magnífica: Himmelstoss en el suelo; inclinado sobre él, con su cabeza en las rodillas, Haie con su sonrisa diabólica y la boca entreabierta de placer; los calzoncillos a rayas, temblorosos, y las piernas que, a cada nuevo latigazo, se agitaban describiendo las más originales contorsiones, y delante, de pie, el infatigable Tjaden golpeándole como un leñador. Finalmente tuvimos que apartarle de una vez para que nos tocara el turno.

Por fin, Haie levantó de nuevo a Himmelstoss y, para terminar, dio una función privada. Pareció que quisiera coger las estrellas de tanto como levantó el puño derecho para propinarle un buen golpe. Himmelstoss cayó al suelo. Haie volvió a ponerle en pie, lo colocó en su sitio y le arreó un izquierdazo de primera. Himmelstoss aulló de dolor y huyó a gatas. Su trasero a rayas de cartero brilló bajo la luna.

Nos largamos a toda prisa.

Haie todavía se detuvo y le dijo, rencoroso, satisfecho y un tanto enigmático:

—La venganza es como una longaniza.

En realidad, Himmelstoss debería alegrarse, ya que su lema de que los unos deben siempre educar a los otros había dado fruto en su misma persona. Éramos inmejorables discípulos de sus métodos.

Nunca se enteró de a quién debía la paliza. En cualquier caso, salió ganando una sábana, porque fuimos a por ella al cabo de unas horas y no la encontramos.

Aquella velada fue el motivo de que a la mañana siguiente partiéramos bastante resueltos. Por ello una barba al viento nos calificó, con emoción, de juventud heroica.

## IV

Nos mandan a primera línea, a trabajar en las trincheras. Al atardecer llegan los camiones. Subimos a ellos. La noche es calurosa y la oscuridad parece un velo bajo cuya protección nos sentimos a gusto. Nos une; incluso el avaro de Tjaden me regala un cigarrillo y me da fuego.

Vamos de pie, apretados unos contra otros, no hay sitio para sentarse. No estamos acostumbrados. Müller por fin ha recuperado el buen humor; lleva las botas nuevas.

Los motores roncan, los camiones traquetean y crujen. Las carreteras están gastadas y llenas de agujeros. Están prohibidas las luces, de modo que cogemos todos los baches y casi nos caemos del coche. Eso no nos inquieta. Qué podría suceder: un brazo roto es mejor que un agujero en el vientre, y a alguno precisamente le gustaría una oportunidad semejante de volver a casa.

Junto a nosotros circulan en largas columnas los camiones del convoy de municiones. Tienen prisa y nos adelantan continuamente. Les gritamos bromas y nos responden.

Se vislumbra un muro que pertenece a una casa situada a un lado de la carretera. De repente aguzo el oído. ¿Me engaño? Vuelvo a escuchar con claridad el graznido de un ganso. Miro a Katczinsky, que a su vez me mira; nos entendemos.

—Kat, estoy oyendo a un aspirante a nuestra cazuela.

Asiente.

—Lo haremos cuando volvamos. Sé dónde está.

Naturalmente que Kat sabe dónde está. Sin duda conoce a todos los gansos existentes en veinte kilómetros a la redonda.

Los camiones llegan al sector de la artillería. A fin de dificultar su localización por parte de los aviadores, los emplazamientos de las piezas de artillería están camuflados con arbustos, como una especie de fiesta militar de los Tabernáculos. Esas glorietas tendrían un aspecto plácido y alegre si sus ocupantes no fueran cañones.

El aire está brumoso por el humo y la niebla. Notamos en la lengua el gusto amargo de la pólvora. Las detonaciones estallan y hacen temblar el camión; el eco se aleja a nuestras espaldas, todo se tambalea. Nuestros semblantes se transforman imperceptiblemente. No vamos a las trincheras, sólo vamos a fortificar, pero en cada rostro puede leerse: ahí está el frente, nos hallamos en sus dominios.

Aún no tenemos miedo. Quien ha estado tantas veces como nosotros en primera línea, ha acabado por endurecerse. Sólo los jóvenes reclutas están alarmados. Kat les instruye:

—Eso ha sido un 30.5. Lo reconoceréis por el disparo, enseguida oiremos la explosión.

Pero el ruido sordo de las explosiones no llega hasta aquí. Lo ahoga el rumor general del frente. Kat presta atención:

—Esta noche habrá jaleo.

Todos nos ponemos a escuchar. El frente está intranquilo. Kropp dice:

—Los *tommys* ya disparan.

Los disparos se oyen claramente. Son las baterías inglesas a la derecha de nuestro sector. Empiezan una hora antes. Nosotros no empezamos nunca hasta las diez en punto.

—¿Qué les ocurre? —exclama Müller—. Deben de llevar los relojes adelantados.

—Habrà jaleo, os lo digo yo, lo siento en los huesos.

Kat se encoge de hombros.

Cerca de nosotros disparan tres cañonazos. La llamarada cruza la niebla, los cañones gruñen y meten ruido. Sentimos escalofríos, y nos alegramos de volver al amanecer a los barracones.

Nuestros semblantes no están más pálidos ni más encendidos que habitualmente; tampoco están más tensos ni más distendidos, y sin embargo son distintos. Notamos como si por nuestra sangre circulara una corriente eléctrica. No es un modo de hablar; es un hecho. Es el frente, la conciencia del frente que provoca la descarga de corriente. En el instante en que silban los primeros obuses, en que los disparos rasgan el aire, de repente vuestras venas, vuestras manos, vuestros ojos se sienten ansiosos, al acecho, despabilados, todos vuestros sentidos se agilizan. El cuerpo se apresta de repente.

A veces me parece como si fuera el aire agitado, vibrante, que salta sobre nosotros con su vuelo silencioso; o el mismo frente que irradia una electricidad que moviliza desconocidas conexiones nerviosas.

Cada vez sucede lo mismo: cuando partimos hacia el frente somos soldados malhumorados o alegres, y cuando llegamos a las primeras baterías cada palabra que pronunciamos tiene un sonido distinto.

Si Kat, delante de los barracones, dice: «Habrà jaleo», está expresando su opinión y basta; pero cuando lo dice aquí, esa frase se convierte en el filo de una bayoneta en la noche, bajo la luz de la luna; nos atraviesa el pensamiento como un cuchillo, está más cerca y le dice, con oscuro significado, al inconsciente que se ha despertado en nosotros: «Habrà jaleo». Quizá se trata de nuestra vida más íntima y secreta, que se estremece y se dispone a defenderse.

Para mí el frente es un siniestro remolino. Cuando todavía estamos lejos de su centro, en aguas tranquilas, sentimos ya la fuerza de absorción que tira de nosotros, lentamente, inevitablemente, sin que podamos ofrecerle demasiada resistencia.

Sin embargo, de la tierra y del aire fluyen hacia nosotros fuerzas de defensa;

sobre todo de la tierra. Para nadie la tierra es tan significativa como para el soldado. Cuando se aprieta contra ella, largo rato, con violencia; cuando hunde en ella el rostro y los miembros sintiendo pavor frente al fuego, entonces la tierra es su único amigo, su hermano, su madre; el soldado gime su terror y sus gritos en su silencio y su recogimiento; la tierra lo recibe y lo manda de nuevo a diez segundos de carrera y de vida, y luego lo recibe de nuevo, quizá para siempre.

¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!

¡Tierra, con tus relieves, cavernas y profundidades adonde uno puede lanzarse y esconderse! ¡Tierra, en las convulsiones del horror, en las explosiones de la destrucción, en los mortíferos aullidos de las explosiones, nos ofreces la inmensa contraofensiva de la vida recuperada! La tempestad enloquecida de la existencia casi destrozada refluye de ti a través de nuestras manos, de modo que, una vez salvados, ahondamos en ti y en la alegría angustiosa y muda de haber sobrevivido a ese minuto, hundimos los labios en ti.

De repente, cuando empiezan a estallar los obuses, una parte de nuestro ser retrocede miles de años. Es el instinto de la bestia que despierta en nosotros, el que nos guía y nos protege. No es consciente, es mucho más rápido, más seguro, más infalible que la consciencia. Resulta inexplicable. Vas andando sin pensar en nada y, de improviso, te encuentras dentro de un cráter en el suelo y por encima de tu cabeza vuelan los cascos de obús; sin embargo, no puedes acordarte de haber oído llegar el obús o de haber pensado en echarte al suelo. Si tuvieras que fiarte de ti mismo, ya serías un montón de carne destrozada. Ha sido esa otra cosa, ese instinto visionario que hay en nosotros el que nos ha puesto en movimiento y nos ha salvado sin que sepamos cómo. Si no fuera por él, de Flandes a los Vosgos ya no quedaría un solo hombre.

Cuando partimos hacia el frente somos soldados malhumorados o alegres; cuando llegamos al sector donde empieza el frente, nos hemos convertido ya en bestias humanas.

Nos acoge un bosque raquítrico. Atravesamos el rancho. Nos apeamos detrás del bosque. Los camiones regresan. A la mañana siguiente, antes de que amanezca, vendrán a recogernos.

La niebla y el humo cubren los prados a la altura del pecho. Brilla la luna. Las tropas avanzan por la carretera. Los cascos de acero brillan con un reflejo mate bajo la luz de la luna. Las cabezas y los fusiles emergen de la niebla blanca, cabezas que asienten, fusiles vacilantes.

La niebla termina más adelante. Las cabezas se convierten en figuras; guerreras, pantalones y botas emergen de la niebla como de un estanque de leche. Forman una columna. La columna marcha hacia delante, las figuras forman una cuña, ya no se

distinguen una de otra, sólo una cuña oscura que avanza hacia adelante a la que nutren de un modo extraño las cabezas y fusiles que emergen del estanque de leche. Son una columna, no son hombres.

Por un camino transversal pasan cañones ligeros y camiones de munición. Los lomos de los caballos brillan bajo la luna; sus movimientos son hermosos, agitan la cabeza y sus ojos brillan. Los cañones y los camiones parecen resbalar sobre un fondo de paisaje lunar; los jinetes, con sus cascos de acero, parecen caballeros de una época pasada; resulta hermoso, conmovedor.

Nos dirigimos junto a los zapadores. Unos cuantos se cargan a la espalda barras de hierro curvas y afiladas, los demás metemos una estaca de hierro liso dentro de unos rollos de alambre espinoso, y echamos a andar. La carga es incómoda y pesada.

El terreno está desgarrado. Desde delante llegan avisos:

—¡Cuidado, a la izquierda hay un cráter de obús!

—¡Ojo, trincheras!

Con los ojos muy abiertos, los pies y los bastones palpan el terreno antes de recibir el peso del cuerpo. De repente, la columna se detiene; nos damos de narices contra el alambre espinoso del de delante y maldecimos.

Unos camiones inutilizados por los bombardeos nos barran el paso. Otra orden.

—¡Apagad los cigarrillos y las pipas!

Estamos junto a las trincheras.

Entretanto, ha oscurecido totalmente. Rodeamos un bosquecillo y el sector del frente queda ante nosotros.

Una claridad incierta, rojiza, se extiende de un extremo al otro del horizonte. Está en constante movimiento, atravesado por los fogonazos de las baterías. Las esferas luminosas se elevan por encima, círculos rojos y plateados, que estallan y caen como lluvia en forma de estrellas rojas, verdes y blancas. Las bengalas francesas salen disparadas, despliegan en el aire un paracaídas de seda y descienden lentamente. Lo iluminan todo como si fuera de día, su resplandor llega hasta nosotros, y vemos nuestra sombra claramente perfilada en el suelo. Planean unos minutos antes de consumirse. De inmediato disparan más bengalas, por todas partes, y de nuevo se divisan las estrellas azules, rojas y verdes.

—¡Qué alboroto! —dice Kat.

El fragor de la artillería aumenta hasta convertirse en un único estampido sordo y se deshace de nuevo en explosiones aisladas. Rechinan las descargas cerradas de las ametralladoras. Encima de nosotros, el aire está lleno de hostigamientos invisibles, aullidos, silbidos y siseos. Son proyectiles de poco calibre; pero de vez en cuando entre ellos resuenan en la noche los obuses de la artillería pesada, que van a caer lejos, a nuestras espaldas. Profieren un aullido ronco y lejano, como de ciervos en celo, y se oyen por encima de los aullidos y silbidos de los pequeños proyectiles.

Los reflectores empiezan a explorar el cielo oscurecido. Resbalan por él como enormes reglas, más estrechas en un extremo. Uno de ellos queda inmóvil y apenas tiembla un poco. De inmediato un segundo reflector llega junto a él, ambos se cruzan e iluminan un insecto negro que intenta escapar: un avión. El piloto, cegado, pierde el control y vacila.

Clavamos firmemente las estacas de hierro a distancias regulares. Siempre hay dos hombres que sostienen un rollo de alambre mientras los demás van desenredando el alambre. El asqueroso alambre de púas largas y espesas. He perdido la costumbre de hacerlo y me arañó la mano. Al cabo de unas horas hemos terminado. Pero aún nos sobra tiempo hasta que lleguen los camiones. La mayoría de nosotros se echa a dormir. Yo lo intento también. Pero hace demasiado frío. Se nota la cercanía del mar, y el frío nos despierta una y otra vez.

Al fin, me duermo. Cuando, de repente, me levanto de un salto, no sé dónde estoy. Veo las estrellas, veo las bengalas y por un momento tengo la sensación de haberme dormido durante una fiesta en un jardín. No sé si es de día o de noche, estoy echado en la cuna pálida del crepúsculo y espero dulces palabras que alguien tiene que pronunciar, dulces y entrañables. ¿Estoy llorando? Me toco los ojos, qué extraño, ¿soy un niño? La piel suave... Sólo dura un segundo, luego reconozco la silueta de Katczinsky. El veterano está sentado tranquilamente, fumando su pipa, una pipa con tapa, naturalmente. Cuando se da cuenta de que estoy despierto, me dice:

—Te has llevado un buen susto. Sólo ha sido una espoleta que ha caído entre los arbustos.

Me incorporo; me siento extrañamente solo. Me alegro de que esté Kat ahí. Observa pensativo el frente y dice:

—Qué hermosos fuegos artificiales, si no fueran tan peligrosos...

Detrás de nosotros estalla un obús. Algunos reclutas se levantan asustados. Al cabo de unos minutos cae otro, esta vez más cerca. Kat vacía su pipa.

—Habrà jaleo.

Nos ponemos en marcha. Huimos a gatas lo más rápidamente posible. El siguiente obús estalla en medio del grupo.

Alguien grita. En el horizonte se alzan en el cielo bengalas verdes. El fango se levanta por los aires, silban los cascos de obús. Todavía los oímos caer cuando el ruido de la explosión ya se ha apagado.

A nuestro lado un recluta acobardado yace en el suelo, un muchacho rubio que hunde el rostro entre las manos. Le ha caído el casco de la cabeza. Lo recojo e intento encasquetárselo. Levanta los ojos, aparta el casco de un manotazo y, arrastrándose como un niño, esconde la cabeza entre mis brazos, junto a mi pecho. Le tiemblan los hombros enflaquecidos. Hombros como los de Kemmerich.



Le dejo hacer. Para que el casco al menos sirva de algo, se lo pongo en el trasero, no para burlarme de él, sino al pensar que ésa es la parte más visible de su cuerpo. Aunque haya un buen espesor de carne, las heridas en el trasero son condenadamente dolorosas. Además, uno tiene que pasarse meses enteros en el hospital tendido boca abajo, con la perspectiva de quedar cojo.

En algún lugar la explosión ha dado de lleno. Se oyen gritos entre los estallidos.

Por fin vuelve la calma. El fuego pasa por encima de nuestras cabezas y estalla en las últimas trincheras de reserva. Nos arriesgamos a echar un vistazo. Bengalas rojas tiemblan en el cielo. Probablemente habrá una ofensiva.

Aquí la cosa está tranquila. Me incorporo y sacudo al recluta por los hombros.

—¡Ya está, muchacho! Hemos salido bien librados.

Mira a su alrededor, asustado. Intento convencerle:

—Ya te acostumbrarás.

Descubre su casco en el suelo y se lo pone. Lentamente vuelve en sí. De repente enrojece violentamente y parece turbado. Se toca con la mano el trasero y me mira desazonado. Enseguida comprendo: cólico del frente. No es por eso que le había puesto el casco en ese sitio, pero intento consolarlo:

—No es ninguna vergüenza; muchos otros se lo han hecho en los pantalones durante su primer ataque. Ve y tira los calzoncillos. Y no se hable más.

Se marcha. Se hace el silencio, pero en algún lugar se siguen oyendo gemidos.

—¿Qué sucede, Albert? —pregunto.

—Allá abajo han dado de lleno a algunas columnas.

Los gritos continúan. No son seres humanos, ellos no gritan de ese modo.

Kat dice:

—Caballos heridos.

Nunca había oído gritar a un caballo y apenas puedo creerlo. Es la desolación del mundo, la criatura martirizada, un dolor salvaje y terrible el que grita. Nos hemos puesto pálidos. Detering se levanta.

—¡Desgraciados, matadlos de un tiro!

Es campesino y entiende de caballos. Eso le afecta. Como hecho expresamente, el fuego cesa casi por completo, de modo que los gemidos de los animales se oyen con más claridad. No sabemos de dónde vienen en el quieto paisaje plateado; son invisibles, fantasmales, se oyen por todas partes, entre el cielo y la tierra, inmensurables. Detering se enfurece y grita:

—¡Matadlos de un tiro, maldita sea!

—Primero tienen que recoger a los heridos —dice Kat.

Nos levantamos y buscamos el lugar donde están. Si vemos a los animales resultará más soportable. Vemos un grupo oscuro de enfermeros con camillas y unos

grandes bultos negros que se mueven. Son los caballos heridos. Pero no todos. Algunos se alejan al galope, caen y galopan de nuevo. Hay uno con el vientre destrozado del que cuelgan las entrañas. Tropieza con ellas y cae, pero vuelve a levantarse.

Detering levanta el fusil y apunta. Kat le da un golpe.

—¿Te has vuelto loco?

Detering tiembla y tira el fusil al suelo.

Nos sentamos y nos tapamos las orejas. Pero los terribles gemidos moribundos penetran por todas partes.

Podemos soportarlo casi todo. Pero esto nos produce un sudor frío. Uno querría levantarse y huir a cualquier parte simplemente para no seguir oyendo esos gemidos. Y eso que no son seres humanos, sino sólo caballos. Deben de estar aterrorizados. Normalmente los caballos mueren en silencio.

Entre el oscuro embrollo vuelven a distinguirse las camillas. Luego suenan disparos aislados. Los bultos negros tiemblan y caen. ¡Por fin! Pero todavía no ha terminado. Los soldados no pueden acercarse a los animales heridos que huyen empavorecidos, con todo el dolor en sus bocas desencajadas. Una de las figuras se arrodilla, suena un disparo, un caballo cae, luego otro... El último se apoya en las patas delanteras y gira en círculos como en un carrusel, gira sentado con las patas delanteras levantadas, probablemente le han dado en el lomo. El soldado corre hacia él y le dispara. Despacio, sumiso, resbala hasta el suelo.

Nos sacamos las manos de las orejas. Los gemidos moribundos han cesado. En el aire queda tan sólo un suspiro prolongado que enmudece. Luego quedan solamente las bengalas, el canto de los obuses y las estrellas; resulta inconcebible.

Detering pasea arriba y abajo, maldiciendo:

—Quisiera saber qué culpa tienen ellos.

Al cabo de un rato vuelve a la carga. Tiene la voz alterada, y su tono es casi solemne cuando dice:

—Creedme: la mayor vileza es que los animales tengan que hacer la guerra.

Nos vamos. Ya es hora de llegar a los camiones. El cielo se ha aclarado un poco. Las tres de la madrugada. El viento es frío, la palidez de la hora tiñe de gris nuestras caras.

Avanzamos a ciegas uno tras otro a través de trincheras y cráteres y llegamos de nuevo a la zona de niebla. Katczinsky está inquieto, eso es una mala señal.

—¿Qué te pasa, Kat? —pregunta Kropp.

—Quisiera estar ya en casa.

En casa, se refiere a los barracones.

—Ya falta poco, Kat.

Está nervioso.

—No sé, no sé...

Llegamos a las últimas trincheras y luego a los prados. Aparece el bosquecillo; conocemos el terreno palmo a palmo. Allí está el cementerio de los cazadores, con los túmulos y las cruces negras. En ese preciso momento se oye un silbido creciente detrás de nosotros, que acaba por estallar. Nos hemos agachado; a cien metros por delante se alza una nube de fuego.

Al cabo de unos minutos, una parte del bosque se eleva, tras un segundo estallido, lentamente por los aires, tres o cuatro árboles se levantan y estallan en pedazos. Los obuses silban como válvulas de caldera, el fuego es intenso.

—¡Cubrios! —exclama alguien—. ¡Cubrios!

Los prados son lisos, el bosque está demasiado lejos y es peligroso; no hay otro sitio en el que cubrirse que el cementerio y las tumbas. Nos adentramos en la oscuridad a trompicones, y cada uno de nosotros se lanza de inmediato tras un montículo de tierra.

Justo a tiempo. La oscuridad enloquece, tiembla y se enfurece. Oscuridades más negras que la noche se abalanzan sobre nosotros describiendo una gran curva. El fuego de las explosiones estremece el cementerio.

No hay escapatoria. Al resplandor de los obuses arriesgo una ojeada a los prados. Se han convertido en un mar tempestuoso, las llamas de los proyectiles brotan como surtidores. Queda descartada la posibilidad de cruzar entre ellos.

El bosque desaparece, queda destrozado, desgarrado. Debemos permanecer en el cementerio.

Delante de nosotros la tierra revienta. Llueven terrones. Siento un tirón. La metralla me ha desgarrado una manga. Cierro el puño. No siento ningún dolor. Pero eso no me tranquiliza, las heridas no duelen hasta más tarde. Me paso la mano por el brazo. Tiene arañazos, pero está entero. Entonces noto un golpe en la cabeza y voy a perder el conocimiento. Pero me cruza el pensamiento: ¡no te desmayes! Me hundo en la oscuridad y escapo de nuevo. Un trozo de metralla me ha dado en el casco. Venía de tan lejos que no ha podido atravesarlo. Me limpio los ojos de barro. Frente a mí se ha abierto un cráter, lo distingo borrosamente. Los obuses no suelen dar en el mismo cráter, por eso decido meterme en él. De un tirón me tiendo sobre el suelo, plano como un pez. Entonces se oye otro silbido, me encojo y busco protección, noto algo a mi izquierda y me aprieto contra aquello, pero cede, y yo gimo, la tierra se despedaza, la presión del aire estalla en mis oídos, me arrastro bajo lo que ha cedido, me cubro con aquello, es leña, y tela, un miserable refugio contra la metralla.

Abro los ojos; mis dedos aprietan una manga, un brazo. ¿Un herido? Le llamo a gritos; no responde; un muerto. Mi mano sigue palpando y encuentra astillas de madera, y entonces recuerdo que estamos en el cementerio.

Pero el fuego es más intenso que todo lo demás. Aniquila el pensamiento; me limito a hundirme más profundamente bajo el ataúd; él me protegerá, aunque encierre la propia muerte en su interior.

El cráter se abre ante mí. Lo acaricio con los ojos como si fueran mis manos, tengo que meterme en él de un salto. En ese momento recibo un golpe en la cara, una mano se aferra a mi hombro. ¿Ha despertado el cadáver? La mano me sacude, vuelvo la cabeza y, bajo un resplandor momentáneo, veo el rostro de Katczinsky, con la boca desencajada, gritando; no oigo nada. Me sacude con fuerza, se acerca más; cuando decrece el ruido, me llega su voz:

—¡Gas! ¡Gaaas! ¡Gaaas! ¡Que corra la voz!

Cojo la máscara antigás. Hay alguien cerca de mí. No pienso en nada más que en esto: tiene que saberlo.

—¡Gaaas! ¡Gaaas!

Grito, me arrastro hacia él, le hago señales con la máscara, pero no se da cuenta de nada. Vuelvo a hacerlo, una y otra vez, pero él se limita a encogerse, es un recluta. Miro desesperado hacia Kat, que ya lleva puesta su máscara; saco la mía de un tirón, me cae el casco y me pongo la máscara. Consigo llegar hasta el muchacho, tomo su máscara, que ha quedado junto a mí, y se la paso por la cabeza; él la aferra. Le suelto y, de repente, me hallo en el cráter del obús.

La explosión sorda de las granadas de gas se mezcla con el estallido de los proyectiles. Una campana resuena entre las explosiones, un batintín y las carracas metálicas anuncian por doquier: ¡Gas! ¡Gas! ¡Gas!

Algo cae a mis espaldas con un sonido sordo, una, dos veces. Limpio las ventanitas de la máscara, empañadas por el aliento. Estoy con Kat, Kropp y alguien más. Los cuatro nos quedamos inmóviles, tensos, a la espera, respirando lo menos posible.

Los primeros minutos con la máscara deciden entre la vida y la muerte: ¿estará bien cerrada? Conozco las terribles imágenes del hospital: enfermos de gas que, en un ahogo que dura días enteros, escupen a pedazos sus pulmones calcinados.

Con cuidado, los dientes apretados sobre la cápsula, respiro. El gas ya se arrastra por el suelo y penetra en todas las cavidades. Como una blanda y ancha medusa se extiende por nuestro cráter, llenándolo. Doy un codazo a Kat: es mejor salir de allí y tenderse en la superficie que permanecer en el cráter, donde el gas se acumula en mayor cantidad. Pero resulta imposible; empieza otro bombardeo. Parece como si ya no fueran las explosiones las que rugieran; parece como si la misma tierra rugiera.

Algo se nos viene encima con un ruido seco. Cae muy cerca de nosotros: un ataúd levantado por los aires.

Kat empieza a desplazarse y yo le sigo. El ataúd ha caído sobre el brazo extendido del cuarto hombre que había en el cráter. El hombre intenta, con la otra

mano, quitarse la máscara antigás. Kropp le detiene a tiempo, le dobla el brazo a la espalda y lo sostiene en esa posición.

Kat y yo nos disponemos a liberarle el brazo roto. La tapa del ataúd está floja y rota, de modo que la quitamos fácilmente; sacamos el cadáver, que se hunde en el cráter; luego intentamos aflojar el fondo del ataúd.

Por fortuna el hombre se ha desmayado y Albert puede ayudarnos. Ahora ya no es necesario ir con tanto cuidado, pero trabajamos lo más aprisa posible hasta que el ataúd cede con un suspiro bajo las palas que utilizamos como palancas.

Empieza a amanecer. Kat coge un trozo de madera de la tapa, la coloca bajo el brazo roto y lo envolvemos con nuestras vendas. De momento no podemos hacer nada más.

La cabeza me retumba dentro de la máscara antigás; parece a punto de estallar. Mis pulmones están congestionados, respiran una y otra vez el mismo aire caliente y viciado; se me hinchan las venas de las sienes, creo estar a punto de ahogarme.

Una luz grisácea llega hasta nosotros. El viento barre el cementerio. Me arrastro hasta el borde del cráter. Bajo la sucia luz del amanecer, veo ante mí una pierna seccionada, la bota está intacta, lo veo todo claramente por un instante. Ahora alguien se levanta pocos metros más allá; limpio las ventanitas de mi máscara, que se empañan de inmediato por el jadeo; miro fijamente... Ese hombre ya no lleva máscara.

Espero unos segundos: no cae fulminado, mira a su alrededor buscando algo y da unos pasos. El viento ha escampado el gas del cementerio, el aire está limpio. Entonces, jadeando, yo también me quito la máscara y caigo al suelo; el aire penetra en mí como si fuera agua helada, los ojos quieren abandonar sus órbitas, la fresca ola me inunda y pierdo el conocimiento.

El bombardeo ha cesado. Me asomo al cráter y hago señas a los demás. Suben y se quitan la máscara. Cogemos entre todos al herido, uno de nosotros le sostiene el brazo roto. Nos vamos a toda prisa, a trompicones.

El cementerio ha quedado en ruinas. Se ven ataúdes y cadáveres por todas partes. Los han matado por segunda vez; pero todo aquel que ha sido despedazado por las bombas, ha salvado la vida a uno de nosotros.

La puerta ha quedado destrozada, los raíles del tren de campaña que pasa cerca de allí están arrancados y se curvan hacia el cielo. Delante de nosotros hay alguien tendido. Nos detenemos; sólo Kropp sigue adelante con el herido.

El que está en el suelo es un recluta. Tiene la cadera llena de sangre; está tan agotado que saco mi cantimplora llena de té con ron. Kat me detiene y se inclina sobre él:

—¿Dónde te han dado, compañero?

Mueve los ojos; está demasiado débil para responder.

Con cuidado, le cortamos los pantalones. Gime.

—Tranquilo, tranquilo, eso te aliviará.

Si tiene una bala en el vientre, no debe beber nada. No ha vomitado, eso es buena señal. Le desnudamos la cadera. Se ha convertido en un montón de carne picada con astillas de hueso. Le han dado en la articulación. Ese muchacho no volverá a andar jamás.

Le froto las sienes con los dedos humedecidos y le doy un trago. Los ojos se le animan. En ese momento nos damos cuenta de que también le sangra el brazo derecho.

Kat deshilacha dos paquetes de vendas y las coloca, tan extendidas como puede, para cubrir la herida. Busco algo de ropa para envolverlo. No nos queda, así que le corto un poco más los pantalones para poder utilizar un trozo de sus calzoncillos como venda; pero no lleva. Le miro más atentamente: es el rubio de antes.

Entretanto, Kat ha encontrado paquetes de vendas en los bolsillos de un muerto, y con cuidado cubrimos con ellas la herida. Le digo al joven, que nos observa fijamente:

—Ahora iremos a buscar una camilla.

El muchacho abre la boca y susurra:

—Quedaos conmigo.

Kat dice:

—Volveremos enseguida. Te buscaremos una camilla.

No sabemos si nos ha entendido; lloriquea como un niño mientras nos vamos:

—No os vayáis...

Kat se da la vuelta y susurra:

—¿No deberíamos coger un revólver y que esto terminara? El muchacho a duras penas resistirá el transporte, y como mucho podrá durar unos días. Sin embargo, lo que ha pasado hasta ahora no es nada comparado con lo que le espera hasta que muera. Ahora aún está aturdido y no siente nada. Dentro de una hora será un fardo que gritará de insoportable dolor. Los días que le quedan de vida significan para él un tormento furioso e incesante. ¿Y a quién puede aprovechar que le queden o no esos días de vida?

Asiento con un gesto.

—Sí, Kat, deberíamos coger un revólver.

—Dámelo —dice, y se detiene.

Está decidido, me doy cuenta. Miramos a nuestro alrededor, pero ya no estamos solos. Delante de nosotros se va reuniendo un grupo, las cabezas asoman de los cráteres y las tumbas.

Vamos a buscar una camilla.

Kat menea la cabeza.

—Unos chicos tan jóvenes. —Y lo repite—: Unos chicos tan jóvenes, tan inocentes...

Nuestras bajas son menores de lo que cabría suponer: cinco muertos y ocho heridos. Ha sido sólo un pequeño ataque de artillería. Dos de los muertos estaban en una de las tumbas abiertas; sólo hemos tenido que cubrirlos de tierra.

Volvemos al campamento. Trotamos en silencio, uno detrás de otro. Los heridos son conducidos al hospital. La mañana es sombría, los enfermeros corren de un lado a otro con números y placas, los heridos gimen. Empieza a llover.

Al cabo de una hora llegamos a los camiones y subimos a ellos. Vamos más anchos que antes.

La lluvia se vuelve más intensa. Nos cubrimos bajo unas lonas extendidas. El agua tamborilea encima. A los lados la lluvia cae a chorros. Los camiones chapotean en los baches y nosotros nos mecemos de un lado a otro, medio dormidos.

En la parte delantera del camión, dos hombres llevan unas largas varas ahorquilladas. Vigilan los cables del teléfono que atraviesan la carretera a tan baja altura que podrían decapitarnos. Los atrapan a tiempo con sus largas varas y los levantan por encima de nosotros. Oímos su aviso: «¡Cuidado con el cable!», y, medio dormidos, nos arrodillamos y luego volvemos a ponernos en pie.

El traqueteo del camión es monótono, los gritos de aviso son monótonos, la lluvia cae monótona. Cae sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de los muertos de primera línea, sobre el cuerpo del joven recluta de la herida, demasiado grande para su cadera, cae sobre la tumba de Kemmerich, cae sobre nuestros corazones.

Una explosión retumba en algún sitio. Nos sobresaltamos, los ojos tensos, las manos dispuestas para lanzarnos a los bordes del camino por encima de las paredes laterales del camión.

Pero no sucede nada más. Sólo los avisos monótonos:

—¡Cuidado con el cable!

Nos arrodillamos de nuevo, medio dormidos.

## V

Resulta fastidioso matar los piojos de uno en uno cuando se tienen a centenares. Esos animalitos son algo duros, y el eterno chasquido entre los dedos llega a aburrir. De modo que Tjaden ha fijado con alambre la tapa de una caja de betún encima de una vela encendida. Nos limitamos a echar allí los piojos, se oye un chasquido y quedan fritos.

Nos sentamos alrededor, con la camisa sobre las rodillas, desnudo el tronco en el aire cálido, las manos al trabajo. Haie tiene una clase especial de piojos: tienen una cruz roja encima de la cabeza. Por eso dice que los trajo del hospital de Thourhout, donde debían de pertenecer al mismísimo comandante médico. También quiere aprovechar para untarse las botas la grasa que, poco a poco, va formándose en la tapa de metal, y durante media hora seguida se ríe a carcajadas de su ocurrencia.

Sin embargo, hoy no tiene mucho éxito; nos preocupa mucho otra cuestión.

El rumor se ha confirmado. Himmelstoss está aquí. Llegó ayer, ya hemos oído su voz familiar. Parece ser que tuvo a dos reclutas haciendo ejercicios demasiado rato. Él lo ignoraba, pero uno de ellos era hijo del gobernador civil. Eso acabó con él.

Aquí las pasará moradas. Tjaden lleva horas pensando mil modos de responderle. Haie contempla pensativo sus enormes pies y me guiña un ojo. Aquella paliza fue el punto culminante de su existencia; me ha contado que a veces aún sueña con ella.

Kropp y Müller conversan. Kropp es el único que ha conseguido un plato colmado de lentejas, probablemente las ha robado en la cocina de los zapadores. Müller mira hambriento las lentejas, pero se domina y pregunta:

—Albert, ¿tú que harías si de pronto llegara la paz?

—¡No hay paz! —responde Albert secamente.

—De acuerdo, pero si llegara —insiste Müller—, ¿qué harías?

—¡Largarme! —exclama Kropp.

—Eso está claro. ¿Y luego?

—Emborracharme —dice Albert.

—No digas tonterías, hablo en serio...

—Yo también —dice Albert—. ¿Qué otra cosa podría hacer?

A Kat le interesa esa pregunta. Reclama a Kropp su tributo de lentejas, lo consigue, reflexiona unos momentos y dice:

—Está claro que también me emborracharía, pero luego tomaría enseguida el primer tren hacia casa, para reunirme con mi madre. Pero hombre, Albert, la paz...

Revuelve en su cartera de tela encerada y saca una fotografía que nos enseña orgulloso:



—¡Mi madre!

Luego la guarda de nuevo y exclama:

—¡Maldita guerra piojosa!

—Tú puedes decir eso —le digo—. Tú tienes una mujer y un hijo.

—Es cierto —asiente—. Debo procurar que tengan comida suficiente.

Nos echamos a reír.

—No les faltará, Kat, si no ya harás una requisa.

Müller tiene hambre, y por eso no se da por satisfecho. Despierta con un sobresalto a Haie, que soñaba con la paliza.

—¿Y tú qué harías si llegara la paz, Haie?

—Te dejaría el culo como un tomate por hablar de eso —le digo—. ¿A qué viene eso ahora?

—¿Cómo llega el estiércol al tejado? —responde Müller lacónicamente, y se dirige de nuevo a Haie Westhus.

Eso es demasiado para Haie. Mece la pecosa cabeza:

—¿Quieres decir si terminara la guerra?

—Eso mismo. Me has entendido perfectamente.

—Entonces volvería a haber mujeres, ¿no? —Haie se relame.

—Eso también.

—¡Diablos! —exclama Haie, y se le ilumina el rostro—. ¡Agarraría a una moza bien guapa, bien robusta, que lo tuviera todo en su sitio para agarrarla bien, y la llevaría enseguida al catre! Figúrate, ¡colchones de pluma y un somier como Dios manda! Chicos, me pasaría ocho días sin ponerme los pantalones.

Quedamos en silencio. Es una visión maravillosa. Se nos pone la piel de gallina. Por fin, Müller se recobra y pregunta:

—¿Y luego?

Hay una pausa, tras lo cual Haie declara, algo cohibido:

—Si fuera sargento me quedaría con los prusianos y me reengancharía.

—Haie, estás como una cabra —le digo.

Él replica, sin enfadarse:

—¿Tú has trabajado alguna vez en las minas? Pruébalo.

Luego saca su cuchara de la bota y toma una cucharada del plato de Albert.

—No puede ser peor que fortificar trincheras en la Champagne —respondo.

Haie mastica y hace una mueca irónica.

—Pero dura más tiempo. Y no puedes escapar.

—Pero, chico, siempre se está mejor en casa.

—Depende, depende —dice, y se queda pensativo con la boca abierta.

Se lee en su cara lo que está pensando. Ve una cabaña miserable en las minas de carbón, el pesado trabajo de la mañana a la noche bajo el calor sofocante de la landa,

el sueldo mísero, la ropa sucia...

—En el ejército, cuando hay paz, no tienes preocupaciones —comenta—. Comes cada día, y en caso contrario armas un escándalo; tienes tu cama y ropa limpia cada ocho días, como un caballero, cumples con tus obligaciones de sargento, tienes un bonito uniforme y por la noche eres un hombre libre y puedes ir a los bares.

Haie está extraordinariamente orgulloso de su idea. Le encanta.

—Y cuando has cumplido doce años de servicio, te dan tu pensión y te haces guardia rural. Puedes pasarte el día entero paseando.

La visión de ese futuro le hace sudar.

—Figúrate cómo deben de tratarte. Aquí un coñac, allí medio litro de cerveza... Todo el mundo quiere estar a bien con un guarda rural.

—Nunca serás sargento, Haie —objeta Kat.

Haie le mira consternado y calla. Probablemente sus pensamientos giran en torno a los claros atardeceres de otoño, los domingos en la landa, las campanas del pueblo, las tardes y las noches con las chicas, los buñuelos de alforfón con las manchas de grasa, las horas de tranquila charla en la taberna...

Necesita tiempo para recobrase de sus fantasías, así que gruñe enojado:

—Qué tonterías preguntáis.

Se pone la camisa por la cabeza y se abrocha la guerrera.

—¿Y tú que harías, Tjaden? —exclama Kropp.

Tjaden sólo piensa en una cosa.

—Estar al tanto de que Himmelstoss no se me escapara.

Sin duda lo que más le agradaría es encerrarlo en una jaula y pegarle con un palo cada mañana. Le dice a Kropp, con entusiasmo:

—En tu lugar yo intentaría llegar a teniente. Entonces podrías arrastrarlo hasta dejarle el culo lleno de ampollas.

—¿Y tú, Detering? —sigue preguntando Müller. Con su modo de preguntar, demuestra tener madera de maestro de escuela.

Detering es más bien taciturno, pero responde a esa cuestión. Mira al cielo y responde con una sola frase:

—Aún llegaría a tiempo para la cosecha.

Entonces se levanta y se aleja.

Está preocupado. Su mujer tiene que encargarse de la granja. Además, le han requisado dos caballos. Cada día lee los periódicos para saber si no ha llovido en su pueblo oldenburgués. De otra forma no podrán recoger el heno.

En ese momento aparece Himmelstoss. Viene directamente hacia nuestro grupo. A Tjaden la cara se le cubre de manchas. Se tiende cuan largo es en la hierba y cierra los ojos de emoción.

Himmelstoss se muestra algo indeciso, disminuye el paso. Pero sigue

acercándose. Nadie hace ademán de levantarse. Kropp le observa con interés.

Por fin se detiene frente a nosotros, esperando. Puesto que nadie dice nada, profiere:

—¿Y bien?

Transcurren unos segundos; según parece, Himmelstoss no sabe cómo comportarse. Lo que más desearía es hacernos sentir el peso de su autoridad. Sin embargo, parece haber aprendido ya que el frente no es como el cuartel. Lo intenta de nuevo y, en vez de dirigirse a todos nosotros, se dirige a uno solo; confía de ese modo en que le será más fácil obtener respuesta. Kropp es el más cercano a él. Por ello le honra con un:

—¿Qué, también por aquí?

Pero Albert no es amigo suyo y responde secamente:

—Y hace un poco más de tiempo que usted, creo yo.

El bigote pelirrojo tiembla.

—¿Ya no me conocéis, o qué?

Ahora Tjaden abre los ojos.

—Claro que sí.

Himmelstoss se vuelve hacia él:

—Eres Tjaden, ¿verdad?

Tjaden levanta la cabeza.

—¿Y tú, sabes quién eres tú?

Himmelstoss está perplejo.

—¿Y desde cuándo nos tuteamos? Nadie te ha dado permiso para hacerlo.

No tiene ni idea de cómo solventar la situación. No esperaba una hostilidad tan manifiesta. Pero de momento se anda con cuidado; seguro que alguien le ha llenado la cabeza con aquellas tonterías de los tiros por la espalda.

Tjaden está furioso, y replica:

—Claro que no, no lo necesito.

Himmelstoss también ha entrado en ebullición. Pero Tjaden se le adelanta. Tiene que soltarle una buena.

—¿Quieres saber quién eres tú? ¡Un hijo de puta! Hacía tiempo que quería decírtelo.

El desagravio de muchos meses brilla en sus relucientes ojillos porcinos cuando profiere su «hijo de puta».

Himmelstoss también ha perdido el control.

—¿Qué quieres tú, perro sarnoso, mala bestia? Levántate y cuádrate cuando te habla un superior.

Tjaden hace un gesto majestuoso:

—Descansa, Himmelstoss. Retírate.

Himmelstoss es la viva imagen del reglamento militar enfurecido. Ni el propio káiser podría mostrarse más ofendido. Vocifera:

—¡Tjaden, te lo ordeno como superior jerárquico: levántate!

—¿Algo más? —pregunta Tjaden.

—¿Vas o obedecer mi orden o no?

Tjaden le responde serena y categóricamente, sin saberlo, con la más famosa de las citas clásicas, al tiempo que levanta levemente el trasero.

Himmelstoss se marcha como una tromba:

—¡Te haré comparecer ante un consejo de guerra!

Lo vemos desaparecer en dirección a la oficina de la compañía.

Haie y Tjaden se ríen como locos. Haie ríe de tal modo que se le desencaja la mandíbula y de repente queda inmóvil con la boca abierta. Albert se la encaja de nuevo de un puñetazo.

Kat está preocupado.

—Si te denuncia, la cosa se pondrá fea.

—¿Crees que lo hará? —pregunta Tjaden.

—Seguro —digo.

—Como mínimo serán cinco días en el calabozo —dice Kat.

Eso no afecta para nada a Tjaden.

—Cinco días en chirona son cinco días de descanso.

—¿Y si te envían a un penal? —inquieta Müller, con su minuciosidad.

—Entonces estaré más tiempo lejos de la guerra.

Tjaden nació con buena estrella. Para él no existen las preocupaciones. Se marcha con Haie y Leer para que no le encuentren de buenas a primeras.

Müller aún no ha terminado. Se dirige de nuevo a Kropp.

—Albert, si realmente te fueras a casa, ¿qué harías?

Kropp tiene ahora el estómago lleno, y por eso está más dócil.

—¿Cuántos quedaríamos en clase?

Echamos cuentas: de un total de veinte, siete han muerto, cuatro están heridos, otro en el manicomio. De modo que, como mucho, seríamos doce.

—Tres son tenientes —dice Müller—. ¿Crees que permitirían que Kantorek les regañase?

Ninguno lo cree; ninguno de nosotros se dejaría regañar.

—¿Qué opinas realmente de la triple acción de «Guillermo Tell»? —recuerda Kropp de improviso, y se echa a reír a carcajadas.

—¿Cuáles eran los objetivos de la Hainbund de Gottingen? —pregunta también Müller, con súbita severidad.

—¿Cuántos hijos tenía Karl el Temerario? —respondo tranquilamente.

—No serás nada en la vida, Bäumer —replica Müller.

—¿Cuándo tuvo lugar la batalla de Zama? —quiere saber Kropp.

—Le falta seriedad moral, Kropp; siéntese, está suspendido —respondo.

—¿Qué funciones consideraba Licurgo esenciales de un Estado? —murmura Müller, y hace ver que se coloca unos quevedos.

—¿Se dice: Nosotros, alemanes, tememos a Dios y a nadie más en el mundo, o bien: Nosotros, los alemanes...? —les pregunto.

—¿Cuántos habitantes tiene Melbourne? —replica Müller.

—¿Cómo quiere usted prosperar en la vida si no sabe eso? —respondo a Kropp indignado.

—¿Qué se entiende por «cohesión»? —pregunta a su vez con aire triunfal.

De todos esos chismes apenas recordamos nada. Tampoco nos han servido de nada. Sin embargo, en la escuela nadie nos enseñó cómo encender un cigarrillo con viento y lluvia, ni cómo encender fuego con leña mojada, ni que el vientre es el mejor lugar para clavar la bayoneta porque allí no se atora con las costillas.

Müller, pensativo, comenta:

—Para qué hablar. Está claro que tendremos que volver a la escuela.

Me parece imposible.

—Quizá pasemos un examen especial.

—También necesitas estar preparado. Y si apruebas, ¿qué? Ser estudiante en la universidad no es mucho mejor. Si no tienes dinero, tienes que trabajar como un negro.

Algo mejor sí es. Pero siguen enseñándote tonterías.

Kropp acierta nuestro estado de ánimo al decir:

—¿Cómo puede tomarse todo eso en serio cuando se ha estado en el frente?

—Pero tienes que tener una profesión —objeta Müller como si fuera Kantorek en persona.

Albert se limpia las uñas con el cuchillo. Estamos sorprendidos ante ese comentario tan cursi. Pero simplemente piensa en voz alta. Guarda el cuchillo.

—Así es. Kat, Detering y Haie volverán a su trabajo porque ya tenían uno. Himmelstoss también. Nosotros no teníamos ningún oficio. ¿Cómo podremos acostumbrarnos a uno después de esto? —dice señalando hacia el frente.

—Deberíamos ser rentistas y poder vivir solos en medio de un bosque —digo, pero me avergüenzo enseguida de ese afán de grandezas.

—¿Qué pasará si volvemos? —pregunta Müller, conmovido.

Kropp se encoge de hombros.

—No lo sé. Primero tenemos que volver, luego ya veremos.

En realidad, todos estamos perplejos.

—¿Qué podríamos hacer? —pregunto.

—No me apetece nada —responde Kropp con cansancio—. Cualquier día revientas, y ¿qué sacas de todo? En realidad no creo que volvamos.

—Cuando pienso en ello, Albert —digo al cabo de un rato, tendiéndome en el suelo—, creo que al oír la palabra paz, y si realmente hubiera llegado la paz, me gustaría hacer algo impensable. ¿Sabes?, algo por lo que valiera la pena haber vivido este infierno. Pero no puedo imaginarme nada de eso. Y lo que veo más posible: todo ese jaleo de la profesión, los estudios, el sueldo, etc., me importa un rábano, siempre ha sido así de repugnante. No encuentro nada, Albert, no encuentro nada.

De pronto, todo me parece oscuro y desesperado.

Kropp también piensa en ello.

—Será difícil para nosotros. ¿Los que se han quedado en casa deben preocuparse por eso? Dos años de disparos y bombas de mano..., no podemos quitárnoslos de encima como unos calcetines.

Todos estamos de acuerdo en que a todos nos pasará lo mismo; no sólo a nosotros; a todos los que se encuentren en la misma situación, a unos más que a otros. Es el destino común de nuestra generación.

Albert lo expresa muy bien:

—La guerra nos ha echado a perder para cualquier cosa.

Tiene razón. Ya no somos jóvenes. Ya no queremos conquistar el mundo. Somos fugitivos. Huimos de nosotros mismos. De nuestra vida. Teníamos dieciocho años y empezábamos a amar el mundo y la existencia; tuvimos que disparar contra eso. La primera granada que explotó, lo hizo en nuestro corazón. Estamos al margen de la actividad, del esfuerzo, del progreso. Ya no creemos en nada de eso; creemos en la guerra.

La oficina de la compañía se anima. Parece ser que Himmelstoss ha dado la alarma. A la cabeza de la columna trota el gordo sargento mayor. Es curioso que casi todos los sargentos mayores sean gordos.

Le sigue Himmelstoss, sediento de venganza. Sus botas relucen al sol.

Nos ponemos en pie. El sargento mayor nos espeta:

—¿Dónde está Tjaden?

Naturalmente nadie lo sabe. Himmelstoss nos mira furioso.

—Seguro que lo sabéis. Pero no queréis decirlo. ¡Hablad de una vez!

El sargento mira a su alrededor buscando a Tjaden; no se le ve por ningún lado. Lo intenta de otro modo.

—Tjaden debe presentarse en la oficina dentro de diez minutos.

Y se marcha. Himmelstoss le sigue.

—Tengo el presentimiento de que la próxima vez que nos manden a fortificar, un rollo de alambre de púas le caerá a Himmelstoss en las piernas —insinúa Kropp.

—Aún nos divertiremos con él —se ríe Müller.

Ésa es nuestra ambición: hacerle la vida imposible a un cartero.

Voy a los barracones y le cuento a Tjaden lo sucedido, para que desaparezca.

Luego nos cambiamos de sitio y volvemos a acomodarnos para jugar a cartas. Eso sí sabemos hacerlo: jugar a cartas, maldecir y hacer la guerra. No es mucho para jóvenes de veinte años..., es demasiado para jóvenes de veinte años.

Al cabo de media hora, Himmelstoss vuelve con nosotros. Nadie le hace caso. Pregunta por Tjaden. Nos encogemos de hombros.

—Deberíais ir a buscarle —insiste.

—¿Por qué ese «vosotros»? —pregunta Kropp.

—Vosotros...

—Le ruego que no nos tutee —le dice Kropp con aire de oficial.

Himmelstoss está perplejo.

—¿Quién os tutea?

—¡Usted!

—¿Yo?

—Sí.

Se queda en silencio. Mira a Kropp con desconfianza, porque no tiene ni idea de a qué se refiere. Sin embargo, esta vez no está muy seguro de tener razón y cambia de tema:

—¿No le habéis encontrado?

Kropp se tiende en la hierba y dice:

—¿Ya había estado usted en el frente?

—Eso no le importa —responde Himmelstoss—. Exijo una respuesta.

—De acuerdo —responde Kropp poniéndose en pie—. Mire allí al fondo, donde hay aquellas nubecillas. Son los proyectiles ingleses. Ayer estuvimos allí. Cinco muertos, ocho heridos. Y no fue más que una escaramuza. Si la próxima vez viene usted con nosotros, antes de morir la tropa se presentará a usted, se cuadrará y preguntará valientemente: «¡Permiso para retirarme! ¡Permiso para reventar!». Precisamente esperábamos a gente como usted.

Vuelve a sentarse y Himmelstoss sale en estampida.

—Tres días de arresto —aventura Kat.

—La próxima vez, dejádmelo a mí —le pido a Albert.

Pero ya se ha terminado. Por la noche, al pasar lista, se realiza un interrogatorio. En la oficina está nuestro teniente Bertinck, que nos llama de uno en uno.

Yo también debo comparecer como testigo y explico por qué se ha rebelado Tjaden. La historia de los meones causa impresión. Lllaman a Himmelstoss, y yo repito mi declaración.

—¿Eso es cierto? —pregunta Bertinck a Himmelstoss.

Se resiste a admitirlo, pero cuando Kropp hace la misma declaración no le queda más remedio.

—¿Por qué nadie me lo contó? —pregunta Bertinck.

Callamos; él ya sabe el resultado de reclamar en el ejército por tonterías como ésa. ¿Existe el derecho a reclamar en el ejército? El teniente se hace cargo y en primer lugar sermonea a Himmelstoss, explicándole enérgicamente que el frente no es el patio de un cuartel. Luego, en tono aún más enérgico, le toca el turno a Tjaden, quien recibe una buena reprimenda y tres días de arresto. A Kropp, guiñándole el ojo, le impone un día de arresto.

—No puede ser de otro modo —le dice, lamentándolo. Es un tipo razonable.

El arresto es agradable. El calabozo es un antiguo gallinero; ambos pueden recibir visitas, porque conocemos el modo de entrar. Si se hubiera tratado de arresto mayor, les hubieran encerrado en el sótano. Antes también nos ataban a un árbol, pero actualmente está prohibido. A veces ya nos tratan como a seres humanos.

Una hora después de que Tjaden y Kropp se encuentren tras las rejas, les hacemos una visita. Tjaden nos saluda con un cacareo. Luego jugamos a las cartas hasta el anochecer. Naturalmente gana el roñoso de Tjaden.

Cuando nos marchamos, Kat me pregunta:

—¿Qué te parecería un asado de ganso?

—No estaría mal —respondo.

Subimos a un camión de la columna de municiones. El viaje nos cuesta dos cigarrillos. Kat ha estudiado a fondo el lugar. El gallinero pertenece al estado mayor de un regimiento. Decido ser yo el que agarre el ganso y dejo que Kat me dé instrucciones. El gallinero se encuentra detrás del muro, y sólo lo cierra un pestillo.

Kat junta las manos, me sujeta el pie y yo trepo por el muro. Kat, mientras, monta guardia.

Me quedo quieto unos minutos mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Luego diviso el gallinero. Me acerco silenciosamente, palpo el pestillo, lo levanto y abro la puerta.

Distingo dos manchas blancas. ¡Dos gansos! Mala cosa: si cojo a uno, el otro se pondrá a chillar. Los dos, entonces..., si soy rápido, funcionará.

Doy un salto hacia ellos. Agarro a uno de inmediato, al otro al cabo de un momento. Como un poseso les golpeo la cabeza contra la pared, para aturdirlos. Pero no debo de tener fuerza suficiente. Los animales baten las alas y las patas. Lucho denodadamente, pero, ¡por Dios, qué fuerza tienen los gansos! Hacen que me tambalee. En la oscuridad, esos pellejos blancos resultan repugnantes, tengo los brazos llenos de plumas, casi temo elevarme hacia el cielo como si llevase un par de globos cautivos en las manos.



Empiezan a hacer ruido; una de las gargantas ha aspirado aire y ronca como un despertador. Antes de darme cuenta, se oyen unos pasos ligeros en el exterior, recibo un golpe, caigo al suelo y oigo un gruñido furioso. Un perro. Lo observo de reojo; me clavaré los dientes en la garganta. Me quedo inmóvil de inmediato y, sobre todo, aprieto la barbilla contra el pecho.

Es un dogo. Al cabo de una eternidad, echa atrás la cabeza y se sienta a mi lado. Pero cuando intento moverme, gruñe. Pienso. Lo único que puedo hacer es conseguir sacar el revólver. Sea como sea debo salir de aquí antes de que llegue alguien. Muevo la mano centímetro a centímetro.

Tengo la sensación de que pasan horas. Un leve movimiento y un peligroso gruñido; luego me quedo inmóvil y lo intento de nuevo. Cuando tengo el revólver en la mano, ésta se echa a temblar. Lo aprieto contra el suelo y lo pienso bien: levantar el revólver, disparar antes de que se me eche encima y salir de estampida.

Respiro lentamente y consigo tranquilizarme. Luego contengo la respiración, levanto el revólver, suena el disparo, el dogo da un salto, gimiendo, llego a la puerta del gallinero y tropiezo con uno de los gansos huidos.

Lo agarro al galope, lo lanzo por encima del muro y trepo tras él. Aún estoy en el muro cuando el perro, que se ha recuperado, me salta encima. Me dejo caer velozmente por el otro lado del muro. Kat está a diez pasos, con el ganso bajo el brazo. En cuanto me ve, huimos a escape.

Por fin podemos recuperar el aliento. El ganso está muerto, Kat ha terminado con él en un momento. Lo asaremos inmediatamente para que nadie se dé cuenta. Voy a los barracones a buscar leña y una cazuela y luego nos metemos en un pequeño cobertizo abandonado que usamos siempre para tales fines. La única ventana está cubierta con trapos. Tenemos dispuesto una especie de fogón, una plancha de hierro colocada sobre unos ladrillos. Encendemos fuego.

Kat despluma el ganso y lo prepara para asar. Las plumas las guardamos aparte, cuidadosamente. Queremos hacernos con ellas unos cojines con la inscripción: «Descansa en paz bajo el bombardeo».

El fuego de artillería del frente zumba en torno a nuestro refugio. Un leve resplandor nos ilumina el rostro; en la pared bailan las sombras. De vez en cuando se oye un crujido sordo y el cobertizo tiembla. Bombas de aviación. Una vez oímos gritos ahogados. Le deben de haber dado a un barracón.

Los aviones zumban; se oye el tac-tac de las ametralladoras. Pero de donde estamos no escapa ni un rayo de luz que pueda delatarnos.

Así pues, nos sentamos el uno frente al otro, Kat y yo, dos soldados de raída guerrera, que asan un ganso en medio de la noche. No hablamos mucho, pero tenemos, el uno para el otro, más delicadas atenciones de las que puedan prestarse dos enamorados. Somos dos seres humanos, dos diminutas chispas de vida; fuera

reinan la noche y el círculo de la muerte. Estamos sentados en su orilla, amenazados por ella y a un tiempo resguardados de ella; de nuestras manos gotea la grasa; nuestros corazones se hallan cercanos y este momento es semejante al lugar en que nos encontramos; el dulce fuego de nuestras almas hace bailar en él las luces y las sombras de nuestros sentimientos. ¿Qué sabe él de mí? ¿Qué sé yo de él? En otro tiempo, ninguno de nuestros pensamientos hubiera coincidido; ahora nos sentamos frente a un ganso, sentimos nuestra existencia y estamos tan cercanos el uno al otro que ni siquiera deseamos hablar de ello.

Se tarda un buen rato en asar un ganso, a pesar de que sea joven y gordo. De modo que nos vamos turnando. Mientras uno lo unta con grasa, el otro duerme. Poco a poco va extendiéndose un delicioso aroma.

Los ruidos llegan del exterior como un sueño en el que, sin embargo, no se desvanece el recuerdo. Veo, adormilado, cómo Kat levanta la cuchara, cómo la hace descender. Le quiero; quiero su espalda, su figura angulosa y curvada... Y al mismo tiempo veo, detrás de él, bosques y estrellas, y una voz amable murmura palabras que me consuelan, a mí, a un soldado que con sus grandes botas, su cinturón y su mochila marcha, diminuto bajo el alto cielo, por el camino que se abre ante él; que, olvidadizo y rara vez triste, marcha siempre bajo el ancho cielo nocturno.

Un soldadito y una voz amable; si alguien le acariciase, quizá ya no sabría comprenderlo, este soldado con sus grandes botas y el corazón colmado, que marcha porque lleva botas y se ha olvidado de todo, excepto de marchar. ¿O es que no hay flores en el horizonte y un paisaje tan plácido que el soldado desearía llorar? ¿No se levantan allí las imágenes que él no ha perdido porque nunca las ha poseído, imágenes turbadoras aunque ya nunca podrá poseerlas? ¿No están allí, lejos, sus veinte años?

Mi cara está húmeda. ¿Dónde estoy? Kat está delante de mí, su curvada sombra gigantesca me cubre paternal. Habla en voz baja, sonrío y regresa al fogón. Luego dice:

—Ya está a punto.

—Sí, Kat.

Me desperezo. El hermoso asado brilla en medio del cobertizo. Sacamos nuestros tenedores y navajas y cortamos un muslo cada uno. Lo acompañamos con pan de munición, que vamos mojando en la salsa. Comemos despacio, muy a gusto.

—¿Te gusta, Kat?

—Mucho. ¿Y a ti?

—Mucho, Kat.

Somos hermanos y nos ofrecemos los mejores bocados el uno al otro. Después de comer, me fumo un cigarrillo. Kat se fuma un cigarro. Todavía ha sobrado mucho.

—Kat, ¿qué te parece si les lleváramos un trozo a Kropp y a Tjaden?

—¡Buena idea! —responde.

Cortamos un pedazo y lo envolvemos cuidadosamente en un papel de periódico. En realidad, el resto queremos llevárnoslo a los barracones, pero Kat se echa a reír y dice tan sólo:

—Tjaden.

Ya veo, debemos llevárnoslo todo. Así pues, nos dirigimos al gallinero para despertar a esos dos. Antes hemos envuelto las plumas aparte con todo cuidado.

Kropp y Tjaden se creen víctimas de una alucinación. Después, todo son mordiscos. Tjaden mantiene un ala entre las manos como si de una armónica se tratara y la va royendo. Se bebe la salsa de la cazuela y dice con la boca llena:

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho.

Volvemos a los barracones. De nuevo el cielo, las estrellas, el alba que apunta y yo que ando bajo ellos, soldado con grandes botas y el vientre lleno, soldadito al amanecer.

Junto a mí, anguloso y curvado de espaldas, marcha Kat, mi camarada.

El contorno de los barracones se alza ante nosotros, bajo la luz mortecina del amanecer, como un sueño profundo y oscuro.

## VI

Corre el rumor de que se prepara una ofensiva. Partimos hacia el frente dos días antes de lo previsto. Por el camino, pasamos ante una escuela arrasada por los bombardeos. Junto a la pared frontal se levanta un doble muro, muy alto, de ataúdes nuevos, de madera clara sin pulir. Todavía huelen a resina, a pino, a bosque. Como mínimo hay cien.

—Estamos bien provistos para la ofensiva —dice Müller, sorprendido.

—Son para nosotros —gruñe Detering.

—No digas tonterías —le interrumpe Kat.

—Ya puedes estar contento si consigues un ataúd —se ríe Tjaden irónicamente—, vigila que no te envuelvan en una simple lona...

Los demás también hacen chistes, chistes de mal gusto, ¿qué otra cosa podemos hacer? De hecho, los ataúdes son para nosotros. En estas cosas la organización funciona a la perfección.

Delante de nosotros corren muchos rumores. La primera noche intentamos orientarnos. Puesto que hay bastante silencio, podemos oír el paso de los convoyes detrás del frente enemigo, que no se interrumpe hasta el amanecer. Kat dice que no se retiran, sino que llegan tropas, munición, cañones.

Han llegado los refuerzos de la artillería inglesa, lo oímos de inmediato. A la derecha de la alquería han instalado, como mínimo, cuatro baterías más del 20.5, y detrás del chopo han emplazado lanzaminas. Además, han traído un buen número de esas pequeñas bestias francesas con espoleta de percusión.

Tenemos la moral por los suelos. Dos horas después de haber entrado en los refugios subterráneos, nuestra propia artillería nos bombardea en las trincheras. Es la tercera vez en cuatro semanas. Si se tratara de mala puntería, nadie diría nada al respecto, pero la cuestión es que los cañones están gastados; las bombas llegan a nuestro sector de tan imprecisos como se vuelven a menudo los disparos. Esta noche han causado dos heridos.

El frente es una jaula en la que uno debe esperar, nervioso, lo que sucederá. Nos hallamos bajo la trayectoria de las granadas y vivimos en la tensión de la incertidumbre. El azar planea sobre nuestras cabezas. Cuando llega un obús, lo más que puedo hacer es agacharme; no puedo saber dónde caerá, ni puedo cambiar ese hecho.

Ese azar es el que nos vuelve indiferentes. Hace unos meses me encontraba en un refugio subterráneo, jugando a las cartas; al cabo de un rato me levanté y me fui a visitar a unos amigos en otro refugio. Cuando volví, del primero no quedaba nada; lo

había destruido un disparo certero. Volví al segundo y llegué a tiempo de ayudar a sacar los escombros: entretanto lo había hundido una explosión.

Del mismo modo casual en que resulto herido, conservo la vida. En un refugio a prueba de bombas pueden destrozarme, y, en campo abierto, puedo sobrevivir a los bombardeos sin ser herido durante diez horas. Cada soldado permanece con vida gracias al azar. Y todo soldado cree y confía en el azar.

Tenemos que vigilar el pan. Las ratas se han multiplicado últimamente, desde que ya no reina el orden en las trincheras. Detering afirma que eso indica con toda seguridad que habrá jaleo.

Aquí las ratas son especialmente repugnantes porque son muy grandes. Se trata de una especie a la que llaman «ratas de cadáver». Tienen una cara horrible, maligna, desnuda, y puedes ponerte malo sólo de ver sus largas colas peladas.

Parecen muy hambrientas. Les han roído el pan a casi todos. Kropp ha envuelto el suyo en una lona y lo utiliza de almohada, pero no puede dormir porque las ratas le corren por el rostro para llegar al pan. Detering quiso ser astuto; sujetó un alambre en el techo y colgó de él su paquete de pan. Cuando, por la noche, encendió la linterna, vio que el alambre se balanceaba. Encima del pan había una rata enorme.

Finalmente decidimos hacer algo al respecto. Recortamos con todo cuidado los trozos de pan que han roído las ratas; de ninguna manera podemos tirar el pan entero, porque en ese caso mañana no tendríamos nada que comer. Colocamos las rebanadas cortadas en medio del refugio, en el suelo. Cada uno coge su pala y se dispone a golpear. Detering, Kropp y Kat preparan sus linternas.

Al cabo de unos minutos se oyen los primeros mordiscos y tirones. Se multiplican, ahora son ya un sinnúmero de patitas. Entonces se encienden las linternas y todos golpeamos con las palas el montón negro, que se disgrega chillando. Ha sido un éxito. Echamos a paletadas los pedazos de rata por encima del borde de la trinchera y nos preparamos de nuevo.

El truco tiene éxito algunas veces más. Después las ratas se dan cuenta de algo o huelen la sangre, lo cierto es que no vuelven. Sin embargo, al día siguiente vemos que han terminado con los restos de pan que había en el suelo.

En el sector vecino, las ratas han atacado a dos gatos grandes y a un perro, los han matado a mordiscos y se los han comido.

Al día siguiente nos dan queso holandés. Nos dan a cada uno casi un cuarto. Por una parte, eso está bien porque el queso holandés está rico; pero por otra parte está mal, porque esas bolas rojas siempre han indicado que habrá jaleo. Nuestro presentimiento se acentúa cuando reparten aguardiente. De momento nos lo bebemos, pero no nos sentimos nada alegres.

Durante el día organizamos apuestas de tiro a la rata y deambulamos de un lado a

otro. Nos reparten cartuchos y granadas de mano. Revisamos las bayonetas. Hay algunas que llevan incorporada una sierra. Cuando los de aquí enfrente pescan a alguien con una de esas bayonetas, lo matan sin compasión. En el sector vecino encontraron a algunos de los nuestros a quienes habían seccionado la nariz con esas sierras y les habían pinchado los ojos. Luego les habían llenado la boca y la nariz de virutas para que se ahogaran.

Algunos reclutas llevan aún bayonetas de ese tipo; se las quitamos y les entregamos otras.

De todas maneras, la bayoneta ha perdido en importancia. Ahora está de moda atacar provisto únicamente de granadas de mano y una pala. La pala, bien afilada, es un arma más ligera y polivalente, no sólo se puede clavar bajo la barbilla, sino golpear con ella, lo que da mejores resultados; si uno acierta en diagonal entre el hombro y el cuello, se puede abrir en canal a un hombre hasta el pecho. La bayoneta, al clavarse, a menudo queda encallada, y entonces tienes que pisar con fuerza el vientre del otro para liberarla; entretanto es probable que ya te hayan dado. Además, en esa operación a veces se rompe.

Por la noche alertan sobre las granadas de gas. Esperamos el ataque con las máscaras preparadas, dispuestos a ponérselas tan pronto divisemos la primera sombra.

Amanece sin que suceda nada. Tan sólo el inquietante ruido de enfrente, trenes que llegan, trenes, camiones y más camiones, ¿qué concentración es ésa? Nuestra artillería los ataca sin cesar, pero siguen, no se detienen.

Hacemos cara de cansancio y no nos miramos los unos a los otros.

—Será como en Somme, luego tuvimos siete días y siete noches de bombardeo —dice Kat sombrío.

Desde que estamos aquí, no está para bromas, y eso es mala señal, porque Kat es un veterano y posee un buen olfato. Sólo Tjaden está contento con las buenas raciones y el ron; incluso opina que regresaremos con la misma tranquilidad con la que hemos venido, que no pasará nada en absoluto.

Casi lo parece. Pasa un día, luego otro... Por la noche, hago la guardia. Por encima de mí las bengalas y paracaídas se elevan y descienden. Estoy alerta, en tensión, el corazón me golpea el pecho. Mis ojos buscan una y otra vez la esfera de mi reloj; la aguja no avanza. El sueño me llena los párpados, y muevo los pies dentro de las botas para mantenerme despierto. Hasta la llegada del relevo no sucede nada; sólo el ruido de los convoyes. Poco a poco nos tranquilizamos y jugamos a las cartas. Quizá tengamos suerte.

Durante el día, el cielo está lleno de globos cautivos. Se dice que los de enfrente han traído incluso tanques y que la aviación de combate también participará en la ofensiva. Sin embargo, eso no nos interesa tanto como lo que cuentan de los nuevos

lanzallamas.

Nos despertamos en plena noche. La tierra retumba. Nos bombardean intensamente. Nos encogemos en los rincones. Podemos distinguir proyectiles de todos los calibres.

Cada uno se aferra a sus cosas y se asegura a cada momento de que lo tiene todo. El refugio tiembla, la noche se convierte en un trueno y un relámpago. Nos miramos mutuamente bajo el momentáneo resplandor, y sacudimos la cabeza con las caras pálidas y los labios apretados.

Sentimos en nuestro propio cuerpo cómo los obuses despedazan el parapeto, levantan por los aires el terraplén y destrozan los bloques superiores de cemento. Escuchamos el golpe sordo, enfurecido, parecido al zarpazo de una fiera, de la granada que cae en la trinchera. Por la mañana algunos reclutas tienen la cara verde y vomitan. Son todavía demasiado inexpertos.

Lentamente, una luz de un gris repugnante penetra en las galerías y empalidece el resplandor de las explosiones. Es de día. Ahora la explosión de minas se mezcla con el fuego de la artillería. Es lo más terrible que existe. Allí donde caen, abren una fosa común.

Los del relevo salen al exterior, los observadores entran tambaleándose, temblando, llenos de barro. Uno se tiende en silencio en un rincón y come; el otro, un reservista, solloza; la presión del aire de las explosiones le ha lanzado dos veces por encima del parapeto, sin causarle mayor daño que un ataque de nervios.

Los reclutas lo observan. Una cosa así se contagia rápidamente, debemos tener cuidado, algunos labios ya tiemblan. Es bueno que se haga de día; quizá la ofensiva se produzca antes del mediodía.

El fuego no pierde en intensidad. También nos disparan desde detrás. Hasta donde alcanza la vista, se elevan surtidores de barro y metralla. Están bombardeando un sector muy amplio.

El ataque no se produce, pero continúan las explosiones. Poco a poco vamos ensordeciendo. Casi nadie habla ya. No hay quien se entienda.

Casi no nos queda trinchera. En muchos lugares sólo tiene medio metro de alto; está llena de agujeros, de cráteres y de tierra amontonada. Una granada estalla delante mismo de nuestra galería. Se hace la oscuridad. Hemos quedado sepultados y debemos desenterrarnos. Al cabo de una hora la entrada vuelve a quedar libre y nosotros hemos recuperado la serenidad porque teníamos trabajo.

El comandante de nuestra compañía entra a gatas y nos comunica que dos refugios han sido completamente destruidos. Los reclutas se tranquilizan al verle. Dice que por la noche intentarán traernos comida.

Es un consuelo. Nadie había pensado en ello excepto Tjaden. De nuevo nos llega algo del exterior; si pueden ir a buscar comida es que la situación no es tan grave,

piensan los reclutas. No les contradecimos; nosotros sabemos que la comida es tan importante como la munición, y que sólo por eso intentarán traérmola.

Pero no lo consiguen. Se pone en marcha una segunda expedición, que también se ve obligada a regresar. Finalmente, Kat en persona se decide a ir, pero incluso él debe volver sin conseguir comida. Nadie puede atravesar ese fuego, ni una cola de perro es lo suficientemente estrecha para conseguirlo.

Nos apretamos algo más el cinturón y masticamos tres veces cada bocado. Sin embargo, no basta; tenemos un hambre de mil diablos. Me reservo un currusco de pan; me como la miga y guardo el resto en el morral; de vez en cuando le hincó el diente.

La noche es insoportable. No podemos dormir; clavamos la vista en el vacío y dormitamos. Tjaden lamenta que malgastáramos en las ratas los trozos de pan roídos. Deberíamos haberlos conservado. Ahora nos los comeríamos. También nos falta agua, pero aún no es tan urgente.

Al amanecer, cuando aún es oscuro, estalla la tensión. Un montón de ratas que huyen cruzan la entrada y trepan por las paredes. Las linternas iluminan la confusión. Todos gritamos, maldecimos y golpeamos con las palas. Descargamos la rabia y la desesperación acumulada durante muchas horas. Las caras están crispadas, los brazos golpean, los animales chillan; cuesta trabajo detenernos, casi nos hubiéramos agredido los unos a los otros.

Ese estallido nos deja agotados. Nos tumbamos de nuevo y aguardamos. Es un milagro que en nuestro refugio todavía no se haya producido ninguna baja. Es uno de los pocos refugios subterráneos que quedan en pie.

Un cabo entra a gatas; trae pan. Tres muchachos han conseguido, de noche, atravesar el fuego y volver con algunas provisiones. Nos cuentan que el fuego llega hasta el emplazamiento de la artillería con la misma intensidad. Es un misterio de dónde han sacado tantos cañones los de aquí enfrente.

Debemos esperar, esperar. A mediodía sucede lo que me temía. Uno de los reclutas sufre un ataque. Hacía rato que lo observaba, cómo le crujían los dientes, inquieto, y abría y cerraba los puños. Conocemos demasiado bien esos ojos asustados y desorbitados. Durante las últimas horas sólo en apariencia conservaba la calma.

Ahora se levanta, cruza con disimulo la habitación, se para un instante y luego se acerca a la entrada. Me doy la vuelta y le pregunto:

—¿Dónde vas?

—Vuelvo enseguida —responde, e intenta pasar por delante de mí.

—Espera un poco, el fuego ya está cesando.

Escucha con atención y sus ojos recobran la lucidez por un momento. Luego recuperan el brillo turbio de un perro enfurecido y, sin decir nada, me empuja a un



lado.

—Aguarda un minuto, camarada —exclamo.

Kat no ha perdido detalle. Cuando el recluta me empuja a un lado, él lo agarra y lo sostenemos con fuerza entre los dos.

De inmediato empieza a gritar:

—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Quiero salir de aquí!

No se aviene a razones y golpea a ciegas; la saliva le cae de la boca y profiere palabras sin sentido, inacabadas. Se trata de un ataque de terror de la trinchera; tiene la sensación de ahogarse y sólo obedece a un impulso: salir al exterior. Si le dejáramos ir, saldría corriendo sin cubrirse. No es el primero.

Puesto que está fuera de sí y ya empieza a poner los ojos en blanco, lo único que podemos hacer es atizarle para que entre en razón. Lo hacemos deprisa y sin piedad, y de ese modo conseguimos que, por el momento, vuelva a sentarse tranquilo. Los otros han palidecido; esperemos que eso les sirva de lección. Este bombardeo es excesivo para los pobres muchachos; han pasado directamente del campo de instrucción a un infierno que haría encanecer incluso a un hombre hecho y derecho.

Tras esa escena, el aire asfixiante aún nos ataca más los nervios. Estamos sentados como en el interior de nuestra tumba y únicamente aguardamos a recibir sepultura.

De pronto, se oye un relámpago y un aullido monstruoso, el refugio cruje por todas sus juntas bajo el impacto, felizmente de un proyectil ligero, porque los bloques de cemento han resistido. Se oye un espantoso tintineo metálico, las paredes se tambalean, vuelan por los aires fusiles, cascos, tierra, barro y polvo. Una humareda sulfurosa penetra en el refugio. Si en vez de estar en este sólido refugio hubiéramos estado en uno de los que construyen ahora, ninguno de nosotros viviría ya.

Sin embargo, el efecto producido es casi el mismo. El recluta de antes vuelve a gritar enloquecido, y se le añaden otros dos. Uno se levanta y sale corriendo. Nos cuesta lo suyo refrenar a los otros dos. Me abalanzo tras el fugitivo y pienso por un momento si debo dispararle a las piernas; entonces se oye un silbido, me echo al suelo, y cuando me pongo de nuevo en pie, el parapeto está cubierto de metralla ardiente, trozos de carne y de uniforme. Regreso al interior del refugio.

El primero parece realmente haber enloquecido. Si lo soltamos, se lanza de cabeza contra el muro, como un macho cabrío. Por la noche tendremos que intentar llevarle a retaguardia. Por ahora le atamos fuertemente, pero de modo que podamos soltarle enseguida en caso de ataque.

Kat propone jugar a las cartas; quizá de ese modo nos resulte más fácil la espera. Pero no hay manera, estamos atentos a cada explosión que se acerca, nos descontamos al sumar los puntos o nos equivocamos de palo. Nos vemos obligados a dejarlo. Estamos sentados en una especie de caldera estruendosa a la que golpean por

todas partes.

Otra noche. La tensión nos embota los sentidos. Es una tensión mortal que araña la columna vertebral de arriba abajo como un cuchillo mellado. Las piernas ya no nos sostienen, las manos tiemblan, el cuerpo es una delgada piel sobre un delirio apenas reprimido, sobre un aullido sin fin a punto de surgir ya sin obstáculos. No tenemos ya ni carne ni músculos, ya no podemos mirarnos por miedo a algo insondable. De modo que apretamos los labios: pronto terminará, pronto terminará, quizá salgamos de ésta.

De repente, cesan las explosiones más cercanas. El fuego continúa, pero se ha acortado el tiro: nuestra trinchera está libre. Tomamos las granadas de mano, las lanzamos delante del refugio y saltamos fuera. El bombardeo ha cesado, pero a nuestras espaldas se oye un intenso fuego de barrera. Ha empezado la ofensiva.

Nadie creería que en ese removido desierto pudieran quedar hombres vivos; pero ahora los cascos de acero emergen de todas las trincheras, y a cincuenta metros más allá han emplazado una ametralladora que empieza a disparar de inmediato.

Las alambradas están hechas pedazos. De todos modos, aún resisten un poco. Vemos acercarse a los atacantes. Nuestra artillería relampaguea. Las ametralladoras crepitan, los fusiles traquetean. Los de enfrente intentan avanzar. Haie y Kropp empiezan a lanzar granadas de mano. Las lanzan con la máxima rapidez posible, retiran las espoletas en el último momento. Haie alcanza hasta sesenta metros, y Kropp cincuenta, se han preparado para ello, puesto que es importante. Los de enfrente, a la carrera, no podrán hacer demasiado daño hasta que estén a treinta metros de distancia.

Reconocemos los rostros crispados, los cascos planos: son franceses. Llegan hasta los restos de alambrada y ya han sufrido bajas visibles. A nuestro lado, una ametralladora ha terminado con toda una hilera; luego tenemos dificultades para cargar de nuevo, y van acercándose.

Veo a uno de ellos caer en la trampa de un pozo con el rostro vuelto hacia arriba. El cuerpo se hunde, pero las manos quedan colgadas del alambre como si quisiera rezar. Luego el cuerpo se hunde totalmente, y sólo las manos, seccionadas por las balas, quedan prendidas del alambre por los muñones.

En el instante en que nos disponemos a retroceder, tres rostros emergen del suelo delante de nosotros. Bajo uno de los cascos aparece una perilla negra y dos ojos que se clavan en mí. Levanto la mano, pero no puedo lanzar una granada contra esos ojos extraños; durante un instante de locura, el combate gira velozmente como un circo alrededor de mí y de esos ojos inmóviles; luego el hombre estira la cabeza, veo una mano, distingo un movimiento, y mi granada de mano vuela hacia allí.

Retrocedemos corriendo mientras lanzamos alambre de púas dentro de las trincheras y dejamos caer a nuestro paso granadas de mano a punto de estallar a fin

de que nos guarden las espaldas. Desde el siguiente emplazamiento, las ametralladoras disparan.

Nos hemos convertido en animales peligrosos. No luchamos, nos defendemos de la destrucción. No lanzamos las granadas contra los hombres, qué sabemos nosotros de eso en ese instante, la muerte nos acosa con manos y cascos, por primera vez en tres días podemos mirarla a la cara; por primera vez en tres días podemos defendernos de ella, nos posee una furia inmensa; ya no tenemos que esperar, impotentes, sobre el patíbulo; podemos destruir y matar para salvarnos, para salvarnos y vengarnos.

Nos agachamos detrás de cada relieve del terreno, detrás de cada alambrada de púas, y, antes de seguir huyendo, lanzamos a los pies de los que nos persiguen paquetes de explosivos. Sentimos las explosiones de las granadas de mano en los brazos, en las piernas, corremos encorvados como gatos, inundados por esa ola que nos arrastra, que nos torna crueles, salteadores de caminos, asesinos, demonios, si queréis; por esa ola que multiplica nuestra energía en miedo, rabia y ansia de vivir, que busca nuestra salvación y lucha por ella. Si tu propio padre viniera con los de enfrente, no dudarías en lanzarle una granada al pecho.

Las trincheras de primera línea reciben la orden de evacuar. ¿Son trincheras todavía? Están destrozadas, aniquiladas; no son sino pedazos de trinchera, agujeros unidos mediante escalerillas, nada más que cráteres. Pero las bajas de los de enfrente se acumulan. No contaban con tanta resistencia.

Es mediodía. El sol abrasa, el sudor nos quema los ojos, lo secamos con la manga, y a veces también hay sangre. Divisamos la primera trinchera que ha resistido la ofensiva. Está ocupada, y preparada para el contraataque; nos recibe. Nuestra artillería entra en acción y bloquea el avance del enemigo.

Las tropas que nos perseguían se detienen. No pueden avanzar. La artillería ha detenido el ataque. Esperamos. De pronto, el fuego salta cien metros más allá y nos lanzamos al ataque. A mi lado un obús le cercena la cabeza a un soldado de primera. Todavía corre unos pasos, mientras la sangre brota de su cuello como de un surtidor.

No llegamos al cuerpo a cuerpo. Los otros se ven obligados a retirarse. Nos hallamos nuevamente en nuestras trincheras destrozadas.

¡Oh, esos cambios de dirección! Uno ha llegado a las protectoras posiciones de retaguardia y quisiera penetrar en ellas, desaparecer en su interior, y debes volver atrás, sumergirte de nuevo en el horror. Si en esos instantes no fuéramos autómatas, quedaríamos tendidos, exhaustos, incapaces del menor acto de voluntad. Pero nos sentimos arrastrados de nuevo hacia adelante, sin voluntad, y, no obstante, terriblemente enfurecidos; deseamos matar, porque los de delante son ahora nuestros mortales enemigos; sus fusiles y sus granadas se dirigen contra nosotros. Si no los

aniquilamos, ellos nos aniquilarán a nosotros.

La tierra parda, esa tierra parda destrozada y revuelta que luce grasienta bajo los rayos del sol, sirve de fondo a un incansable juego de autómatas; nuestro jadeo se asemeja al chirrido de un muelle; tenemos los labios secos y la cabeza más pesada que tras una noche de borrachera... Así avanzamos, vacilantes, y en nuestras almas resacas y acribilladas penetra con un dolor lacerante la imagen de esa tierra parda iluminada por este sol grasiento, con los soldados todavía palpitantes y los soldados muertos, tendidos todos ellos en el suelo, como si ése fuera su destino, que nos agarran las piernas y gritan cuando les saltamos por encima.

Hemos perdido todo sentimiento de solidaridad, apenas nos reconocemos cuando enfocamos con ojos alucinados la imagen de un compañero. Somos cadáveres insensibles que mediante un truco de magia, mediante un peligroso encantamiento, podemos todavía correr y matar.

Un joven francés se queda atrás; le alcanzamos y levanta las manos. En una de ellas lleva todavía el revólver, no está claro si quiere disparar o rendirse. Un golpe de pala le hunde el rostro. Otro, al ver eso, intenta huir corriendo, pero, con un silbido, le clavan una bayoneta en la espalda. Da un salto y con los brazos extendidos y la boca desencajada, gritando, se tambalea con la bayoneta oscilando entre los hombros. Un tercer soldado tira el fusil, se agacha y se cubre los ojos con las manos. Lo dejamos atrás, con algunos otros prisioneros, para que transporte heridos.

De pronto, en nuestra persecución, llegamos a las líneas enemigas.

Seguimos tan de cerca a nuestros adversarios en retirada que casi conseguimos llegar al mismo tiempo. Por esa razón sufrimos pocas bajas. Una ametralladora dispara una ráfaga, pero una granada de mano acaba con ella. Sin embargo, en los pocos segundos que ha disparado, ha herido en el vientre a cinco hombres. Kat, de un culatazo, le destroza el rostro a uno de los ametralladores, que estaba ileso. A los otros los atravesamos con las bayonetas antes de que puedan servirse de las granadas de mano. Después, sedientos, nos bebemos el agua del refrigerador.

Por doquier el ruido de los cortaalambreros y de los tablones que colocamos encima de las alambradas. Cruzando esas estrechas pasarelas, saltamos a las trincheras. Haie le clava la pala en el cuello a un francés gigantesco y lanza la primera granada; nos cubrimos unos segundos detrás de un parapeto y luego hallamos libre esa sección de la trinchera. La segunda granada silba en diagonal contra el recodo y abre vía libre; mientras corremos, vamos lanzándolas contra los refugios ante los que pasamos. La tierra tiembla; todo es humareda, gemidos y explosiones. Tropezamos con jirones de carne sanguinolenta que nos hacen vacilar; caigo sobre un vientre reventado encima del que reposa un quepis de oficial, limpio y nuevecito.

El combate cesa. Perdemos contacto con el enemigo. Puesto que aquí no podríamos sostenernos durante mucho tiempo, volvemos a las posiciones anteriores

protegidos por el fuego de nuestra artillería. En cuanto nos transmiten la orden, penetramos corriendo en los refugios más cercanos para llevarnos todas las conservas que encontremos, sobre todo latas de «corned-beef» y de mantequilla, antes de huir a escape.

Regresamos sanos y salvos. Por el momento, los de enfrente no inician otro ataque. Durante más de una hora permanecemos tendidos, jadeantes, descansando y sin hablar. Estamos tan extenuados que a pesar del hambre terrible nadie se acuerda de las latas de conserva. Poco a poco vamos convirtiéndonos, de nuevo, en algo semejante a seres humanos.

El «corned-beef» de enfrente es famoso en todo el sector. A veces llega a ser el motivo principal de uno de esos repentinos ataques, pues en general nuestra alimentación es deficiente; siempre estamos hambrientos.

En conjunto hemos requisado cinco latas. Ellos sí que van bien pertrechados. Es una delicia lo que comen comparado con nuestra mermelada de nabos. En el otro lado la carne circula en abundancia, sólo necesitan cogerla. Haie ha conseguido, además, una barra de pan francés y la lleva sujeta en el cinturón como si fuera una pala. En uno de los extremos hay un poco de sangre, pero ya lo rebanaremos.

Es una suerte que ahora tengamos comida en abundancia; todavía precisaremos nuestras fuerzas. Comer hasta hartarse es algo tan valioso como un buen refugio. Es por esa razón que pensamos tanto en la comida; nos puede salvar la vida.

Tjaden ha robado dos cantimploras llenas de coñac. Corren de mano en mano.

Da comienzo la oración de la noche. Anochece; la neblina se levanta del interior de los cráteres. Diríase que los agujeros están llenos de cosas misteriosas. El vaho blanquecino se arrastra asustado de un lado a otro antes de osar levantarse por encima de los bordes. Luego se extiende de cráter en cráter en largas fajas pálidas.

Ha refrescado. Hago la guardia y escruto fijamente la oscuridad. Me siento deprimido, como siempre después de un ataque; por eso me resulta tan penoso quedar a solas con mis pensamientos. No son propiamente pensamientos, son recuerdos que me asaltan ahora aprovechando mi debilidad y que me impresionan extraordinariamente.

Las bengalas se elevan en el cielo, y delante de mí aparece una imagen: es un atardecer estival, estoy en el claustro de la catedral contemplando los rosales floridos en medio del jardincillo claustral, donde están enterrados los canónigos. A mi alrededor se levantan estatuas de piedra representando los misterios del rosario. No hay nadie; un gran silencio rodea ese florido recuadro; el sol calienta las enormes piedras grises, pongo mi mano encima y noto su tibieza. Sobre el ángulo derecho del tejado de pizarra se levanta la torre verde de la catedral, destacando en el azul tierno y mate de la tarde. Entre las pequeñas columnas brillantes que rodean el claustro se

goza de aquella suave frescura que sólo puede encontrarse en las iglesias; yo estoy allí, inmóvil, pensando que cuando tenga veinte años podré conocer los turbadores goces que sugieren la mujeres.

Esa imagen está tan cerca de mí que me asusta, llega a tocarme antes de desvanecerse con el fulgor de la siguiente bengala.

Cojo el fusil y lo enderezo. El cañón está húmedo; pongo la mano encima y seco la humedad con mis dedos.

En los prados que había más allá de nuestra ciudad se levantaba junto a un riachuelo una larga hilera de chopos. Se distinguían desde muy lejos, y aunque estaban sólo en un lado, lo llamábamos la avenida de los chopos. Ya de niños sentíamos predilección por esos árboles; nos atraían inexplicablemente. Pasábamos días enteros junto a ellos escuchando su ligero murmullo. Nos sentábamos debajo, en la orilla del riachuelo, y dejábamos balancear nuestros pies en el agua clara y presurosa. El aroma puro del agua y la melodía de la brisa en los chopos dominaban nuestra fantasía. ¡Los amábamos tanto! La imagen de aquellos días aún me hace latir el corazón, antes de desvanecerse.

Es curioso que todos los recuerdos que despiertan en mí tengan dos particularidades. Siempre están llenos de silencio; es el rasgo más dominante. Y aunque no fueran totalmente ciertos, tendrían el mismo efecto. Son apariciones silenciosas, que me hablan con miradas y gestos mudos. Su silencio es lo que me conmueve, lo que me obliga a apretar el fusil contra mí para no abandonarme a esa deliciosa disgregación en la que mi cuerpo querría sumergirse, fundiéndose dulcemente con las potencias mudas que están detrás de las cosas.

Son tan silenciosas porque el silencio nos resulta ahora inconcebible. Nunca hay silencio en el frente, y el sector que abarca es tan vasto que nunca podemos escapar de él. Incluso en la retaguardia, en los cuarteles más alejados, el sordo rumor de las explosiones llega constantemente a nuestros oídos. Nunca nos alejamos lo suficiente como para no oírlo. En estos últimos días ha sido insoportable.

Ese silencio es la causa de que las imágenes del pasado despierten en nosotros más tristeza que deseo: una inmensa y desesperanzada melancolía. Esas cosas han sido, pero no volverán. Han pasado, pertenecen a un mundo que ha terminado para nosotros. En el patio del cuartel despertaban en nosotros un furioso anhelo y una incontenible rebeldía, nos sentíamos atados todavía a ellos, les pertenecíamos y ellos nos pertenecían aunque estuviéramos separados. Surgían también en las canciones de soldado que cantábamos cuando íbamos al campo de maniobras, marchando entre el amanecer y las negras sombras del bosque; era un recuerdo vehemente que guardábamos dentro de nosotros y surgía al exterior.

Pero aquí, en las trincheras, lo hemos perdido todo. Ya no se eleva en nosotros ningún recuerdo; estamos muertos, y el recuerdo planea a lo lejos, en el horizonte. Es

una especie de aparición, un enigmático reflejo que despierta, al que tememos y al que amamos sin esperanza. Es intenso, y nuestro deseo es intenso; pero es inaccesible, y lo sabemos. Es tan vano como la esperanza de llegar a general.

Y aunque recuperáramos ese paisaje de nuestra juventud, apenas sabríamos qué hacer allí. Las delicadas y secretas fuerzas que suscitaba en nosotros no pueden renacer. Nos encontraríamos allí de nuevo y pasearíamos. Recordaríamos, lo amaríamos y nos emocionaríamos ante su visión. Pero todo sería parecido a la agri dulce contemplación de la fotografía de un camarada muerto; son sus rasgos, su rostro, y los días que pasamos juntos cobran una vida engañosa en nuestro recuerdo; pero no es él realmente.

Ya no nos sentiríamos atados como antes a ese paisaje. No fue la noción de su belleza y de su espíritu lo que nos atrajo, sino lo que teníamos en común, el armónico sentimiento de una fraternidad con las cosas y los acontecimientos de nuestro ser, lo que nos mantenía aparte y nos hacía incomprensible el mundo de nuestros padres; pues, en cierto modo, nosotros estábamos siempre dulcemente entregados a él, e incluso las cosas más insignificantes desembocaban siempre, para nosotros, en la ruta del infinito. Quizá eso era tan sólo el privilegio de nuestra juventud; no veíamos todavía ningún límite ni admitíamos término a cosa alguna; sentíamos el impulso de la sangre, que nos identificaba con el correr de nuestros días.

Hoy pasaríamos por el paisaje de nuestra juventud como viajeros. Los hechos nos han consumido, conocemos las diferencias como comerciantes y las necesidades como carniceros. Ya no somos despreocupados, somos terriblemente indiferentes. Estaríamos allí, pero, ¿viviríamos?

Estamos abandonados como niños y somos experimentados como ancianos. Somos groseros, tristes, superficiales... Creo que estamos perdidos.

Se me hielan las manos y tengo escalofríos; no obstante, la noche es suave. Sólo la niebla es fría, esa niebla siniestra que oculta a los muertos que hay delante de nosotros y que les sorbe la última y escondida gota de vida. Mañana estarán lívidos y verdes, y su sangre aparecerá negra y coagulada.

Las bengalas se elevan todavía en el cielo y lanzan su luz despiadada sobre un paisaje pétreo, lleno de cráteres y de luz fría, como de luna. Bajo mi piel, la sangre lleva terror e inquietud a mis pensamientos. Se debilitan y tiemblan, quieren calor y vida. No pueden resistir sin consuelo ni ilusiones; se desorientan ante la desnuda imagen de la desesperación.

Oigo un tintineo de calderas y, de pronto, siento el deseo vehemente de comer algo caliente; me iría bien, me calmaría. Consigo dominarme y espero a que llegue la hora del relevo.

Después me meto en el refugio y me ofrecen un gran tazón de cebada. La han

preparado con manteca y es sabrosa. Me la como despacio. Y guardo silencio, a pesar de que los demás tienen mejor humor, pues el fuego ha cesado.

Los días transcurren y cada hora es incomprensible y evidente. Las ofensivas suceden a los contraataques, y poco a poco, los cadáveres se amontonan en el campo lleno de cráteres que se extiende entre ambas trincheras. Generalmente podemos recoger a los heridos que caen cerca. Hay algunos, sin embargo, que quedan demasiado tiempo desatendidos y les oímos morir.

Hace dos días que buscamos inútilmente a uno de ellos. Debe de permanecer tendido boca abajo sin poder darse la vuelta. No puede tener otra explicación el que no le encontremos, ya que sólo cuando se grita con la boca pegada al suelo se hace difícil precisar la dirección de la voz.

Debe de tener una herida fea, uno de esos disparos traidores que no son tan graves como para debilitar el cuerpo y agonizar medio aturdido, ni tan leves como para que se puedan soportar los dolores con esperanzas de salvarse. Kat opina que tiene la pelvis destrozada o una bala en la columna vertebral. No puede tratarse de una herida en el pecho, pues en ese caso no le quedarían fuerzas para gritar. Si estuviera herido en otra parte, lo veríamos moverse.

Poco a poco, va enronqueciendo. Su voz tiene un sonido tan desgraciado que podría venir de todas partes. La primera noche han salido tres veces a buscarlo, pero cuando creían haber encontrado la dirección y avanzaban hacia allí, la voz gritaba de nuevo desde otro lado.

Buscamos inútilmente hasta la madrugada. Durante el día exploramos el terreno con binoculares; no vemos nada. El segundo día la voz es ya más débil, se nota que tiene los labios y la garganta completamente secos.

Nuestro comandante promete permiso anticipado y tres días de suplemento al que lo encuentre. Es un buen estímulo, pero sin él también haríamos lo posible por encontrarle, porque sus gritos son terribles. Kat y Kropp salen otra vez, por la tarde. Una bala le arranca a Albert el lóbulo de una oreja. No sirve de nada; vuelven sin el herido.

Y, con todo, podemos entender perfectamente lo que grita. Primero sólo pedía socorro. La segunda noche debe de tener mucha fiebre; habla con su mujer y sus hijos. Oímos muchas veces el nombre de Elisa. Hoy tan sólo llora. Por la noche, la voz ya no es más que un ronquido. Pero todavía gime débilmente durante toda la noche. Lo oímos perfectamente porque el viento sopla en dirección a nuestras trincheras. Por la mañana, cuando todos creemos que ha muerto hace rato, un estertor gutural llega de nuevo hasta nosotros.

Los días son calurosos y los cadáveres están insepultos. No podemos recogerlos a todos, no sabríamos dónde meterlos. Las granadas se encargan de enterrarlos.



Algunos tienen el vientre hinchado como un globo y los gases que lo llenan les hacen silbar, eructar y moverse.

El cielo es azul, sin nubes. Los atardeceres son bochornosos, el calor sube de la tierra. Cuando sopla el viento hacia nuestro lado, nos trae el olor dulzón y repugnante de la sangre; el tufillo de muerte que exhalan los cráteres recuerda una mezcla de cloroformo y podredumbre que nos produce náuseas y vómitos.

Las noches se calman. Comienza la caza de anillas de cobre de las granadas y de los paracaídas de seda de las bengalas. En realidad nadie sabe con exactitud por qué son tan codiciadas esas anillas. Los coleccionistas opinan, simplemente, que son valiosas. Hay algunos que recogen tantas, que vuelven a las trincheras inclinados por el peso.

Haie, por lo menos, da una razón: quiere enviarlas a su prometida para que las utilice como ligas. Naturalmente, eso causa enorme hilaridad entre los frisonos. Se golpean las rodillas mientras dicen: «¡Qué cosas tienes! ¡Este Haie se las sabe todas!». Tjaden no puede contenerse. Tiene en sus manos la anilla más grande y a cada momento mete la pierna dentro para demostrar el mucho espacio que sobra.

—¡Caramba, Haie! Debe de tener unos buenos muslos... Ya lo creo, unos buenos muslos.

Los pensamientos le suben algo más arriba:

—¡Y qué culo debe de tener también! Como el de un elefante.

Todavía no tiene bastante, y añade:

—Cómo me gustaría jugar con ella a darnos golpecitos en los jamones. ¡Palabra que sí!

Haie está radiante porque su prometida tiene tanto éxito, y dice, orgulloso:

—Sí, está buena.

Los paracaídas tienen aplicaciones más prácticas. Tres o cuatro, según la anchura del pecho, bastan para una blusa. Kropp y yo los utilizamos como pañuelos de bolsillo. Otros los envían a su casa. Si las mujeres supieran el peligro que se corre a veces buscando esos retazos de tela, se morirían del susto.

Kat sorprende a Tjaden intentando sacar tranquilamente la anilla de un obús que no ha estallado. A cualquier otro le habría estallado en las manos, pero Tjaden, como siempre, tiene suerte.

Dos mariposas revolotean durante toda la mañana delante de nuestra trinchera. Son cleopatras; en las alas amarillas tienen puntitos rojos. ¿Qué puede haberlas hecho venir? En ninguna parte hay flores ni plantas. Se posan sobre la dentadura de un cráneo. Los pájaros son tan despreocupados como ellas: ya hace tiempo que se han acostumbrado a la guerra. Cada mañana las alondras se elevan en el cielo del frente. El año pasado incluso pudimos observar algunas que empollaban.

Las ratas nos han dejado en paz en las trincheras. Han avanzado hasta primera

línea; sabemos por qué. Están engordando; cuando vemos alguna, le disparamos. Por la noche oímos de nuevo el ruido de los convoyes de enfrente. Durante el día sufrimos el bombardeo habitual, de modo que podemos reconstruir las trincheras. Sin embargo, no nos faltan distracciones, los aviones de combate se encargan de ello. Cada día numerosas batallas obtienen su público.

Los aviones de combate nos agradan, pero a los aviones de observación los odiamos como a la peste, porque atraen hacia nosotros el fuego de la artillería. Al cabo de unos minutos de su aparición, las granadas empiezan a estallar. Un día perdemos a ocho hombres en uno de esos ataques, entre ellos cinco enfermeros. Dos han quedado destrozados de tal modo que Tjaden opina que podrían recogerse sus restos del parapeto con una cuchara y enterrarlos dentro de una cazuela. A otro le seccionan el abdomen con las piernas. Queda tendido sobre el pecho en la trinchera, con el rostro amarillo limón; bajo el bigote humea un cigarrillo, que arde hasta consumirse en los labios.

Por el momento metemos a los muertos en un gran cráter. Ya tiene tres capas.

De repente se reanuda el bombardeo. Pronto nos hallamos de nuevo sentados, en la tensa inmovilidad de la espera.

Ofensiva, contraataque..., eso sólo son palabras, ¡pero lo que significan! Sufrimos muchas bajas, sobre todo reclutas. Mandan refuerzos a nuestro sector. Se trata de uno de los nuevos regimientos, formado casi enteramente por muchachos jóvenes de las últimas hornadas. Apenas han hecho instrucción, sólo han podido practicar algo en el campo teórico antes de ser mandados al frente. Saben qué es una granada de mano, pero no tienen ni idea de cómo cubrirse. Para que vean cómo la tierra se levanta, debe alcanzar al menos medio metro de altura.

Aunque necesitamos refuerzos con urgencia, los reclutas casi nos dan más trabajo del que nos quitan. Se hallan desamparados en el terrible campo de batalla y caen como moscas. La guerra de posiciones de hoy en día exige conocimientos y experiencia, es preciso conocer el terreno, debe conocerse el ruido y los efectos de cada proyectil, uno debe poder adivinar dónde caerán y cómo debe uno protegerse de ellos.

Naturalmente, esos jóvenes refuerzos no saben nada de todo eso. Acaban fácilmente con ellos porque apenas distinguen una granada normal de una de metralla. Los matan a todos porque se quedan escuchando aterrorizados el aullido de los grandes proyectiles, que no son peligrosos porque caen muy lejos, y no hacen caso del débil susurro silbante de las pequeñas bestias explosivas. Se apiñan como ovejas en lugar de huir corriendo, e incluso a los heridos los cazan como conejos los aviones de combate.

Las pálidas caras, las míseras manos crispadas, la lastimosa valentía de esos

pobres perros, que a pesar de todo avanzan y atacan, de esos pobres perros valerosos que, intimidados, no se atreven a quejarse en voz alta y que con el vientre, el pecho, los brazos o las piernas destrozados, gimen débilmente llamando a sus madres y callan cuando los miras.

Sus delgados rostros, afilados e imberbes, tienen la espantosa inexpresividad de los niños muertos.

Se os hace un nudo en la garganta cuando los veis levantarse, correr hacia adelante y caer. Quisierais darles una zurra por ser tan bobos; cogerlos en brazos y sacarlos de aquí, donde no tienen nada que hacer. Llevan sus guerreras grises, los pantalones y las botas, pero a la mayoría el uniforme les viene ancho, les cuelga de todas partes. Tienen las espaldas demasiado estrechas; los cuerpos demasiado delgados. No hay ningún uniforme hecho a la medida de esos niños.

Por cada veterano caen cinco reclutas.

Un inesperado ataque con granadas de gas se lleva a muchos de ellos. Ni siquiera han podido darse cuenta de lo que les esperaba. Encontramos un refugio entero lleno de rostros azulados y labios negros. Unos reclutas que estaban dentro de un cráter se han sacado la máscara demasiado pronto. No sabían que el gas se mantiene más tiempo en el fondo de los cráteres; cuando vieron que los de arriba iban sin máscara, se sacaron la suya y respiraron suficiente gas como para quemarles los pulmones. Su estado es desesperado; las bocanadas de sangre les ahogan y las crisis de asfixia les llevan irremisiblemente a la muerte.

De repente, en un rincón de la trinchera, me encuentro a Himmelstoss. Nos metemos en el mismo refugio. Tumbados unos junto a otros, sin apenas respirar, esperamos la orden de ataque.

A pesar de mi excitación, al salir corriendo un pensamiento me cruza por la cabeza: no veo a Himmelstoss. Rápidamente vuelvo de un salto al refugio y lo encuentro tumbado en un rincón, con un pequeño arañazo de bala, fingiéndose herido. Tiene la cara maltrecha. Está aterrorizado, al fin y al cabo él también es nuevo aquí. Pero me pone furioso pensar que los muchachos del nuevo reemplazo están fuera y él ahí dentro.

—¡Fuera! —le grito.

No se mueve, le tiemblan los labios, se le mueve el bigote.

—¡Fuera! —repito.

Encoge las piernas, se aprieta contra el muro y me enseña los dientes como un perro.

Lo cojo por el brazo e intento ponerlo en pie. Empieza a gemir. Entonces pierdo el control. Lo agarro por el cuello, lo sacudo como a un saco haciendo que su cabeza se tambalee, y le grito a la cara:

—¡Mala bestia! ¿Saldrás o no? ¡Perro, cerdo! ¿Querías escaparte?

Tiene los ojos vidriosos, le golpeo la cabeza contra el muro.

—¡Asqueroso! —le doy una patada en las costillas—. ¡Cerdo! —Y de un empujón cae de cabeza al exterior.

Una segunda oleada de los nuestros pasa por delante de nosotros. Entre ellos, un teniente, que al descubrírnos nos grita:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Uníos a nosotros!

Y lo que no ha conseguido mi paliza, lo consigue ese grito. Himmelstoss oye a un superior, mira a su alrededor como si despertara de un sueño y se une a ellos.

Lo sigo y lo veo saltar. Vuelve a ser el enérgico Himmelstoss del cuartel, incluso ha atrapado al teniente y le pasa delante.

Fuego graneado, fuego de bloqueo, fuego de cortina, minas, gases, tanques, ametralladoras, granadas de mano... Palabras, simples palabras que, sin embargo, encierran el horror del mundo.

Nuestras caras están cubiertas de costras; nuestro pensamiento, aniquilado; estamos exhaustos. Cuando llega una orden de ataque, tenemos que dar de puñetazos a más de uno para que despierte y avance con nosotros. Tenemos los ojos hinchados, las manos y los codos maltrechos, las rodillas nos sangran.

¿Pasan semanas, meses, años? Sólo son días... Vemos desaparecer el tiempo a nuestro lado, en los rostros descoloridos de los moribundos; engullimos la comida, corremos, lanzamos granadas, disparamos, matamos, nos echamos al suelo, estamos extenuados, embrutecidos, y sólo nos sostiene una cosa; darnos cuenta de que todavía los hay más extenuados, más embrutecidos, más desvalidos que nosotros, que, con ojos desencajados, nos miran como a dioses que pueden a veces escapar de la muerte.

Los pocos momentos de tranquilidad los aprovechamos para instruirles.

—¿Ves eso que viene por ahí? Es una mina. ¡Tírate al suelo! Pasará de largo. Pero si viene hacia ti, echa a correr. Si corres, podrás escapar.

Adiestramos su oído a percibir el péfido murmullo de esos proyectiles pequeños que apenas hacen ruido; tienen que aprender a distinguir su zumbido de mosquito en medio de la infernal batalla; les enseñamos que son más peligrosos que los grandes que se oyen de lejos. Les mostramos cómo se esconde uno de los aviones de combate; cómo se finge estar muerto cuando los atacantes os alcanzan; cómo se prepara una granada para que estalle medio segundo antes del choque. Les enseñamos a lanzarse rápidamente en el interior de los cráteres cuando llegan granadas de percusión; les hacemos ver cómo se limpia de enemigos una trinchera utilizando un paquete de bombas de mano; les explicamos las diferencias en cuanto a tiempo de ignición entre las bombas enemigas y las nuestras; procuramos que se den cuenta del silbido especial de las granadas de gas y les enseñamos todos los trucos que pueden

librarles de la muerte.

Nos escuchan, son dóciles; pero en cuanto empieza de nuevo el jaleo, lo hacen todo al revés de pura excitación.

Traen a Haie Westhus con la espalda completamente abierta. A cada inspiración se le ve latir el pulmón a través de la herida. Todavía tengo tiempo de estrechar su mano.

—Esto ha terminado, Paul —gime, mordiéndose el brazo de dolor.

Vemos vivir a hombres sin cabeza; vemos correr a soldados a quienes han arrancado los pies; siguen corriendo a trompicones sobre los muñones astillados hasta el cráter más cercano; un soldado de primera se arrastra sobre las manos durante casi un kilómetro porque tiene las rodillas destrozadas; otro se dirige a la ambulancia y con las manos se sujeta los intestinos; vemos hombres sin boca, sin mandíbula inferior, sin rostro; encontramos a uno que se aprieta la arteria de un brazo con los dientes para no desangrarse. Sale el sol, anochece, silban las granadas, termina la vida...

A pesar de todo, ese trocito de tierra removida en el que nos encontramos se ha mantenido contra fuerzas muy superiores. Sólo hemos cedido unos centenares de metros. Pero en cada metro hay un cadáver.

Nos relevan. Ruedan los neumáticos bajo nuestros pies. Vamos derechos, aturcidos, y cuando llega el grito: «¡Cuidado con el cable!», nos arrodillamos. Era verano cuando pasamos por aquí; los árboles estaban todavía verdes. Ahora ya tienen un aspecto otoñal y la noche es gris y húmeda. Los camiones se detienen, bajamos, un grupo variopinto, lo que queda de muchos nombres. A los lados, en la oscuridad, hay gente que grita los números de los regimientos, de las compañías. A cada voz se destaca un grupo, un grupito insignificante, miserable, de soldados sucios y pálidos, un grupito terriblemente pequeño, un resto terriblemente reducido.

Alguien grita ahora el número de nuestra compañía. Es él, lo reconocemos, es nuestro comandante. Así pues, ha vuelto sano y salvo. Lleva el brazo en cabestrillo. Avanzamos hacia él. Veo a Kat y a Albert. Nos juntamos, nos abrazamos, nos contemplamos.

Y una y otra vez, oímos gritar nuestro número. Ya puede gritar, ya; en los hospitales y en la fosa no se oye.

De nuevo:

—Segunda compañía. ¡Preséntese!

Y después, en voz baja:

—¿No queda nadie más de la segunda compañía?

Calla. Ha enronquecido levemente cuando dice:

—¿Estáis todos aquí?

Y ordena:

—¡Numeraos!

La mañana es gris. Era verano todavía cuando partimos. Eramos ciento cincuenta hombres. Ahora tenemos frío; estamos en otoño. Las hojas crujen, las voces tiemblan cansadas.

—Uno..., dos..., tres..., cuatro...

Y al llegar al número treinta y dos, callan. Se hace un largo silencio antes de que la voz pregunte:

—¿Nadie más?

Y espera. Luego ordena en tono muy bajo:

—Formad en pelotones...

Y la voz se detiene. A duras penas consigue terminar:

—Segunda compañía...

Y penosamente:

—Segunda compañía... A paso de campaña... ¡Adelante!

Una hilera, una corta hilera se adentra, lentamente, en la mañana.

Treinta y dos hombres.

## VII

Nos envían más hacia la retaguardia que de costumbre, a un campamento de reclutas, para que podamos reconstruir nuestros efectivos. La compañía necesita un refuerzo de más de cien hombres.

Entretanto, cuando no estamos de servicio, ganduleamos de un lado a otro. Al cabo de un par de días, Himmelstoss se une a nosotros. Desde su estancia en las trincheras parece haber perdido su altivez. Nos propone que intentemos llevarnos bien. Por mi parte estoy dispuesto a ello, porque vi cómo ayudaba a transportar a Haie Westhus cuando le destrozaron la espalda. Y como por otra parte parece estar mucho más razonable, no tenemos ningún inconveniente en que nos invite a tomar algo en la cantina. Tan sólo Tjaden desconfía y se mantiene reservado.

Sin embargo, incluso él se deja convencer cuando Himmelstoss explica que reemplaza al cocinero que se ha marchado de permiso. Para demostrarlo, nos trae enseguida dos libras de azúcar para todos, y media libra de mantequilla especialmente para Tjaden. Incluso se encarga personalmente de que nos destinen a la cocina durante los tres próximos días a pelar patatas y nabos. La comida que nos sirve en la cocina es un excelente banquete de oficiales.

Así pues, de momento, volvemos a gozar de las dos cosas que hacen la felicidad del soldado: buena comida y descanso. Realmente, si lo piensas, es muy poco. Hace unos años nos habríamos despreciado terriblemente. Ahora casi estamos satisfechos. Todo es cuestión de acostumbrarse; incluso a la trinchera. Esa costumbre es la razón de que, aparentemente, olvidemos tan deprisa. Anteayer estábamos todavía en medio del fuego; hoy hacemos tonterías y perdemos el tiempo por los alrededores; mañana volveremos a las trincheras. En realidad, no olvidamos nada. Mientras permanecemos en la retaguardia, los días del frente, cuando ya han transcurrido, se hunden como piedras en nuestro interior, porque son demasiado pesados como para poder pensar en ellos de inmediato. Si lo hiciéramos, acabarían con nosotros, pues me he dado cuenta de esto: mientras permaneces agachado en la trinchera, el horror puede soportarse, pero en cuanto reflexionas sobre él, te mata.

Del mismo modo en que nos convertimos en bestias cuando vamos al frente porque eso es lo único que nos permite resistir, nos volvemos unos bromistas superficiales y dormilones cuando nos encontramos en la retaguardia. No podemos impedirlo, es más fuerte que nosotros. Queremos vivir a cualquier precio; no podemos cargarnos con sentimientos que pueden resultar muy decorativos en tiempos de paz, pero que aquí resultan falsos. Kemmerich ha muerto. Haie Westhus está agonizando. Y en lo que respecta a Hans Kramer, el día del juicio tendrán mucho trabajo si tienen que juntar los pedazos de su cuerpo, alcanzado de lleno por una granada. Martens ya no tiene piernas. Meyer ha muerto. Marx ha muerto. Beyer ha

muerto. Hämmerling ha muerto. Ciento veinte hombres yacen en algún lugar con el cuerpo destrozado. Naturalmente, eso es triste, pero ¿qué podemos hacer nosotros para remediarlo? Nosotros estamos vivos. Si pudiéramos salvarlos, sería digno de verse: no nos importaría arriesgar la piel, no lo dudaríamos ni un instante, porque cuando nos da la gana, también sabemos lucir el genio; no conocemos apenas el miedo; el terror de la muerte sí, pero eso es distinto, es algo puramente físico.

Pero nuestros compañeros han muerto; no podemos ayudarles; al fin reposan. ¡Quién sabe lo que nos espera a nosotros! Queremos acostarnos y dormir o comer hasta que nuestro estómago diga basta, y beber mucho y fumar, para llenar las horas. La vida es corta.

El horror del frente se hunde en nuestro interior en cuanto le volvemos la espalda; lo acuciamos con bromas innobles y feroces. Cuando alguien muere decimos que «ha encogido el culo» y hablamos en ese tono de todas las cosas. Eso nos libra de volvernos locos. Mientras nos lo tomamos así, ofrecemos resistencia.

¡Pero no olvidamos! Lo que cuentan los periódicos de guerra a propósito del excelente buen humor de las tropas, que organizan bailes en cuanto dejan el frente, es una sublime tontería. No lo hacemos porque estemos de buen humor, sino que estamos de buen humor porque de otro modo reventaríamos. De todas maneras, no aguantaremos así mucho más; nuestro humor cada día es más amargo.

Lo sé; todo lo que ahora, mientras combatimos, se hunde en nuestro interior como una piedra, emergerá de nuevo cuando la guerra termine y entonces será cuando empiece el conflicto a vida o muerte.

Los días, las semanas, los años vividos aquí volverán, nuestros camaradas muertos resucitarán y marcharán con nosotros, nuestras mentes recuperarán la lucidez, tendremos un objetivo. Y así marcharemos, a nuestro lado los compañeros muertos, los años del frente a nuestra espalda. ¿Contra quién marcharemos?

Hace algún tiempo vino a esta zona un teatro de campaña. Se ven todavía, sobre una valla, los carteles multicolores que anunciaban las representaciones. Kropp y yo los contemplamos con los ojos como platos. No podemos creer que todavía existan esas cosas. Hay una muchacha con un vestido de verano color claro y un cinturón rojo de charol que le ciñe la cintura. Apoya una mano encima de una barandilla y en la otra sostiene un sombrero de paja. Lleva medias y zapatos blancos, unos hermosos zapatos de hebilla y tacón alto. A sus espaldas brilla el mar azul con alguna cresta de espuma. A un lado se extiende una bahía luminosa. Es una muchacha realmente espléndida, con una nariz fina, los labios rojos y las piernas largas; de una limpieza y una pulcritud inimaginables. Seguro que debe de bañarse dos veces al día y nunca tiene las uñas sucias. Como mucho, alguna vez tendrá en ellas un poco de arena de la playa.



A su lado hay un hombre con pantalón blanco, americana azul y gorra de marino; pero nos interesa mucho menos.

Para nosotros la muchacha de la valla es un prodigio. Habíamos olvidado por completo que existieran cosas así, e incluso ahora llegamos a dudar de nuestros propios ojos. En todo caso, hacía años que no veíamos nada parecido, nada que pudiera comparársele en cuanto a alegría, belleza y dicha. He aquí la paz; debe de ser así, pensamos con emoción.

—Fíjate tú, qué zapatitos; no aguantarían ni un kilómetro de marcha —digo, y me doy cuenta enseguida de lo estúpido que resulta pensar en una marcha frente a una imagen como ésta.

—¿Qué edad debe de tener? —pregunta Kropp.

—Veintidós años como máximo, Albert —calcula.

—No puede ser mayor que nosotros. Te apuesto lo que quieras a que no tiene más que diecisiete.

Sentimos un escalofrío.

—Albert, eso sí que valdría la pena, ¿no te parece?

Asiente.

—Yo también tengo unos pantalones blancos en casa.

—Unos pantalones blancos, sí... —digo—. Pero con esa chica...

Nos examinamos mutuamente de arriba abajo. No hay mucho que ver. Los dos llevamos un uniforme descolorido, remendado y sucio. Es inútil intentar establecer comparaciones.

Por esa razón, rasgamos el cartel dejando en la valla únicamente a la muchacha. Algo es algo. Después, Kropp propone:

—Podríamos ir a que nos despiojaran.

No estoy muy de acuerdo con eso, porque estropea la ropa y al cabo de dos horas ya vuelves a tener piojos. Sin embargo, después de haber admirado un poco más el cartel, me declaro dispuesto a ello. E incluso voy más allá.

—También podríamos buscar una camisa limpia.

Albert, quién sabe por qué, opina:

—Mejor serían unos calcetines.

—Quizá también unos calcetines. Vamos a ver qué encontramos.

Pero Leer y Tjaden se acercan a nosotros con paso cansino. Ven el cartel y, en un abrir y cerrar de ojos, la conversación sube de tono. Leer fue el primero de nuestra clase en salir con una chica, y nos contaba intimidades la mar de emocionantes. Se anima a su manera delante de la imagen y Tjaden le ayuda con energía.

No es precisamente que nos repugne. Quien no dice porquerías no es un soldado. Pero en este momento no estamos para eso. Así pues, les dejamos y vamos a que nos despiojen con la misma sensación que si nos dirigiéramos a una elegante tienda de

moda de caballero.

Las casas en las que nos alojamos están cerca de un canal. Al otro lado del canal hay estanques rodeados de alamedas; al otro lado del canal también hay mujeres.

Las casas de nuestro lado han sido evacuadas. Pero en las del otro lado de vez en cuando se ve a alguien.

Por la tarde vamos a nadar. Se acercan tres mujeres caminando por la orilla. Van andando despacio y no desvían la mirada, aunque no llevamos traje de baño.

Leer las llama. Ríen y se paran a mirarnos. En un francés chapurreado les gritamos algunas frases, lo primero que nos pasa por la cabeza, deprisa y corriendo para que no se vayan. No son precisamente finezas, pero, ¿de dónde podríamos sacarlas?

Una es alta y morena. Cuando ríe se le ven brillar los dientes. Sus movimientos son ágiles, la falda le cae holgada alrededor de las piernas. A pesar de que el agua está fría, nos esforzamos en llamar su atención con nuestros ejercicios de natación para que se queden. Arriesgamos alguna broma y ellas nos contestan sin que las entendamos. Reímos y gesticulamos. Tjaden es más sensato. Corre dentro de la casa, vuelve con un pan de munición y se lo enseña.

La treta tiene éxito. Asienten y nos indican con gestos que vayamos con ellas, pero no podemos hacerlo. Está prohibido pasar a la otra orilla. En todos los puentes hay centinelas. Sin un pase no hay nada que hacer. Por eso les decimos que vengan ellas; pero menean la cabeza y señalan hacia los puentes. Tampoco las dejan pasar.

Se van. Andan despacio remontando el canal, siempre por la orilla. Las acompañamos nadando. Al cabo de unos centenares de metros toman otro camino y nos enseñan una casa apartada entre árboles y malezas. Leer les pregunta si viven allí.

Ríen. Sí, aquélla es su casa.

Les decimos que intentaremos ir cuando los centinelas no puedan vernos. Por la noche. Esa misma noche.

Levantamos las manos, las juntamos horizontalmente, ponemos la cabeza encima y cerramos los ojos. Han comprendido. La chica alta y morena describe unos pasos de baile. Una rubia balbucea en alemán:

—Pan... bueno...

Les aseguramos calurosamente que se lo traeremos. Y, además, otras cosas buenas. Ponemos los ojos en blanco y dibujamos con las manos esas cosas. Leer está a punto de ahogarse al quererles indicar que les traerá un pedazo de salchichón. Si fuera preciso les prometeríamos un almacén entero de víveres. Se alejan, volviéndose de vez en cuando. Trepamos a nuestra orilla y observamos si realmente entran en esa casa. Podrían habernos engañado. Después nos volvemos a nadar.

Está prohibido atravesar el puente sin pase. Por eso lo atravesaremos a nado por

la noche. La emoción se apodera de nosotros y no nos deja. No podemos estarnos quietos y al fin nos vamos a la cantina. Para colmo, hay cerveza y una especie de ponche.

Bebemos ponche y nos contamos extraordinarias aventuras fruto de nuestra invención. Cada uno cree gustosamente al otro y espera impaciente su turno para contar una más gorda. Las manos se agitan nerviosamente y fumamos un cigarrillo tras otro hasta que Kropp dice:

—También podríamos llevarles unos cuantos cigarrillos.

Los guardamos en nuestras gorras.

El cielo toma el color de las manzanas verdes. Somos cuatro, pero sólo podemos ir tres; debemos desembarazarnos de Tjaden, y le damos ponche y ron hasta que no se tiene en pie. Cuando oscurece nos vamos a casa. A Tjaden lo llevamos en medio. Estamos radiantes, rebosamos de deseos de aventura. La chica alta y morena es para mí; ya hemos escogido y está decidido.

Tjaden cae sobre su colchoneta y se pone a roncar. De pronto despierta y nos mira con una cara de pícaro que nos alarma y nos hace pensar que se ha burlado de nosotros y que todo el ponche que ha bebido no le ha hecho efecto. Pero vuelve a desplomarse y se duerme.

Luego, cada uno coge un pan entero y lo envuelve en papel de periódico. Envolvemos también los cigarrillos y tres buenas raciones de embutido de hígado que nos han dado esa misma noche. Eso es ya un obsequio decoroso.

De momento colocamos las cosas en el interior de las botas, porque las botas tenemos que llevárnoslas para no pisar, una vez en la otra orilla, alambre de púas y trozos de cristal. Pero como tenemos que cruzar a nado, no podemos llevarnos ninguna otra ropa. De todas maneras, está oscuro y no vamos muy lejos.

Salimos con las botas en la mano. Nos deslizamos sigilosamente en el agua. Nadamos de espaldas, sosteniendo las botas, con su contenido, fuera del agua.

Trepamos con precaución a la otra orilla, sacamos los paquetes y nos ponemos las botas. Llevamos los paquetes bajo el brazo. Nos ponemos en marcha a paso ligero, mojados, desnudos, ataviados únicamente con las botas. Encontramos la casa enseguida. Está a oscuras, entre el follaje. Leer tropieza con una raíz y se araña el codo.

Hay persianas en las ventanas. Damos la vuelta a la casa sin hacer ruido e intentamos espiar por los resquicios. Nos impacientamos. De pronto, Kropp vacila:

—¿Y si un comandante estuviera con ellas?

—Echamos a correr y listos —dice Leer, bromeando—. El número de nuestro regimiento puede leerlo aquí. —Y se da una palmada en las nalgas.

La puerta de la casa está abierta. Nuestras botas hacen bastante ruido. Se abre una puerta. Una luz nos ilumina. Una mujer, asustada, grita. Nosotros decimos:

—Pst... pst... *camarade... bon ami...*

Y levantamos, como un conjuro, nuestros paquetes. Ahora vemos también a las otras dos chicas. La puerta se ha abierto completamente y la luz nos da de lleno. Nos reconocen y se echan a reír al contemplar nuestra indumentaria. Se retuercen de risa en el dintel de la puerta. ¡Con qué gracia se mueven!

—*Un moment* —dicen.

Desaparecen, e inmediatamente nos lanzan un poco de ropa con la que apenas podemos cubrirnos. Luego nos dejan entrar. Una pequeña lámpara ilumina la habitación. El ambiente está caldeado y huele débilmente a perfume. Les brillan los ojos. Se ve que tienen hambre. Luego quedamos todos algo cohibidos. Leer, con un gesto, les indica que coman. La cosa vuelve a animarse enseguida: traen platos y cuchillos y se lanzan encima de las provisiones. Antes de comérsela, levantan en el aire cada loncha de embutido con admiración.

Su parloteo nos confunde. No entendemos casi nada, pero adivinamos que se trata de palabras amables. Debemos de parecerles muy jóvenes. La chica alta y morena me acaricia los cabellos y dice lo que dicen siempre las mujeres francesas:

—*La guerre... grand malheur... pauvres garçons...*

Le oprimó el brazo con fuerza y hundo mi boca en la palma de su mano. Sus dedos me aprietan las mejillas. Sobre mí se abren sus ojos turbadores, la suavidad de su piel morena y sus labios rojos. La boca pronuncia palabras que no comprendo. Tampoco comprendo del todo sus ojos; dicen mucho más de lo que nosotros esperábamos al venir.

Al lado de esa habitación están los dormitorios. Al levantarme veo a Leer que, con su rubia, se dirige decidido a uno de ellos mientras habla en voz alta. Se siente como un pez en el agua. Pero yo... Se apodera de mí un lejano sentimiento dulce y violento a un tiempo. Mis deseos son una extraña mezcla de anhelo y abismo. La cabeza me da vueltas, aquí no hay nada que pueda sostenerme. Hemos dejado las botas en la entrada y a cambio nos han dado zapatillas, no llevo nada encima que pueda recordarme la seguridad e insolencia del soldado; no llevo el fusil ni el cinturón, ni la guerrera, ni la gorra. Me abandono a esa incertidumbre, que pase lo que tenga que pasar... Pero, a pesar de todo, tengo un poco de miedo.

La chica alta y morena mueve las cejas cuando reflexiona. A veces el sonido no llega a transformarse en palabra, queda ahogado o suspendido, sin terminar, sobre mi cabeza; como un arco, una órbita, un cometa. ¿Qué sabía yo de todo eso? ¿Qué es lo que sé ahora? Las palabras de esa lengua extranjera, de la que apenas si comprendo nada, me adormecen y me inundan de una gran calma en la que desaparece la habitación débilmente iluminada y queda tan sólo, vivo y nítido, su rostro inclinado sobre mí.

Cuán complejo es un rostro que nos era extraño todavía una hora antes y que

ahora se reclina sobre nosotros con una ternura que no surge de él mismo, sino de la noche, del mundo y de la sangre que parecen irradiar de él. Todos los objetos de la habitación parecen transformados bajo su influjo, adquieren un aspecto particular, y mi piel blanca me inspira un sentimiento casi respetuoso cuando el resplandor de la lámpara la ilumina y la acaricia una mano fresca y morena.

Qué distinto es de lo que sucede en los prostíbulos para soldados, a los que tenemos permiso para acudir y ante los que se forman interminables colas. No quiero pensar en ello; pero, sin darme cuenta, me vuelve continuamente a la memoria y me asusta pensar que quizá nunca pueda librarme de ese recuerdo.

Siento los labios de esa chica alta y morena y aprieto los míos contra ellos; cierro los ojos y deseo, al cerrarlos, borrarlos todo: la guerra, sus horrores y sus humillaciones; despertarme de nuevo joven y alegre. Pienso en la figura de la chica del cartel y, por un instante, creo que mi vida depende tan sólo de hacerla mía. Después me hundo, cada vez más profundamente, en los brazos que me rodean. Quizá ocurra un milagro.

De una manera o de otra, luego nos encontramos de nuevo todos juntos. Leer, con aire triunfal. Nos despedimos efusivamente y nos ponemos de nuevo las botas. El aire nocturno refresca nuestros cuerpos ardientes. Los álamos se alzan altivos en la oscuridad con un murmullo. La luna se alza en el cielo e ilumina el agua del canal. No corremos; andamos el uno al lado del otro, dando grandes zancadas.

Leer comenta:

—¡Eso sí que valía un pan de munición!

No me decido a hablar. Ni siquiera estoy contento.

Oímos pasos y nos escondemos detrás de un arbusto.

Los pasos se acercan y pasan junto a nosotros. Vemos a un soldado desnudo, únicamente lleva botas, como nosotros. Trae un paquete bajo el brazo y pasa corriendo. Es Tjaden, y parece tener prisa. Luego desaparece.

Nos reímos. Mañana nos cubrirá de insultos.

Llegamos a nuestras colchonetas sin que nadie se dé cuenta.

Me reclaman en la oficina. El comandante de la compañía me entrega un certificado de permiso y una hoja de ruta y me desea buen viaje. Miro cuántos días me han concedido. Diecisiete. Catorce de licencia y tres para el viaje. Es poco tiempo. Solicito que me den cinco días para el viaje. Bertinck me señala la hoja de ruta; me doy cuenta de que no tengo que volver inmediatamente al frente, sino que debo realizar, cuando termine el permiso, un cursillo de campamento.

Los otros me envidian. Kat me da buenos consejos. Me dice que cuando esté allí,

intente colocarme en algún lugar seguro.

—Si eres listo conseguirás quedarte.

Bien mirado, hubiera preferido no tener que marcharme hasta dentro de ocho días, porque nos quedaremos aquí todo ese tiempo, y aquí se está bien.

Naturalmente, tengo que invitarles a la cantina. Nos emborrachamos un poco. Yo me entristezco; estaré fuera durante seis semanas; realmente es una gran suerte. Pero, ¿qué habrá sucedido cuando regrese? ¿Los encontraré a todos? Haie y Kemmerich ya no están. ¿Quién será el siguiente?

Bebemos y los observo a todos. Albert, sentado junto a mí, fuma un cigarrillo; está contento. Siempre hemos andado juntos. Frente a él está Kat, curvado de espaldas, con su buena suerte y su voz pausada. Después, Müller, con sus dientes saltones y su risa semejante a un ladrido. Tjaden, con sus ojillos de rata. Leer, que se está dejando barba y parece un hombre de cuarenta años.

Sobre nuestras cabezas flota una espesa humareda. ¡Qué sería del soldado sin tabaco! La cantina es su refugio. La cerveza es algo más que una simple bebida, significa que uno puede estirar y encoger sus miembros sin peligro. Y lo aprovechamos; estiramos las piernas lo más posible y escupimos a destajo. ¡Qué impresión causa todo eso cuando uno se marcha al día siguiente!

Por la noche atravesamos de nuevo el canal. Casi temo decirle a la chica alta y morena que me voy, y que cuando vuelva seguro que estaremos en otra parte; que, así pues, no volveremos a vernos. Ella, sin embargo, tan sólo menea un poco la cabeza y no parece sentirlo mucho. Al principio me resulta difícil entenderlo, luego lo voy comprendiendo. Leer tiene razón: si hubiera partido hacia el frente, habría dicho de nuevo aquello de «*pauvre garçon*», pero un permisionario..., de esto no quieren saber nada, no es tan interesante. ¡Que se vaya al diablo con sus caricias y su parloteo! Empezaba a creer en milagros y todo lo hacía el pan de munición.

A la mañana siguiente, después de despiojarme, me dispongo a coger el tren de campaña. Albert y Kat me acompañan. En el apeadero nos dicen que el tren tardará todavía un par de horas en salir. Ellos dos tienen que regresar porque están de servicio. Nos despedimos.

—Suerte, Kat; suerte, Albert.

Se alejan, volviéndose de vez en cuando para decir adiós con la mano. Sus figuras van haciéndose pequeñas. Sus pasos, sus movimientos me resultan familiares. Los reconocería desde muy lejos. Por fin, desaparecen.

Me siento en la mochila y espero.

De pronto, siento una loca impaciencia por marchar.

Me detengo en varias estaciones, hago cola delante de varios calderos de sopa, me acuesto sobre varios tablones. Finalmente el paisaje se vuelve turbador, inquietante,

familiar... Resbala a través de los cristales nocturnos, con sus pueblos de casas blancas cuyo tejado de paja se hunde en ella como un sombrero, con sus campos de trigo que brillan nacarados bajo los rayos oblicuos del sol, con sus huertos, sus graneros y sus grandes tilos.

Los nombres de las estaciones se convierten en palabras vivas que me hacen latir el corazón. El tren traquetea; estoy de pie junto a la ventana, asiéndome con fuerza al bastimento. Esos nombres delimitan mi infancia.

Prados llanos, campos, granjas; una yunta de bueyes avanza recortándose contra el cielo por un camino que corre paralelo al horizonte. Una barrera; al otro lado aguardan campesinos, muchachas que nos saludan con la mano, niños que juegan en las calzadas, caminos que se internan a través de los campos, simples caminos, sin artillería.

Anochece, y si el tren no hiciera tanto ruido, yo mismo me pondría a gritar. La llanura se extiende a lo lejos. Sobre el horizonte se distingue ya la silueta de las montañas teñida de azul pálido. Reconozco la línea característica del Dolbenberg, esa cresta dentada que se rompe bruscamente donde termina la frondosa cima de los bosques. Detrás está la ciudad.

Pero ahora una luz de un rojo dorado inunda el mundo, el tren rechina en una curva, luego en otra..., e irreales, difusos, oscuros, los álamos se alzan a lo lejos, uno detrás de otro, en larga hilera de sombra, de luz y de añoranza.

El paisaje gira lentamente con ellos; el tren los rodea, la distancia entre ellos disminuye, los álamos forman un bloque compacto, y por un momento no veo más que uno. Luego, los demás van volviendo a su sitio detrás del primero, y quedan todavía un buen rato solos recortándose contra el cielo antes de que los cubran las primeras casas.

Un paso a nivel. No puedo separarme de la ventana. Los demás preparan ya sus cosas. Repito en voz baja el nombre de la calle que cruzamos:

—Bremerstrasse..., Bremerstrasse...

Allá abajo se ven ciclistas, carros, gente... Es una calle gris y un subterráneo gris, pero me emociona como si fuera mi propia madre.

Luego el tren se detiene y aparece la estación con su algarabía, sus gritos y sus rótulos. Me cargo la mochila a la espalda, abrocho las correas, cojo el fusil y bajo los peldaños del vagón a trompicones.

En el andén miro a mi alrededor. No conozco a nadie de toda esa gente que se apresura. Una dama de la Cruz Roja me ofrece algo de beber. Me aparto. Sonríe estúpidamente, demasiado convencida de su importancia. «Mirad, estoy ofreciendo café a un soldado». Me llama «camarada». Sólo me faltaba eso.

Fuera, delante de la estación, el río fluye con un murmullo junto a la calle, fluye blanco de espuma a través de las esclusas del molino. Junto a él se levanta la antigua

torre de vigía, y en frente, el viejo tilo de vivos colores, tras el atardecer.

Nos sentábamos aquí tan a menudo; hace ya mucho tiempo. Cruzábamos por ese puente y aspirábamos el olor fresco y pútrido del agua estancada; nos inclinábamos sobre la mansa corriente del agua en este lado de la esclusa, donde verdes plantas trepadoras y algunas algas cuelgan de los pilares del puente; y en el otro lado, durante los calurosos días veraniegos, nos deleitábamos contemplando el vivo brotar de la espuma, mientras hablábamos de nuestros profesores.

Atravieso el puente, miro a derecha e izquierda; el agua está todavía llena de algas, y todavía cae formando un arco de color claro. Como antaño, en la vieja torre asoman las planchadoras con los brazos desnudos ante la ropa blanca, y el calor de las planchas escapa por las ventanas abiertas. Los perros corretean en la calle estrecha; delante de las puertas hay gente que me observa, sucio y cargado como voy.

En esa pastelería comíamos helados y nos fumamos los primeros cigarrillos. Conozco todas las casas de esta calle que atravieso, el colmado, la droguería, la panadería. Y llego luego a la puerta oscura, con su gastado picaporte, y la mano me pesa. Abro la puerta; me recibe una extraña frescura que me hace parpadear.

La escalera cruje bajo mis botas. Arriba chirría una puerta, y alguien mira por encima de la barandilla. Es la puerta de la cocina la que han abierto. Están haciendo buñuelos de patata y su aroma llena toda la casa. Hoy es sábado, debe de ser mi hermana la que se asoma allá arriba. Por un instante me siento avergonzado y bajo la cabeza. Luego me quito el casco y levanto de nuevo la cabeza. Sí, es mi hermana mayor.

—¡Paul! —exclama—. ¡Paul!

Sí, soy yo. La mochila choca con la barandilla; de repente, pesa tanto el fusil.

Abre de golpe una puerta y grita:

—¡Mamá, mamá! Paul está aquí.

No puedo subir ni un solo peldaño más.

—¡Mamá, mamá! Paul está aquí.

Me apoyo en la pared y estrecho nerviosamente el casco y el fusil entre mis brazos, con todas mis fuerzas, pero me resulta imposible dar un paso más. La escalera desaparece ante mis ojos; me golpeo el pie con la culata del fusil; aprieto los dientes con rabia, pero me siento impotente ante esa única palabra que mi hermana ha pronunciado; nada puedo hacer. Me violento para obligarme a reír y a hablar, pero no puedo articular ni una palabra; y así permanezco, clavado en la escalera, desgraciado, desvalido, en una convulsión terrible; no quiero y, sin embargo, las lágrimas resbalan por mi rostro.

Mi hermana regresa y me pregunta:

—¿Pero, qué tienes?

Me domino y, vacilando, subo hasta el rellano. Dejo el fusil en un rincón, la



mochila contra la pared y el casco encima. Me quito también el cinturón. Luego exclamo, furioso:

—¡Dame un pañuelo, mujer!

Saca uno del armario y me seco la cara. Colgada en la pared, sobre mi cabeza, está la caja de cristal con las mariposas que coleccionaba antes.

Oigo la voz de mi madre que me llega desde la alcoba:

—¿No se ha levantado? —pregunto a mi hermana.

—Está enferma —responde.

Entro. Le cojo la mano y digo tan tranquilo como puedo:

—Ya estoy aquí, mamá.

Está acostada, quieta, en la penumbra. Después me pregunta, temerosa, mientras siento su mirada que me palpa:

—¿Estás herido?

—No, me han dado un permiso.

Está muy pálida. Temo encender la luz.

—¡Y yo aquí, acostada y llorando, en vez de alegrarme! —dice.

—¿Estás enferma, mamá? —le pregunto.

—Hoy me levantaré un poco —responde, y se dirige a mi hermana que debe correr continuamente a la cocina para que no se le queme la cena—: Abre también aquel bote de confitura de arándanos. ¿Verdad que te apetece? —me pregunta.

—Sí, mamá, hace mucho tiempo que no he comido.

—Parece que hayamos presentido tu llegada —dice mi hermana riendo—; buñuelos de patata, tu plato favorito. Y, además, confitura de arándanos.

—Claro, hoy es sábado —respondo.

—Siéntate a mi lado —me pide mi madre.

Me mira. Sus manos son blancas, enfermizas y delgadas comparadas con las mías. Hablamos poco. Después de todo, ¿qué podría decirle? Todo lo que era posible ha sucedido: he escapado sano y salvo y estoy sentado cerca de ella, mientras en la cocina mi hermana prepara la cena cantando.

—Hijo mío —dice mi madre en voz baja.

En nuestra familia nunca hemos sido demasiado cariñosos, no es habitual en gente pobre que trabaja mucho y tiene muchas preocupaciones. Por otra parte tampoco pueden comprenderlo, no les gusta manifestar repetidamente lo que ya saben. Cuando mi madre me llama «hijo mío», expresa tantas cosas como otra que hablara por los codos. Estoy convencido de que el bote de confitura de arándanos es el único que ha habido en la casa desde hace meses y que lo han guardado para mí, lo mismo que las galletas que me ofrece, algo rancias ya. Seguro que las consiguió en alguna ocasión excepcional y las guardó enseguida pensando en mí.

Estoy sentado al lado de su cama y a través de la ventana veo brillar el marrón y

oro de los castaños del bar que hay enfrente. Respiro despacio, profundamente, y me digo:

—Estás en casa, estás en casa...

Pero no me abandona un cierto embarazo, aún no me he hecho a la idea. Aquí está mi madre, mi hermana, mi caja de mariposas, mi piano de caoba..., pero todavía no he conseguido acostumbrarme a ello. Un velo y un último paso me separan de todas las cosas.

Es por eso que ahora salgo a buscar mi mochila, la pongo junto a la cama y saco lo que he traído: un queso de bola entero que me procuró Kat; dos panes de munición, tres cuartos de libra de mantequilla, dos latas de embutido de hígado, una libra de manteca y un saquito de arroz.

—Seguro que os irá bien.

Asienten con un gesto.

—¿Van muy mal las cosas por aquí? —les pregunto.

—Sí, no hay mucha comida. ¿Y en el frente tenéis bastante?

Sonríó señalando las cosas que he traído.

—No siempre tenemos tanto, pero no va tan mal la cosa.

Erna se lleva los víveres. De pronto, mi madre me coge de la mano con viveza y me pregunta angustiada:

—¿Lo pasáis muy mal en el frente, Paul?

Mamá, ¿qué debo responderte? Tú no lo comprenderás, nunca podrás entenderlo y es mucho mejor así.

Muevo la cabeza negativamente y digo:

—No, mamá, no demasiado. Somos muchos, ¿sabes? Así no es tan malo.

—Sí, pero hace poco estuvo aquí Heinrich Bredemeyer y contaba que era terrible lo del frente, con los gases y todo lo demás.

Es mi madre la que habla. Dice «con los gases y todo lo demás». No sabe lo que dice, tan sólo teme por mí. ¿Debo contarle que una vez encontramos a los ocupantes de tres trincheras enemigas paralizados en sus respectivas posturas como heridos por el rayo? En los parapetos, dentro de los refugios, allí donde estuvieran en ese momento, estaban de pie o caídos, con la cara azulada, muertos.

—Pero, mamá, ¡se dicen tantas cosas! —respondo—. Bredemeyer lo decía porque sí. Ya ves que he vuelto sano y salvo e incluso he engordado.

Ante la temblorosa inquietud de mi madre, recobro la serenidad. Ahora ya puedo rondar por la casa a mis anchas y hablar sin miedo a tener que apoyarme de improviso en la pared porque el mundo se ha vuelto blando como la goma y las venas quebradizas como la yesca. Mi madre quiere levantarse. Entretanto me voy a la cocina junto a mi hermana.

—¿Qué tiene? —pregunto.

Se encoge de espaldas.

—Ya lleva unos meses en cama, pero no quería que te lo dijéramos. La han visitado varios médicos. Uno de ellos dijo que probablemente tiene cáncer.

Me dirijo a presentarme a la Comandancia militar del distrito. Atravieso las calles lentamente. De vez en cuando alguien me dirige la palabra. Apenas si me detengo; no me apetece demasiado hablar. Al volver del cuartel, oigo una voz que me llama a gritos. Me doy la vuelta, sumido todavía en mis pensamientos, y me encuentro frente a un comandante. Me apostrofa:

—¿No sabes saludar?

—Perdone, mi comandante —farfulto turbado—; no le había visto.

Y entonces grita aún más fuerte:

—¿Tampoco sabes expresarte correctamente? —Querría abofetearlo, pero me contengo porque está en juego el permiso. Me cuadro y digo:

—No había visto a mi comandante.

—¡Pues ve con cuidado! —replica—. ¿Cómo te llamas?

Se lo digo.

Su cara roja y gorda todavía parece indignada.

—¿De qué cuerpo?

Contesto según el reglamento.

—¿Dónde estás destinado?

Pero me he hartado y le digo:

—Entre la Ceca y la Meca.

—¿Cómo dices? —exclama perplejo.

Le explico que tan sólo hace una hora que he llegado del frente creyendo que eso va a calmarle. Pero me equivoco. Todavía se enfurece más:

—Y querrías introducir aquí las costumbres del frente, ¿verdad? Pues no señor. Aquí, gracias a Dios, reina la disciplina.

Me ordena:

—¡Veinte pasos atrás enseguida! ¡Adelante, marchen!

Estoy furioso, pero nada puedo contra él; si quisiera, podría hacerme arrestar de inmediato. Corro hacia atrás, luego avanzo a paso militar y cuando llego a seis metros de él hago un saludo que no abandono hasta haberme alejado otros seis metros.

Entonces me llama y me dice, afablemente, que por esta vez dejará prevalecer la indulgencia sobre el reglamento. Le expreso mi agradecimiento sin abandonar la postura de firmes.

—¡Retírate! —me ordena.

Doy media vuelta golpeando fuertemente con los tacones y me marchó.

Me ha estropeado la tarde. Me apresuro a llegar a casa y tiro el uniforme en un

rincón; tenía la intención de hacerlo de todos modos. Luego saco del armario un traje de paisano y me lo pongo.

Me encuentro extraño. El traje me queda corto y estrecho. En el ejército he crecido. Tengo dificultades con el cuello y la corbata. Mi hermana termina por hacerme el nudo. ¡Qué ligero es un traje de éstos, tienes la impresión de ir tan sólo en calzoncillos y camisa!

Me miro en el espejo. ¡Qué facha más extraña! En el espejo me contempla, asombrado, un niño vestido de primera comunión, crecido, tostado por el sol.

Mi madre se alegra de que vaya vestido de paisano; así le resulta más familiar.

Mi padre, sin embargo, hubiera preferido que anduviera siempre con el uniforme para mostrarme en casa de sus amigos.

Pero me niego a ello.

Es hermoso estar sentado tranquilamente en cualquier parte, por ejemplo en la terraza del café de enfrente de casa, bajo los castaños, cerca de la bolera. Las hojas de los árboles caen encima de la mesa y por el suelo, sólo unas pocas, las primeras. Tengo ante mí un vaso de cerveza: en el regimiento he aprendido a beber. El vaso está medio vacío, pero todavía quedan algunos tragos de fresco líquido; además, puedo pedir otra cerveza, y otra más si me apetece. No hay listas que pasar aquí, ni bombardeos. Los niños del propietario juegan a los bolos y el perro reposa la cabeza sobre mis rodillas. El cielo es azul y por entre el follaje de los castaños se divisa la torre de la iglesia de Santa Margarita.

Todo está bien, me gusta. Pero no hay forma de librarse de la gente. La única que no hace preguntas es mi madre. Pero mi padre ya es otra cosa. Él quisiera que le contara algo del frente; sus deseos me parecen conmovedores y estúpidos a un tiempo. Ya no mantengo con él una auténtica relación. Lo que más le hubiera gustado es que me pasase el santo día contándole cosas. Me doy cuenta de que no sabe que esas cosas no pueden contarse, aunque por otra parte me gustaría hacerle ese favor; sin embargo, sería peligroso para mí traducir esas cosas en palabras; temo que todo se agigante y que, luego, no pueda dominarlo. ¿Dónde estaríamos nosotros siuviéramos consciencia de lo que sucede en el frente?

Por lo tanto, me limito a contarle algunas anécdotas divertidas. Sin embargo, él me pregunta si he tomado parte en algún combate cuerpo a cuerpo. Le digo que no y me levanto para salir.

Eso, claro está, no cambia nada. En la calle, tras haberme sobresaltado con el chirrido de los tranvías, que me recuerda el gemido de las granadas acercándose, alguien me da una palmada en el hombro. Es mi profesor de lengua, que me acomete con las preguntas de rigor:

—¿Qué, como va por el frente? Terrible, ¿no?, terrible. Sí, horroroso, pero

tenemos que resistir. Y, por lo menos, en el frente tienen comida abundante, según me han contado. Tiene buen aspecto, Paul. Está robusto. Aquí, naturalmente, las cosas no van tan bien. Pero es lógico, muy comprensible, ¡lo mejor debe ser siempre para nuestros soldados!

Me empuja hacia el bar donde están reunidos sus amigos. Me reciben magníficamente. Todo un señor director me estrecha la mano y me dice:

—¿Conque llega usted del frente? ¿Y qué tal el espíritu de las tropas? Excelente, claro está, excelente, ¿no?

Le respondo que todos quisieran volver a casa.

Se ríe estrepitosamente.

—¡Hombre, está claro! ¡Pero antes tienen que zurrar bien a esos gabachos! ¿Fuma? Tome, encienda uno. Mozo, traiga una cerveza para nuestro joven guerrero.

Lástima que haya aceptado el cigarro, porque eso me obliga a quedarme. Todos rebosan benevolencia; no tengo nada que objetar al respecto. Sin embargo, me siento enojado y fumo lo más rápidamente posible. Para hacer algo al menos, me bebo de un trago el vaso de cerveza. Me sirven otro enseguida; todos saben qué deben a un soldado. Discuten sobre lo que debemos anexionarnos. El director, con su cadena de reloj de hierro, es el que quiere más territorios: toda Bélgica, las regiones hulleras de Francia y buena parte de Rusia. Expone las razones concretas por las que debemos quedarnos con todo eso y se mantiene inflexible hasta que los demás terminan por ceder. Luego empieza a explicarnos en qué lugar es necesario romper el frente francés, y, en ese momento, se dirige a mí:

—¡A ver si avanzan ustedes de una vez con su eterna guerra de trincheras! Barran a esa gentuza y entonces tendremos paz.

Respondo que, en nuestra opinión, romper el frente es imposible porque los del otro bando tienen demasiadas reservas. Además, la guerra es muy distinta a como uno se la imagina.

Rechaza con superioridad todo lo que le digo y pretende demostrarme que no entiendo una palabra del asunto.

—Quizá tenga razón en lo que a los detalles se refiere —dice—, pero se trata del conjunto, y usted no está en condiciones de juzgarlo. Usted sólo ve el pequeño sector en que presta el servicio y le falta una visión global. Cumple con su deber, arriesga la vida, eso es digno de todos los honores; todos ustedes deberían recibir la Cruz de Hierro; pero, antes que nada, es preciso romper el frente enemigo en Flandes, y luego obligarles a replegarse desde allí.

Resuella, y se seca el mentón.

—Deben obligarlos a replegarse, y entonces... dirigirse a París.

Me gustaría saber cómo se lo imagina, y me echo al colete el tercer vaso de cerveza. Encarga otro de inmediato.

Pero me levanto. Me mete todavía unos cigarros en el bolsillo y me despide con una palmada amistosa en el hombro.

—¡Suerte! Y esperemos que pronto haya grandes noticias.

Había imaginado de otro modo mi permiso. Hace un año fue distinto. Debo de ser yo quien ha cambiado. Entre entonces y ahora se abre un abismo. Entonces yo aún no conocía la guerra, sólo habíamos estado en sectores tranquilos. Hoy me doy cuenta de que, sin saberlo, me he ido desmoralizando. No me encuentro bien aquí, en este mundo extraño. Unos hacen preguntas y otros no, pero bien se ve que están orgullosos de sí mismos; a menudo incluso llegan a decir, con aires de sabio, que de eso no se puede hablar. Se creen importantes.

Prefiero estar solo, que nadie me estorbe. Porque vuelven siempre a lo mismo: la cosa va bien, o va mal; uno opina esto, el otro aquello; siempre encauzan la conversación hacia lo que les interesa más personalmente. En otro tiempo probablemente yo vivía de ese modo, pero hoy ya no tengo nada que ver con ellos.

Me cuentan demasiadas cosas. Tienen preocupaciones, planes, deseos que no puedo concebir como ellos. A veces me siento con uno de ellos en la terraza de un café e intento hacerle comprender que eso es lo esencial: estar sentados allí tranquilamente. Ellos, claro está, lo comprenden, lo admiten, están de acuerdo conmigo, pero sólo con palabras, sólo con palabras, ésa es la diferencia. Lo sienten, pero sólo a medias; su otro yo está ocupado en otras cosas, en cierto modo están divididos; ninguno de ellos lo siente con todo su ser; ni yo mismo sé bien lo que quiero decir.

Cuando los veo allí, en sus habitaciones, en sus despachos, en sus ocupaciones, todo eso me atrae de un modo irresistible y quisiera hacer como ellos y olvidar la guerra. Pero al mismo tiempo siento un rechazo, todo es tan limitado. ¿Cómo puede eso llenar una vida? Habría que aplastarlo todo. ¿Cómo puede existir eso mientras en el frente la metralla zumba por encima de los cráteres, las bengalas se alzan en el cielo, se llevan a los heridos en las lonas de las tiendas y los camaradas se agachan en las trincheras? Los de aquí son otra clase de hombres, una clase de hombres que no comprendo del todo, que envidio y desprecio. No puedo evitar pensar en Kat, en Albert, en Müller, en Tjaden... ¿Qué estarán haciendo? Quizá estén en la cantina, o nadando. Pronto tendrán que regresar a primera línea.

En mi habitación, detrás de la mesa, hay un sillón de cuero oscuro. Me siento en él.

En las paredes, clavadas con chinchetas, hay muchas ilustraciones de revistas, además de postales y dibujos que me habían gustado. En el rincón hay una pequeña estufa de hierro. En la pared de enfrente, las estanterías con mis libros.

Antes de convertirme en soldado, vivía en esa habitación. Los libros los fui

comprando poco a poco, con el dinero que ganaba dando lecciones. Muchos de ellos los adquirí en librerías de viejo, por ejemplo todos los clásicos; cada volumen, encuadernado en tela azul, costaba un marco y veinte pfennings. Compré la colección completa, porque era muy meticuloso; no confiaba en que los editores de obras escogidas hubieran escogido lo mejor. Los leía con devoción, pero la mayoría no me entusiasmaron. De modo que me incliné por otras obras, las modernas, que naturalmente eran mucho más caras. Algunos volúmenes los conseguí no muy honradamente. Los tomé prestados y no los devolví porque no quería privarme de ellos.

Una de las estanterías está llena de libros de texto. Los trataba de cualquier manera y están muy manoseados; tienen páginas arrancadas, está claro el por qué. Debajo hay cuadernos, papeles y cartas empaquetadas, dibujos y ensayos.

Quisiera sumergirme en mis pensamientos de esa época. Una época que todavía está encerrada en esa habitación; me doy cuenta enseguida, las paredes la han conservado. Mis manos reposan en el respaldo del sillón; ahora me pongo más cómodo y levanto las piernas; así permanezco confortablemente sentado, en el rincón, entre los brazos del sillón. La ventana abierta me muestra la imagen familiar de la calle con la alta torre de la iglesia al fondo. Hay algunas flores sobre la mesa. Portaplumas, lápices, una concha que me servía de pisapapeles, el tintero... Nada ha cambiado aquí.

Así permanecerá todo, si tengo suerte, cuando la guerra termine y yo regrese para siempre. Me sentaré igual que ahora, contemplando mi habitación y aguardando.

Estoy inquieto, pero no quisiera estarlo porque no hay motivo. Quiero sentir de nuevo esa serena atracción, esa sensación de un fuerte e indefinible impulso, como antes, cuando me ponía delante de mis libros. El fuego de deseos que provocaban entonces los lomos multicolores debe envolverme de nuevo; debe fundir el pesado bloque de plomo que llevo dentro de mí y despertar de nuevo en mí aquella impaciencia por el porvenir, aquella alegría alada que sentía respecto al mundo de los pensamientos. Quiero que me restituya la perdida capacidad de entrega de mi juventud.

Estoy sentado, esperando.

Se me ocurre que debo visitar a la madre de Kemmerich. También podría visitar a Mittelstaedt en el cuartel. Miro por la ventana. Tras el letrero de la calle surge una desdibujada cordillera que se transforma en un claro día otoñal en el que estoy sentado cerca del fuego y, con Kat y Albert, comemos patatas asadas con piel.

Pero no quiero pensar en ello y rehuyo el recuerdo. Quiero que la habitación me hable, que me posea y me lleve, quiero sentir que pertenezco a esta casa, quiero escuchar su voz para saber, cuando vuelva al frente, que la dulce ola del regreso ahoga la guerra; ya ha quedado atrás, ya no nos carcome, no tiene más poder sobre

nosotros que el puramente externo.

Los lomos de los libros se alinean unos junto a otros. Los conozco todavía y recuerdo cómo los ordené. Les imploro con la mirada: habladme, acogedme, acógeme tú, mi vida de antaño, tú, vida despreocupada y bella, vuelve a poseerme...

Espero.

Pasan imágenes ante mí; no me retienen, son únicamente sombras y recuerdos.

Nada..., nada...

Mi inquietud aumenta.

De pronto surge en mí un terrible sentimiento de extrañeza. No puedo encontrar el pasado. Me rechaza. Es inútil que implore y me esfuerce. Nada vibra. Indiferente y triste, estoy aquí sentado como un réprobo mientras el pasado me da la espalda.

Al mismo tiempo temo conjurarlo con demasiado empeño porque no sé qué podría ocurrir entonces. Soy un soldado, y debo atenerme a ello.

Me levanto cansado y miro por la ventana. Luego cojo un libro y lo hojeo intentando leer algún párrafo. Lo dejo y tomo otro libro. Hay pasajes subrayados. Busco, hojeo, cojo otros libros, que se unen al montón. Tomo más libros. Hojas, cuadernos, cartas.

Estoy aquí, mudo, como frente a un tribunal.

Palabras, palabras, palabras..., que ya no me alcanzan.

Lentamente devuelvo los libros a su sitio.

Son parte del pasado.

Salgo en silencio de mi habitación.

No renuncio todavía. Ciertamente no vuelvo a entrar en mi habitación, pero me consuelo pensando que algunos días no significan, ni mucho menos, un final definitivo. Después —más adelante— dispondré de años enteros para dedicarlos a esto. De momento me voy al cuartel a visitar a Mittelstaedt y nos sentamos en su habitación. Hay aquí una atmósfera que no me gusta pero a la que estoy acostumbrado.

Mittelstaedt me tiene preparada una noticia que me deja hechizado. Me cuenta que Kantorek ha sido llamado a filas como reservista.

—Imagínate —dice, mientras saca dos espléndidos cigarros—, salí del hospital, llegué aquí y me di de narices con él. Me estrechó la mano y exclamó: «¡Hombre, Mittelstaedt! ¿Cómo le va?». Entonces le miré de arriba abajo y le respondí: «Reservista Kantorek, una cosa es el colegio y otra muy distinta el ejército. Eso ya debería saberlo. Cuádrese cuando le hable a un superior». Deberías haber visto la cara que puso. Una mezcla de pepinillos en vinagre y de granada sin estallar. Aún trató, tímidamente, de ser amable conmigo. Yo le grité con más rabia. Entonces puso en juego la artillería pesada y me preguntó confidencialmente: «¿Quiere que le consiga



un examen extraordinario?». Quería recordarme..., ¿entiendes? Estallé de rabia. Pues bien, también yo le recordé algo: «Reservista Kantorek, hace dos años nos hizo alistar con sus sermones en la Comandancia del distrito. Con nosotros vino Joseph Behm, aunque en realidad no deseaba alistarse. Cayó tres meses antes de la fecha en que le hubieran llamado a filas. Sin usted, hubiera esperado hasta entonces. ¡Y ahora, retírese! Ya hablaremos de eso». Me fue fácil conseguir que me destinasen a su compañía. Lo primero que hice fue llevármelo al almacén para que le dieran un hermoso equipo. Lo verás enseguida.

Bajamos al patio. La compañía está formada. Mittelstaedt ordena descanso y pasa revista.

Por fin divisó a Kantorek, y me muerdo los labios para no estallar en carcajadas. Viste una especie de túnica con dobleces, de un azul desteñido. En la espalda y en los brazos lleva unos grandes remiendos de color más oscuro. Aquella guerrera debía de haber pertenecido a un gigante. En cambio el pantalón, negro y deshilachado, le va corto. Apenas le llega a media pantorrilla. Los zapatos son extraordinariamente grandes, de una dureza de hierro, unos antiquísimos zapatones con la punta curvada hacia arriba y abrochados a los lados. Como compensación, la gorra es demasiado pequeña, un harapo terriblemente sucio y mísero. En conjunto, su aspecto es lastimoso.

Mittelstaedt se para frente a él:

—Reservista Kantorek: ¿ésa es manera de limpiarse los zapatos? Me temo que no aprenderá nunca. Insuficiente, Kantorek, insuficiente...

Interiormente, grito de alborozo. Así era como Kantorek hablaba a Mittelstaedt en la escuela. Con el mismo tono de voz: «Insuficiente, Mittelstaedt, insuficiente...».

Mientras, Mittelstaedt continúa su crítica:

—Mire a Boettcher. Y que le sirva de modelo. Debería aprender de él.

Apenas puedo creerlo. También Boettcher está aquí, Boettcher, el portero de la escuela. ¡Y él debe servirle de ejemplo! Kantorek parece querer asesinar me con la mirada. Me río en sus narices, sin malicia, como si no le hubiera reconocido.

¡Qué aspecto de estúpido tiene con esa gorra y ese uniforme! Y eso es lo que nos infundía un miedo mortal cuando se sentaba en su cátedra y con el lápiz en la mano atacaba a uno de nosotros con los verbos irregulares franceses que luego, en Francia, no nos han servido de nada. Hace apenas dos años de eso; y ahora el reservista Kantorek se ve súbitamente despojado de su prestigio, con las rodillas torcidas, unos brazos como asas de olla, las botas sucias y un aspecto ridículo; no es más que una caricatura de soldado. Esa visión de ahora no se aviene con la amenazadora imagen sentada en la cátedra, y realmente me gustaría saber qué haría yo si algún día ese alcornoque se atreviera a preguntarme a mí, un veterano, cosas como por ejemplo: «Bäumer, conjugue el imperfecto del verbo “aller”».

Luego Mittelstaedt ordena algunos ejercicios de formación en guerrilla. A Kantorek, benévolamente, lo designa jefe de grupo.

Eso tiene su explicación: en la formación de guerrilla, el jefe de grupo marcha siempre a veinte pasos por delante de los demás. Así pues, cuando llega la orden «¡media vuelta... marchen!», la línea sólo tiene que cambiar de dirección; por el contrario, el jefe de grupo, que de pronto se halla a veinte pasos por detrás de la línea, tiene que correr al galope para recuperar su posición al frente de los otros. Un total de cuarenta pasos a la carrera. Y si, cuando apenas ha ocupado su sitio, se ordena de nuevo: «¡media vuelta... marchen!», tiene que volver a correr a toda prisa los cuarenta pasos hacia el otro lado. De este modo la línea da cómodamente media vuelta y algunos pasos, mientras el jefe se lanza de un lado para otro como una pelota. Todo ello forma parte de una de las recetas más eficaces de Himmelstoss.

Kantorek no puede pretender que Mittelstaedt le trate de otro modo, ya que por su culpa éste no pudo pasar de curso. En cuanto a Mittelstaedt, sería muy asno si no aprovechara esta magnífica oportunidad antes de volver al frente. Quizá uno muera más a gusto cuando el ejército te ha ofrecido esa oportunidad.

Entretanto, Kantorek salta de un lado para otro como un jabalí asustado. Al cabo de un rato, Mittelstaedt da por terminado el ejercicio y comienza entonces otro ejercicio importante, el de arrastre: Kantorek, arrastrándose sobre las rodillas y los codos, sosteniendo el fusil reglamentariamente, pasea su vistosa figura por la arena, delante mismo de nosotros. Jadea de lo lindo, y su jadeo es como música en nuestros oídos.

Mittelstaedt anima al reservista Kantorek, e intenta consolarle con citas del profesor Kantorek:

—Reservista Kantorek, tenemos la suerte de vivir una gran época; tenemos que hacer un esfuerzo supremo y superar, unidos, lo que ella pueda tener de amargo.

Kantorek, sudando, escupe un pedazo de madera sucia que se le había metido en la boca.

Mittelstaedt se inclina sobre él y le amonesta con insistencia:

—Y, sobre todo, es preciso que las pequeñeces no nos hagan olvidar nunca el gran proceso histórico, reservista Kantorek.

Me extraña que Kantorek no estalle, especialmente ahora que empiezan los ejercicios de gimnasia y Mittelstaedt le imita magistralmente tirando de él por el fondillo de los pantalones mientras hace ejercicios de tracción en la barra fija, para que ponga la barbilla sobre la barra, mientras suelta sabios discursos. Lo mismo le hacía Kantorek.

A continuación, asigna los servicios del día.

—Kantorek y Boettcher irán a buscar el pan. Cojan el carretón.

Al cabo de unos minutos, la pareja marcha con el carretón. Kantorek, rabioso,

anda cabizbajo.

El portero se siente satisfecho porque el trabajo es fácil.

La tahona está situada en el otro extremo de la ciudad. Ambos deben atravesar, tanto a la ida como a la vuelta, toda la ciudad.

—Llevan algunos días haciendo eso —se ríe Mittelstaedt—. Hay gente que espera todos los días para verlos pasar.

—Es estupendo —respondo—, ¿todavía no se ha quejado?

—Lo intentó. Nuestro comandante se rió mucho cuando oyó esa historia. No soporta a los maestros de escuela. Además, cortejo a su hija.

—Te dificultará los exámenes.

—Me da igual —responde Mittelstaedt tranquilamente—. Además, su reclamación no sirvió de nada porque pude demostrar que, normalmente, sólo le encargo trabajos fáciles.

—¿Por qué no le arreas de una vez? —le pregunto.

—Es demasiado estúpido —responde Mittelstaedt en un tono de magnánima superioridad.

¿Qué es un permiso? Un cambio que, luego, lo hace todo mucho más difícil. El momento de la despedida ya está presente. Mi madre me mira en silencio, cuenta los días, lo sé; cada mañana está más triste. Un día menos, piensa. Ha escondido mi mochila; no quiere que nada le recuerde mi partida.

Las horas pasan aprisa cuando uno está pensativo. Me domino y acompaño a mi hermana al matadero, a buscar unas libras de huesos. Es una concesión especial y la gente hace cola desde primeras horas de la mañana. Algunos se desmayan.

No tenemos suerte. Después de hacer cola por turnos tres horas enteras, la cola se deshace. No quedan huesos.

Afortunadamente cada día recibo mi ración militar. De ese modo puedo llevar algo a casa y disponer de una comida algo más consistente.

Cada día que pasa resulta más penoso, y los ojos de mi madre están cada vez más tristes. Quedan todavía cuatro días. Debo ir a visitar a la madre de Kemmerich.

No puede describirse con palabras. Esa mujer trémula que solloza y me sacude gritando: «¿Por qué vives tú, si él ha muerto?»; que me inunda de lágrimas y exclama: «¿Por qué os envían al frente a vosotros..., a unos niños?»; que se deja caer en una silla y llora: «¿Le viste? ¿Pudiste verle antes de morir? ¿Cómo murió?».

Le respondo que recibió una bala en el corazón y murió en el acto. Me mira dudando:

—Mientes. Lo sé mejor que tú. He sentido en mi carne el largo horror de la

muerte. He oído sus gritos, por la noche he sentido su miedo... Dime la verdad, quiero saberla, tengo que saberla.

—No —respondo—, yo estaba con él. Murió en el acto.

Me suplica en voz baja:

—Dímelo. Debes decírmelo. Sé que quieres consolarme, pero, ¿no te das cuenta de que me atormentas mucho más que si me dijeras la verdad? No puedo soportar la incertidumbre. Dime cómo fue por terrible que haya sido. Siempre será mejor de lo que yo imagino.

No se lo diré nunca, aunque me haga picadillo. La compadezco aunque, al mismo tiempo, la encuentro algo estúpida. Debería contentarse con lo que le digo. Kemmerich ha muerto, sepa o no sepa cómo fue. Cuando se han visto tantos cadáveres, no se comprende que uno solo cause tanto dolor. Por eso le digo con impaciencia:

—Murió en el acto. Ni siquiera se dio cuenta. Su rostro quedó en paz.

Calla. Después pregunta, lentamente:

—¿Puedes jurarlo?

—Sí.

—¿Por lo que consideras más sagrado?

Dios mío, ¿qué es lo que aún considero sagrado? Esas cosas cambian aprisa en nosotros.

—Sí, murió en el acto.

—¿No regresarás del frente si eso no es verdad?

—Que yo no regrese del frente si él no murió en el acto.

Estoy dispuesto a aceptar lo que sea; pero ella parece creerme al fin. Solloza y llora un buen rato. Tengo que contarle cómo fue e invento una historia que casi me creo yo mismo.

Cuando me voy, me besa y me regala un retrato de Kemmerich. Aparece con su uniforme de recluta apoyado en una mesa redonda con patas de abedul sin descortezar. A su espalda hay un bosque pintado a modo de decorado y sobre la mesa una jarra de cerveza.

La última noche que paso en casa. No hablamos mucho. Me acuesto temprano, cojo la almohada y la aprieto contra mí, hundiendo en ella la cabeza. ¡Quién sabe si volveré a dormir jamás en un colchón de plumas!

Avanzada ya la noche, mi madre entra en la habitación. Me cree dormido y finjo estarlo. Hablar, velar con ella resultaría demasiado penoso.

Permanece allí sentada hasta el amanecer, a pesar de sus dolores que, de vez en cuando, la obligan a encorvarse. Por fin, no puedo resistir más y finjo despertarme.

—Vete a dormir, mamá. Aquí cogerás frío.

—Tendré todo el tiempo que quiera para dormir —dice.

Me incorporo.

—No me iré al frente enseguida, mamá. Primero estaré cuatro semanas en el campamento de instrucción. Desde allí quizá vendré algún domingo.

Calla. Luego me dice en voz baja:

—¿Tienes mucho miedo?

—No, mamá.

—Quiero decirte una cosa: ten cuidado con las mujeres francesas. Son malas...

¡Ah, madre! Para ti soy todavía un niño..., ¿por qué no puedo apoyar la cabeza en tu regazo y llorar? ¿Por qué siempre tengo que ser el más fuerte y más sereno? Yo también quisiera llorar alguna vez y ser consolado. En realidad no soy mucho más que un niño; en el armario todavía está colgado mi pantalón corto. ¡Hace tan poco tiempo de eso! ¿Por qué ha pasado ya?

Con la mayor serenidad posible, le digo:

—Donde estamos nosotros no hay mujeres, mamá.

—Sé prudente en el frente, Paul.

¡Madre, por qué no te cojo entre mis brazos y morimos juntos! ¡Qué pobres desgraciados somos!

—Sí, mamá, lo seré.

—Cada día rezaré por ti, Paul.

¡Ay, madre, madre! Levantémonos y huyamos hacia el pasado, hasta que no hallemos nada de toda esa miseria, hacia la época en que estábamos solos los dos, madre.

—Podrías conseguir un puesto de menos peligro.

—Sí, mamá, quizá me destinen a la cocina. Es muy posible.

—Acéptalo, ¿me oyes?, los demás que digan lo que quieran...

—Eso no me preocupa, mamá.

Suspira. Su rostro es un resplandor blanco en la oscuridad.

—Ahora debes acostarte, mamá.

No responde. Me levanto y le pongo mi manta sobre los hombros. Se apoya en mi brazo, vuelve a tener dolores. La llevo así hasta su habitación. Me quedo un rato a su lado.

—Y ahora, mamá, tienes que ponerte buena para cuando yo vuelva.

—Sí, sí, hijo mío.

—No me enviéis nada de lo vuestro, mamá. En el frente tenemos comida suficiente. Lo necesitáis más vosotros.

Qué poca cosa parece en su cama esta mujer que me quiere más que a nada en el mundo. Cuando intento marcharme dice, precipitadamente:

—He conseguido un par de calzoncillos para ti. Son de buena lana. Te abrigarán.

No te los olvides.

¡Ah, mamá! Sé lo que te han costado ese par de calzoncillos: ir de un lado a otro, hacer colas, mendigar... ¡Madre, madre! ¿Cómo puede comprenderse que deba separarme de ti? ¿Quién tiene derecho sobre mí sino tú? Todavía estoy sentado cerca de ti y tú estás aquí acostada. ¡Deberíamos decirnos tantas cosas! Pero nunca podremos...

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo mío.

La habitación está a oscuras. Se oye la respiración de mi madre. Y el tic tac del reloj. Fuera, ante la ventana, el viento murmura en los castaños.

En el pasillo tropiezo con mi mochila que ya está preparada porque parto a primera hora de la mañana.

Muerdo la almohada; aprieto convulsivamente los barrotes de hierro de la cama. No debí haber venido.

En el frente me sentía indiferente y, a menudo, sin esperanzas. Nunca podré volver a sentirme así. Yo era un soldado; ahora no soy más que sufrimiento por mí, por mi madre, por todo esto, interminable y desconsolador.

Nunca debí marcharme de permiso.

## VIII

Reconozco aún los barracones del campamento. Aquí es donde Himmelstoss educó a Tjaden. Pero apenas conozco a nadie. Han cambiado todos, como siempre. Sólo queda alguno de los que entonces veía de pasada.

Cumplo mecánicamente el servicio. Por las noches voy casi siempre al Hogar del Soldado. Allí hay revistas que no leo nunca, y un piano en el que me gusta tocar. Sirven dos mujeres, una de ellas joven.

Una cerca de alambre espinoso rodea el campamento. Cuando regresamos tarde del Hogar del Soldado, necesitamos un pase para entrar. Aunque, naturalmente, quien esté a bien con el centinela puede entrar sin él.

Cada día hacemos ejercicios tácticos de compañía en el arenal, entre matas de enebro y abedules. Cuando uno se resigna, resulta soportable. Corremos hacia adelante y nos tiramos al suelo; el aliento hace entonces balancearse los tallos de hierba y las flores. La arena clara, vista de tan cerca, es pura como en un laboratorio, formada por miles y miles de minúsculos granitos. Se siente un extraño deseo de hundir la mano en ella.

Sin embargo, lo más hermoso son los bosques con su linde de abedules. Cambian de color a cada instante. Ahora los troncos brillan con una esplendorosa blancura mientras, sedosa y alada, oscila entre ellos el verde pastel del follaje. Al cabo de un momento, todo es de un azul opalino que se vuelve plateado en los límites del bosque y funde la antigua tonalidad verde; pero enseguida, cuando una nube oculta el sol, lo que cubre la sombra se vuelve oscuro hasta llegar casi al negro. Y esa sombra se desliza por los troncos lívidos como un fantasma, hasta que se aleja hacia el horizonte por el arenal.

Entre tanto, los abedules se yerguen de nuevo como solemnes estandartes, llevando en sus blancos troncos el incendio, oro y grana, del follaje multicolor.

Me abstraigo a menudo en ese juego de luces delicadas y de sombras transparentes, hasta el punto que casi no oigo las voces de mando. Cuando uno se siente solo es cuando empieza a observar la naturaleza y a amarla. Aquí no tengo amigos ni deseo tener más trato que el habitual con quienes me rodean. Apenas si nos conocemos para hacer algo más que charlar un poco y, por la noche, jugar a cartas.

Junto a nuestros barracones está el campo de los rusos. Una cerca de alambre espinoso lo separa del nuestro; sin embargo, los prisioneros consiguen entrar en nuestro campamento. Su aspecto es tímido y asustado a pesar de que la mayoría son altos y barbudos. Parecen humildes perros de San Bernardo apaleados.

Rondan silenciosos alrededor de nuestros barracones y hurgan en los cubos de basura. ¡Es de imaginar lo que encontrarán en ellos! Nuestra comida es ya escasa y, sobre todo, mala. Nabos cortados en seis trozos y simplemente hervidos en agua;

zanahorias diminutas llenas de tierra. Las patatas macadas son un manjar exquisito, y la suprema delicia es una sopa de arroz clara en la que, se supone, nadan pedacitos de tendón de buey. Aunque los pedacitos son tan minúsculos que no es posible encontrarlos.

Naturalmente nos lo comemos todo. Si alguien, por el motivo que sea, se siente tan opulento que no termina de rebañar el plato, hay diez más que esperan hacerlo con mucho gusto. Sólo los restos que la cuchara no puede coger van a parar, tras enjuagar el plato, a los cubos de basura. En alguna ocasión también pueden hallarse pieles de zanahoria, cortezas de pan enmohecidas y otras porquerías.

Esa agua insustancial, turbia y sucia es lo que buscan los prisioneros. La extraen ávidamente de los cubos pútridos y se la llevan bajo la camisa.

Resulta extraño ver tan de cerca a nuestros enemigos. Sus caras nos hacen reflexionar; caras de simples campesinos con la frente ancha, amplia nariz, labios gruesos, grandes manos y cabello espeso. Habría que emplearles en labrar, segar o recolectar manzanas. Tienen un aspecto más bonachón incluso que el de nuestros campesinos frisonos.

Es triste ver sus movimientos, su forma de mendigar un poco de comida. Todos están muy débiles porque reciben lo justo para no morir de hambre. Nosotros mismos hace tiempo ya que no recibimos bastante comida como para hartarnos. Sufren de disentería, y hay algunos que, con mirada asustada, enseñan a escondidas el faldón de la camisa manchado de sangre. Inclinan la espalda y la cerviz, doblan las rodillas y nos miran cabizbajos, levantando los ojos; alargan la mano y, con las pocas palabras que conocen, mendigan..., mendigan con sus suaves y dulces voces de bajo que evocan las estufas encendidas y las estancias del hogar.

Hay quien los tumba al suelo de una patada; pero son los menos. La mayoría no les hace nada y pasa de largo. A veces da rabia contemplar su miseria y es entonces cuando reciben algún puntapié. Si, al menos, no mirasen de esa manera. ¡Cuánta aflicción puede caber en esas dos pequeñas manchas que podríais cubrir con vuestros pulgares: en los ojos!

Por la noche vienen a los barracones y tratan de comerciar. Cambian cuanto tienen por un poco de pan. A veces les va bien porque las botas que llevan son buenas y las nuestras malas. El cuero de sus botas altas es de una suavidad extraordinaria, auténtico cuero de Rusia. Se las compran los hijos de campesino que hay entre nosotros, a quienes sus parientes mandan provisiones. Poco más o menos, el precio de un par de botas es de dos o tres panes de munición o un pan y un salchichón pequeño y reseco.

Sin embargo, hace ya tiempo que casi todos los rusos han vendido sus cosas. No llevan nada más que un miserable vestido e intentan cambiar pequeñas esculturas y diversos objetos que hacen con fragmentos de metralla y con pedazos de cobre de las



anillas de obús. Naturalmente, por esos objetos sacan muy poco, a pesar de que les cuestan mucho trabajo. Los cambian por unas rebanadas de pan. Nuestros campesinos son tozudos y diestros en el regateo. Sostienen el pedazo de pan o de embutido bajo las mismas narices del ruso hasta que el deseo de comérselo le hace palidecer y poner los ojos en blanco y todo le da igual. Entonces envuelven su tesoro con toda la parsimonia del mundo, sacan un buen cuchillo del bolsillo y, poco a poco, calmosamente, cortan un pedazo de pan de sus provisiones y alternan el pan con un mordisco de salchichón seco como recompensa. Es irritante verlos comer así; te entran ganas de golpear sus duras cabezas. Raramente ofrecen nada a los demás. Claro que apenas nos conocemos.

A menudo estoy de centinela en el campo de los rusos. Sus figuras se distinguen en la oscuridad como cigüeñas enfermas, como grandes pájaros. Se acercan a la alambrada, aprietan su rostro contra ella y hunden los dedos en la malla. A veces se colocan uno junto a otro en largas hileras, respirando la brisa del bosque y del arenal.

No suelen hablar, y cuando lo hacen sólo dicen algunas palabras. Son más humanos e incluso más fraternales entre ellos que nosotros. Pero eso quizá se deba únicamente a que se sienten más desgraciados que nosotros. No obstante, la guerra ha terminado para ellos; aunque esperar la disentería tampoco sea una vida agradable.

Los viejos reservistas que los vigilan cuentan que al principio estaban mucho más animados. Como suele ocurrir en estos casos, mantenían relaciones sexuales entre ellos y, a menudo, se enzarzaban en peleas a puñetazos o cuchilladas. Ahora están embotados e indiferentes. La mayoría está tan débil que ni siquiera se masturba; antes la cosa llegaba a alcanzar tales proporciones que lo hacía, a un tiempo, un barracón entero.

Permanecen de pie, junto a la alambrada. De vez en cuando, uno de ellos se tambalea y cae, e inmediatamente otro ocupa su lugar en la hilera. La mayoría permanece en silencio. Algunos se limitan a pedirte una colilla.

Contemplo sus oscuras siluetas. Sus barbas se mecen al viento. No sé nada de ellos excepto que son prisioneros, y eso es precisamente lo que me conmueve. Su vida es anónima e inocente. Si supiera algo más de ellos, cómo se llaman, cómo viven, cuáles son sus anhelos, qué les causa angustia, mi emoción tendría un objeto y podría convertirse en compasión. Ahora, sin embargo, no veo en ellos sino el dolor de la criatura, la terrible melancolía de la existencia y la falta de misericordia en los hombres.

Una orden ha convertido a esas silenciosas sombras en enemigos nuestros; otra orden podría transformarles en nuestros amigos. En una mesa cualquiera, una gente que ninguno de nosotros conoce firma un escrito y, como consecuencia, durante años nuestra suprema obligación consiste en hacer lo que normalmente el mundo entero

abomina y castiga con la máxima pena. ¿Quién sería capaz de hacer todavía distinciones viendo a esos hombres silenciosos, con sus caras de niño y sus barbas de apóstol? Cada sargento es para los reclutas y cada profesor para los alumnos un enemigo peor que esos hombres para nosotros. Y, no obstante, si estuvieran libres, volveríamos a disparar contra ellos y ellos contra nosotros.

Me aterro; no debo adentrarme en esos pensamientos. Ese camino conduce al abismo. Todavía no es tiempo para eso. Pero no quiero perder esa idea, quiero conservarla, quiero llevarla conmigo hasta que la guerra termine. Mi corazón late con fuerza; ¿será éste mi propósito, aquella finalidad definitiva, la única en la que pensaba en la trinchera, la que debiera ser mi razón de vivir tras esta gran catástrofe de toda la humanidad? ¿Será ésa la labor que justifique mi vida futura, digna de estos años de horror?

Saco mis cigarrillos, los parto por la mitad y los reparto entre los rusos. Se inclinan y los encienden. Ahora en sus caras brillan unos puntitos rojos. Me consuelan: parecen ventanitas de granjas en la oscuridad, que revelan que en su interior existe un acogedor refugio.

Pasan los días. Una mañana neblinosa entierran a otro ruso; ahora cada día mueren unos cuantos. Estoy de centinela cuando lo entierran. Los prisioneros cantan un himno religioso; lo cantan a varias voces, aunque el sonido es muy débil, como si fueran apenas unas pocas voces, como un órgano lejano, allí en el arenal.

Las exequias son breves.

Por la noche vuelven a pararse junto a la alambrada y respiran la brisa de los bosques de abedules. Las estrellas son frías.

Conozco ya a algunos que hablan bastante bien el alemán. Uno de ellos es músico y me cuenta que había actuado como violinista en Berlín. Cuando le digo que sé tocar un poco el piano, va a por su violín y se pone a tocar. Los demás se sientan y apoyan la espalda en la alambrada. Él permanece de pie, tocando; a veces adquiere esa expresión ausente que adoptan los violinistas cuando cierran los ojos; luego balancea de nuevo su instrumento al compás de la música y me sonrío.

Debe de tocar canciones populares, porque los demás tararean la melodía. Son como una oscura cordillera que resonase por debajo de la tierra. Y la voz del violín se eleva por encima de ella como una bella muchacha, clara y solitaria. Las voces callan y queda tan sólo el instrumento, con un débil sonido, como si temblase de frío en la noche. Tenemos que acercarnos para oírlo, se oiría mejor en una sala. Aquí, al aire libre, entristece escuchar esa voz que vaga solitaria.

No me conceden permiso ningún domingo porque hace poco me dieron una licencia

larga. Por ese motivo, el domingo anterior a mi partida mi padre y mi hermana mayor vienen a visitarme. Pasamos el día en el Hogar del Soldado. ¿Dónde, si no? A los barracones no quería llevarles. Al mediodía vamos a pasear por el campo.

Las horas transcurren tristemente. No sabemos de qué hablar. De modo que hablamos de la enfermedad de mi madre. Ya es seguro que tiene cáncer. Está en el hospital y la operarán muy pronto. Los médicos confían en que se recuperará, pero nosotros nunca hemos oído decir que el cáncer se cure.

—¿Dónde está? —pregunto.

—En el hospital de Santa Lucía —dice mi padre.

—¿En qué clase?

—En tercera. No sabemos lo que costará la operación. Ella fue la que quiso que la ingresáramos en tercera. Dijo que así tendría un poco de distracción..., y es más barata.

—Así que está en una sala común. ¡Con tal de que pueda dormir por las noches!

Mi padre asiente con la cabeza. Tiene el rostro fatigado y lleno de arrugas. Mi madre ha estado enferma muy a menudo y aunque sólo ha ido al hospital cuando se ha visto obligada, de todas maneras ha costado mucho dinero, de modo que la vida de mi padre ha sido muy sacrificada.

—Si por lo menos supiéramos lo que costará la operación —dice él.

—¿No lo habéis preguntado?

—Directamente, no. No puede hacerse... No conviene que el médico se moleste, ¿sabes?, al fin y al cabo es él quien operará a tu madre.

Sí, pienso amargamente, así somos, así son los pobres. Nunca se atreven a preguntar el precio aunque les preocupe terriblemente. En cambio, los otros, los que no precisan saberlo, encuentran muy natural fijar el precio por adelantado. Y con ellos el médico no se molesta nunca.

—Además, las vendas son muy caras —dice mi padre.

—¿La casa de socorro no os paga nada? —pregunto.

—Tu madre lleva demasiado tiempo enferma.

—¿Y vosotros tenéis algo?

Mueve la cabeza negativamente.

—No, pero puedo volver a hacer horas extras.

Sí, ya lo sé; permanecerá hasta medianoche en su mesa, doblando, pegando y cortando. A las ocho de la tarde tomará una de esas comidas insustanciales que te dan con los bonos de racionamiento. Luego tomará unos polvos contra el dolor de cabeza y seguirá trabajando.

Para animarle un poco, le cuento algunas anécdotas que se me ocurren. Chistes de soldados y cosas por el estilo, que hablan de generales o sargentos mayores que, de una forma u otra, han hecho el ridículo.

Después les acompaño a la estación. Me dan un bote de mermelada y un paquete de buñuelos de patata que mi madre cocinó para mí.

El tren se va y yo regreso al campamento.

Por la noche unto los buñuelos con mermelada e intento comérmelos. No me gustan. Entonces salgo para dárselos a los rusos. Pero pienso que los ha hecho mi madre, y que quizá tenía dolores mientras estaba junto al fogón. Meto de nuevo el paquete dentro de la mochila y sólo tomo dos para los rusos.

## IX

Viajamos algunos días en tren. Aparecen en el cielo los primeros aviones de combate. Pasan convoyes de transporte. Cañones y más cañones. Nos recibe el ferrocarril de campaña. Busco mi regimiento. Nadie sabe con exactitud dónde se encuentra. Paso la noche en cualquier lugar; por la mañana me dan comida y algunas instrucciones vagas. Cojo la mochila y el fusil y me pongo de nuevo en camino.

Hallo destruido el pueblo que me han indicado, no queda nadie en él. Me dicen que nos han organizado como división volante destinada a entrar en acción allí donde la cosa se ponga fea. La idea no me hace ninguna gracia. Me cuentan que hemos sufrido muchas bajas. Pregunto por Kat y Albert. Nadie sabe nada de ellos.

Sigo buscando, voy de un lado a otro con una extraña sensación. Tengo que pasar dos noches más al raso como un piel roja. Por fin obtengo noticias concretas y, por la tarde, puedo presentarme al fin en la oficina de la compañía.

El sargento mayor me retiene. La compañía volverá dentro de dos días; no tiene sentido mandarme al frente.

—¿Qué tal el permiso? —pregunta—. Ha ido bien, ¿no?

—Así, así —respondo.

—Claro... —suspira—, si uno no tuviera que volver... Eso es lo que amarga la mitad del permiso.

Holgazaneo por allí hasta la mañana en que llega la compañía, gris, sucia, malhumorada, mustia. De un salto me meto entre las filas. Mis ojos buscan. Allí está Tjaden, y Müller, que se está sonando. También veo a Kat y a Kropp. Colocamos las colchonetas unas junto a otras. Me siento culpable al mirarles, aunque no hay motivo para ello. Antes de acostarme saco el resto de los buñuelos y la mermelada para que también ellos los prueben.

Dos de los buñuelos se han enmohecido un poco, pero todavía pueden comerse. Los reservo para mí y doy los más frescos a Kat y a Kropp.

Kat come y pregunta:

—¿Los ha hecho tu madre?

Hago un gesto afirmativo.

—Se nota en el sabor.

Siento deseos de llorar. No me reconozco a mí mismo. Pero ahora todo irá mejor; vuelvo a estar con Kat, Albert y todos los demás. Estoy en el sitio que me corresponde.

—Has tenido suerte —murmura Kropp adormeciéndose—. Dicen que nos mandan a Rusia.

¡A Rusia! Allí ya no hay guerra.

A lo lejos retumba el frente. Las paredes de los barracones se estremecen.

Nos mandan hacer una rigurosa limpieza. Las órdenes se suceden. Nos pasan revista una y otra vez. Nos cambian el equipo en mal estado; yo consigo una impecable guerrera nueva y Kat, naturalmente, un equipo completo. Corre el rumor de que habrá paz, pero la otra versión es más probable: que nos mandan a Rusia. Pero ¿para qué necesitamos en Rusia un uniforme en condiciones? Al fin todo se aclara: el Kaiser vendrá a pasar revista. Ahora se explican todos esos preparativos.

Con tanto ejercicio y tanta limpieza durante ocho días, uno creería estar en un cuartel de reclutas. Todos estamos malhumorados y nerviosos; ya no estamos para limpiar tanto y aún menos para desfilar. A los soldados esas cosas nos ponen más furiosos que las mismas trincheras.

Por fin llega el momento. Nos cuadramos y aparece el Kaiser. Sentimos curiosidad por ver su aspecto. Pasa revista a la tropa y, a decir verdad, me decepciona un poco; por las fotografías me lo había imaginado más alto, más robusto y, sobre todo, con una voz de trueno.

Reparte Cruces de Hierro y habla con algunos.

Más tarde hablamos de ello. Tjaden exclama asombrado:

—¿Así que es ese el que manda más que nadie? ¡Delante de él tienen que cuadrarse todos, absolutamente todos!

Se queda pensativo.

—Hindenburg también tiene que cuadrarse delante de él, ¿verdad?

—Naturalmente —contesta Kat.

Tjaden todavía no está satisfecho. Piensa un rato y luego pregunta:

—¿Y un rey también tiene que cuadrarse delante del Kaiser?

Ninguno de nosotros lo sabe a ciencia cierta, pero suponemos que no. A esas alturas ya no debe regir eso de cuadrarse.

—¡Qué tonterías se te ocurren! —dice Kat—. Lo único importante es que tú sí tienes que cuadrarte.

Sin embargo, Tjaden está completamente fascinado. Su imaginación, tan improductiva normalmente, trabaja ahora a toda marcha.

—¿Sabéis? —declara—, no puedo hacerme a la idea de que el Kaiser tenga que ir al retrete igual que yo.

—Pues ya puedes apostar lo que quieras a que sí —dice Kropp riendo.

—Estás como una cabra —añade Kat—. Tienes el cerebro lleno de piojos, Tjaden. Si quieres un consejo, vete a dar una vuelta por las letrinas a ver si se te aclaran las ideas y dejas de hablar como un niño pequeño.

Tjaden se larga.

—Quisiera saber una cosa —dice Albert—. ¿Habría estallado la guerra si el Kaiser se hubiera negado?

—Seguro —afirmo—. Todo el mundo dice que él no la deseaba.

—Bien, si sólo él se hubiera negado, quizá sí. Pero si lo hubieran hecho veinte o treinta personas en el mundo...

—Probablemente no —admito—, pero son precisamente esas personas las que deseaban la guerra.

—Es curioso pensar en eso —sigue Kropp—. Nosotros estamos aquí para defender nuestra patria, pero también los franceses defienden la suya. ¿Quién tiene razón?

—Quizá unos y otros —afirmo sin convicción.

—Es cierto —dice Albert, y leo en su cara que quiere meterme en un callejón sin salida—, pero los profesores, los pastores y los periódicos nos dan la razón a nosotros, mientras que los profesores, los pastores y los periódicos franceses pretenden ser ellos los que tienen razón. ¿Cómo te lo explicas?

—No lo sé —digo yo—. Sea como sea, estamos en guerra, y cada mes entran en ella nuevos países.

Tjaden vuelve. Está todavía muy exaltado, y se mete en la conversación. Ahora quiere saber cómo empieza una guerra.

—Generalmente porque un país ofende gravemente a otro —responde Albert con cierto tonillo de superioridad.

Pero Tjaden permanece impasible.

—¿Un país? No lo entiendo. Una montaña alemana no puede ofender a una montaña francesa. Ni un río, ni un bosque, ni un campo de trigo...

—¿Eres tonto o sólo lo pareces? —gruñe Kropp—. No me refería a eso. Un pueblo ofende a otro...

—Siendo así, yo no tengo nada que hacer aquí —replica Tjaden—, no me siento ofendido en absoluto.

—¡A ti van a darte explicaciones, si te parece! —exclama Albert con enojo—, ¿no te das cuenta de que eres una maldita mierda que no pinta nada?

—¡Pues me marcho a casa ahora mismo! —insiste Tjaden, y todos nos echamos a reír.

—Pero, ¡pedazo de idiota! Se refiere al pueblo en conjunto, es decir, al Estado... —exclama Müller.

—El Estado, el Estado... —dice Tjaden chasqueando los dedos—. Guardia rural, policía, impuestos..., eso es vuestro Estado. Si vosotros tenéis algo que ver con todo eso, yo no.

—Tienes razón —le apoya Kat—. Es la primera vez que te oigo decir algo razonable, Tjaden. Entre el Estado y la patria hay algunas diferencias.

—Pero se corresponden mutuamente —arguye Kropp—. No existe una patria sin Estado.

—De acuerdo, pero piensa que la mayoría de nosotros somos gente sencilla. Y también en Francia la mayoría son obreros, artesanos o pequeños empleados. ¿Cómo puede querer atacarnos un zapatero o un cerrajero francés? No, son únicamente los gobiernos. Antes de venir aquí, yo no había visto nunca a un francés, y a la mayoría de franceses les debe de suceder lo mismo con nosotros. A ellos tampoco les han pedido su opinión.

—Entonces, ¿por qué hay guerra? —pregunta Tjaden.

Kat se encoge de hombros.

—Alguien debe sacar partido de la guerra.

—No soy uno de ellos —ironiza Tjaden.

—Ni tú ni ninguno de nosotros.

—¿Quién, entonces? —insiste Tjaden—. El Kaiser tampoco saca de ella ningún provecho. Tiene ya todo lo que necesita.

—Yo no estaría tan seguro —replica Kat—. Hasta el momento no había pasado por ninguna guerra. Y todo gran emperador necesita al menos una guerra para hacerse célebre. Léelo tú mismo en los libros del colegio.

—Los generales también se hacen célebres en las guerras —dice Detering.

—Aún más que el Kaiser —prosigue Kat.

—Seguro que detrás están otros que quieren ganar dinero a costa de la guerra —gruñe Detering.

—Yo más bien creo que se trata de una especie de fiebre —dice Albert—. En realidad, nadie la desea, pero se presenta de pronto. Nosotros no la queríamos, los otros dicen que ellos tampoco..., y, a pesar de todo, medio mundo está en guerra.

—Sin embargo, ellos mienten más que nosotros —respondo—; acordaos de aquellos panfletos que cogimos a unos prisioneros y que decían que nos comíamos a los niños belgas. Debería colgarse a los tipos que escriben esas cosas. Ellos son los verdaderos culpables.

Müller se levanta.

—No obstante, es mejor hacer la guerra aquí que en Alemania. Mirad esos campos llenos de cráteres...

—Es cierto —admite Tjaden—; pero todavía sería mejor que no hubiera guerra en ningún sitio.

Y se aleja muy orgulloso de habernos dado una lección a los estudiantes. Su opinión es un claro reflejo de lo que piensan muchos aquí; a menudo topamos con ella, y no podemos replicar nada porque ese punto de vista resulta demasiado parcial. El sentimiento nacional del soldado raso consiste en encontrarse aquí. Y eso le basta, el resto lo juzga desde un punto de vista práctico y según su mentalidad.

Albert se tumba en la hierba, malhumorado.

—Es preferible no hablar de toda esa mierda.



—Tampoco sacaremos nada en limpio —confirma Kat.

Para colmo nos hacen devolver casi todas las piezas nuevas que nos habían dado y nos endosan otra vez nuestros andrajos. Aquello era tan sólo para la parada.

En lugar de ir a Rusia, volvemos al frente. Por el camino atravesamos un bosque miserable lleno de troncos arrancados y con la tierra revuelta. De vez en cuando vemos enormes cráteres.

—¡Dios! Ha habido mucho jaleo aquí —digo a Kat.

—Lanzaminas —responde, señalando hacia arriba.

Los cadáveres cuelgan de las ramas de los árboles. Un soldado desnudo ha quedado suspendido entre dos ramas. Todavía lleva el casco, pero ninguna ropa cubre su cuerpo. En realidad ahí arriba sólo hay una mitad, un tronco al que le faltan las piernas.

—¿Cómo ha sido eso? —pregunto.

—Le han desenfundado de una explosión —gruñe Tjaden.

Kat dice:

—Es curioso, ya lo he visto otras veces. Cuando una mina te coge de lleno, sales disparado del uniforme. Debe de ser la presión del aire.

Sigo mirando. Realmente es así. Allí abajo quedan tan sólo colgajos de uniforme. Más allá hay una masa sanguinolenta pegada al suelo que antes era un miembro humano. Hay un cuerpo tendido en el suelo que conserva únicamente un retal de calzoncillos en una pierna y el cuello de la guerrera. Por lo demás, va desnudo; el uniforme cuelga de un árbol. Le faltan los dos brazos, como si se los hubieran destornillado. Uno de ellos se halla a unos veinte metros, entre unas matas.

El cadáver está boca abajo. Allí donde las axilas tocan el suelo, la tierra está oscurecida por la sangre. Bajo sus pies la hierba aparece pisoteada, como si el hombre aún hubiera pataleado.

—No es divertido, Kat —digo.

—Tampoco lo es un pedazo de metralla en pleno vientre —responde encogiéndose de hombros.

—No os pongáis tiernos —dice Tjaden.

Todo eso debe ser reciente; la sangre está fresca todavía. Como sea que vemos tan sólo cadáveres, no nos detenemos, ya daremos parte en el hospital de campaña más cercano.

Quieren enviar una patrulla para constatar qué posiciones siguen ocupadas por los enemigos. Debido a mi permiso experimento frente a los demás un extraño sentimiento, de modo que me ofrezco como voluntario. Concertamos el plan,

cruzamos la alambrada y nos separamos para arrastrarnos cada uno por su lado. Al cabo de un rato encuentro un cráter poco profundo y me dejo resbalar en él. Desde aquí espío los alrededores.

Un fuego moderado de ametralladoras bate el terreno. Las balas silban en toda la zona, pero no con demasiada intensidad, aunque sí lo bastante para no poder permitirme levantar demasiado la cabeza del cráter.

Una bengala despliega en el aire su paracaídas. La tierra parece petrificada bajo una pálida claridad. Después, la oscuridad se cierne sobre ella mucho más oscura que antes. En la trinchera dicen que hay negros aquí enfrente. Mala cosa. No se les distingue bien, y además son muy hábiles en sus patrullas. Aunque a menudo también son muy imprudentes; tanto Kat como Kropp, estando de patrulla, fusilaron a una contrapatrulla entera de negros porque, en su avidez por los cigarrillos, iban fumando. Kat y Albert no tuvieron más que apuntar a los cigarrillos encendidos.

Cerca de mí zumba una pequeña granada. No la he oído venir y tengo un sobresalto. Al mismo tiempo se apodera de mí un terror loco. Estoy aquí solo y casi desvalido en la oscuridad, quizá desde un cráter unos ojos me observan desde hace rato y una granada de mano está a punto de ser lanzada hacia mí para destrozarme. Intento dominarme. No es la primera patrulla que hago ni resulta particularmente peligrosa. Pero es la primera vez después del permiso, y todavía no conozco el terreno.

Procuro convencerme de que mi excitación es absurda, que sin duda no hay nadie espíandome en la oscuridad, si no el fuego no sería tan rasante.

En vano.

Mil imágenes me cruzan el pensamiento en confuso tropel; oigo la voz admonitoria de mi madre; veo a los rusos, con sus barbas al viento, apoyados en la alambrada; tengo la agradable visión de una cantina con sus mesas, de un cine en Valenciennes; en mi imaginación angustiada, veo la horrible boca gris de un fusil despiadado que me persigue silenciosamente cada vez que muevo la cabeza: sudo por todos los poros de mi cuerpo.

Permanezco en el cráter. Miro la hora; sólo han transcurrido unos pocos minutos. Tengo la frente húmeda, los párpados mojados, me tiemblan las manos y jadeo débilmente. No es más que un terrible acceso de miedo, del simple y vulgar terror de levantar la cabeza.

Mi ansiedad me retiene aquí inmovilizado. Mis miembros se han incrustado en la tierra; hago una tentativa vana, pero no consigo liberarlos. Me aplasto contra el suelo; no puedo avanzar; resuelvo quedarme.

Pero de inmediato me inunda una nueva oleada, una oleada de vergüenza, de arrepentimiento y al mismo tiempo de entereza. Me incorporo para echar una ojeada. Me escuecen los ojos de tanto escudriñar la oscuridad. Una bengala se eleva en el

cielo y vuelvo a agacharme.

Sostengo una insensata y confusa lucha contra mí mismo, quiero salir del cráter, pero vuelvo a caer en él. Me digo a mí mismo: «Tienes que hacerlo, por tus camaradas, no se trata de una simple orden». Pero añado enseguida: «Y a mí qué me importa. Sólo tengo una vida que perder...».

«Todo es por culpa del permiso», me disculpo con amargura. Pero ni yo mismo me lo creo; me siento desfallecer; me incorporo poco a poco, me levanto, saco los brazos, me apoyo en ellos e intento salir, pero quedo tendido en el borde del cráter.

Entonces oigo un ruido y vuelvo a caer dentro. A pesar del fragor de la artillería, se oyen perfectamente unos murmullos sospechosos. Escucho: los tengo a mi espalda. Son de los nuestros, que cruzan la trinchera. Oigo también voces ahogadas. Uno de ellos podría ser Kat.

De pronto me invade un calor extraordinario. Esas voces, esas pocas palabras murmuradas a mi espalda, esos pasos en la trinchera que hay detrás de mí, me arrancan de improviso del angustioso aislamiento del terror a la muerte al que estaba sucumbiendo. Esas voces son mucho más que mi vida, mucho más que el amor de una madre y que el miedo; son lo más intenso y más protector que existe en el mundo; son las voces de mis camaradas.

He dejado de ser un retazo de vida temblorosa abandonada en la oscuridad; soy uno de ellos y ellos forman parte de mí; todos tenemos el mismo miedo y la misma vida; estamos unidos de una forma simple y profunda. Querría sumergir el rostro en esas voces, esas pocas palabras que me han salvado y que me sostendrán ahora.

Me deslizo con cautela fuera del cráter y me arrastro hacia adelante. Sigo avanzando. Todo va bien. Fijo la dirección, miro a mi alrededor y sitúo los fogonazos de la artillería para encontrar el camino de regreso. Luego intento ponerme en contacto con el resto de la patrulla.

Todavía tengo miedo, pero es un miedo razonable que me obliga a una precaución extrema. Sopla el viento, y las sombras bailan con los fogonazos de la artillería. Eso me ayuda en la visión al tiempo que me la dificulta. A menudo el terror me paraliza, pero nada sucede. Avanzo a rastras un buen trecho y vuelvo atrás trazando un semicírculo. No he encontrado a los demás. Cada metro que me acerco a nuestras trincheras me infunde más aplomo, pero también más prisa por llegar. Tendría poca gracia que me hiriera ahora una bala perdida.

Me acomete un nuevo temor. No encuentro la dirección exacta. Me quedo agachado dentro de un cráter e intento orientarme. En más de una ocasión ha sucedido que alguien ha saltado alegremente a una trinchera para descubrir que era la equivocada.

Al cabo de un rato vuelvo a aguzar el oído. Sigo sin encontrar el camino. La

maraña de cráteres me parece ahora tan indescifrable que, en mi excitación, no sé hacia dónde avanzar. Quizá me esté arrastrando paralelamente a las trincheras, y eso no tendría fin. De modo que empiezo a dar rodeos.

¡Esas malditas bengalas! Parece que tarden una hora en apagarse; no puedes moverte sin que las balas empiecen a silbar a tu alrededor.

Sin embargo, no tengo más remedio que salir. Deteniéndome de vez en cuando, avanzo a rastras y me corto las manos con los fragmentos dentados de la metralla, más afilados que cuchillas de afeitar. A veces tengo la impresión de que el cielo se aclara un poco en el horizonte; pero podría tratarse de una ilusión. Poco a poco voy dándome cuenta de que mi vida depende de los movimientos que haga.

Estalla una granada. De inmediato estallan otras dos. Empieza el jaleo. Un fuego imprevisto. Las ametralladoras restallan. De momento lo único que puedo hacer es quedarme donde estoy. Por doquier se elevan bengalas. Sin interrupción.

Estoy agachado en el interior de un gran cráter. El agua me llega al vientre. Cuando empiece la ofensiva, me sumergiré todo lo que pueda en el agua, justo para no ahogarme. Fingiré estar muerto.

De pronto me doy cuenta de que el fuego se acorta. Me dejo caer al interior del charco con el casco en el cogote y el rostro levantado para poder respirar.

Permanezco inmóvil, porque oigo un tintineo que se aproxima y unos pasos pesados, cada vez más cerca. Todos mis nervios se contraen como helados. El rumor pasa sobre mi cabeza, la primera oleada de asaltantes se aleja. No he tenido más que un pensamiento desgarrador: «¿Qué haré si alguien salta dentro del cráter?». Desenfundo rápidamente el puñal, lo sujeto firmemente y lo escondo en el lodo. «Si alguien salta dentro lo apuñalaré enseguida, le atravesaré la garganta para que no pueda chillar; no tengo otra salida. Estará tan asustado como yo y el mismo terror hará que nos abalancemos el uno sobre el otro; yo tengo que ser el primero», pienso obsesivamente.

Ahora disparan nuestras baterías. Los obuses estallan a mi alrededor, cosa que desata en mí un loco furor: sólo faltaría que me mataran mis propios compañeros; maldigo y rechino los dientes hundido en el lodo; es una explosión de rabia, hasta que al fin no puedo más que gemir y suplicar.

Las explosiones de las granadas retumban en mis oídos. Si los nuestros contraatacan, estoy salvado. Aprieto la cara contra el suelo y oigo un sordo rumor, como explosiones de minas lejanas; luego la levanto un poco para escuchar el ruido del exterior.

Las ametralladoras restallan. Sé que nuestras alambradas de espino se mantienen firmes y casi intactas. Una parte está cargada con corriente de alta tensión. Aumenta el fuego de fusilería. El enemigo no puede pasar, tendrán que replegarse.

Me hundo de nuevo en el cráter presa de una tensión extrema. Oigo de nuevo

unos crujidos que se arrastran y un tintineo; entre ellos, oigo también un agudo grito aislado. Los acribillan a balazos. El ataque ha sido repelido.

Está amaneciendo. Cerca de mí oigo unos pasos apresurados. Los primeros. Ya han pasado. Luego, otros pasos. Las ráfagas de ametralladora se encadenan sin cesar. Precisamente cuando intento girarme oigo de repente un golpe sordo, un cuerpo cae en el cráter, resbala hacia su centro y se me viene encima.

No pienso ni decido nada. Apuñalo con furia y siento únicamente cómo ese cuerpo se estremece y cae con todo su peso. Cuando vuelvo en mí, noto la mano pegajosa y mojada.

El otro jadea roncamente. Su respiración es como un grito, un trueno, un bramido..., pero se trata sólo de mis sienes que laten con fuerza. Quisiera taparle la boca, llenársela de tierra, coserlo a puñaladas para que se callara, porque me está traicionando, pero he vuelto en mí y, de pronto, me siento tan débil que ya no puedo levantar la mano contra él.

Me arrastro hasta el rincón más alejado y me quedo allí mirándolo fijamente, el cuchillo empuñado, dispuesto a saltarle encima de nuevo al primer movimiento. Pero ya no se moverá, me doy cuenta por su ronco jadeo.

No lo distingo bien. No tengo más deseo que el de huir. Si no lo hago pronto, habrá demasiada luz, en estos momentos ya resulta difícil. Sin embargo, cuando intento sacar la cabeza del cráter me doy cuenta de la imposibilidad de huir de allí. El fuego de las ametralladoras es tan intenso que me acribillaría antes de conseguir salir del cráter de un salto.

Hago una prueba con el casco, levantándolo un poco para fijar la altura a la que pasan las balas. Al cabo de un instante, un proyectil me lo arranca de la mano. Fuego rasante. No estoy lo bastante lejos de las posiciones enemigas y, si intentara huir, los tiradores me atraparían enseguida.

La luz va en aumento. Espero, consumiéndome, que los nuestros contraataquen. Tengo los nudillos de los dedos blancos de tanto apretar las manos, implorando que cese el fuego y mis compañeros puedan acercarse.

Los minutos se eternizan. No me atrevo siquiera a mirar la oscura figura tendida en el cráter. Miro hacia otro lado y espero, espero. Los proyectiles silban y tejen una espesa malla de acero interminable.

Me doy cuenta de que tengo la mano llena de sangre y de pronto siento náuseas. Cojo un puñado de tierra y me froto la piel; por lo menos, ahora está sucia y no se ve la sangre.

El fuego no cesa. Ambos frentes disparan con la misma intensidad. Seguro que los míos hace rato que me han dado por muerto.

Ha amanecido, el cielo adquiere una gris claridad. El estertor del soldado continúa. Me tapo las orejas, pero pronto aparto las manos, porque de ese modo no puedo oír lo que sucede fuera.

La figura de enfrente se mueve. Me estremezco y la miro sin querer. Los ojos me quedan fijos en ella. Un hombre con un bigotito está tendido allí, la cabeza vuelta hacia un lado y un brazo medio doblado sobre el que apoya la cabeza inerte. La otra mano reposa sobre el pecho y está llena de sangre.

«Ha muerto —me digo—, tiene que estar muerto, ya no siente nada, el gemido viene del cuerpo». Pero la cabeza intenta levantarse y por un momento el gemido se hace más fuerte; luego la frente cae de nuevo sobre el brazo. No ha muerto; está agonizando, pero no ha muerto. Me acerco a él arrastrándome; me detengo, apoyo el cuerpo en las manos, avanzo a rastras otro trecho, espero; luego un poco más, un atroz recorrido de tres metros, un largo y terrible recorrido. Por fin llego junto a él.

Entonces, abre los ojos. Debe de haberme oído y me mira con una espantosa expresión de terror. El hombre permanece inmóvil, pero se lee en sus ojos un deseo de huir tan intenso que, por un momento, creo que tendrá fuerzas suficientes para arrastrar el cuerpo a centenares de kilómetros. Pero sigue inmóvil, completamente quieto, y ahora silencioso; el estertor ha cesado, pero sus ojos gritan, aúllan; la vida entera se ha concentrado en ellos en un extraordinario esfuerzo por huir, en un horrible terror a la muerte y a mí mismo.

Se me doblan las articulaciones y me desplomo sobre los codos.

—No, no... —murmuro.

Me sigue con los ojos. Soy incapaz de moverme mientras él me esté mirando.

Entonces aparta lentamente la mano del pecho, sólo un poco, unos centímetros, pero ese movimiento relaja la violencia de los ojos. Me inclino sobre él y murmuro negando con la cabeza:

—No, no, no...

Levanto una mano, tengo que demostrarle que quiero ayudarle, y le acaricio la frente.

Los ojos retroceden, aterrorizados, al verla acercarse: pierden su fijeza, los párpados se cierran, la tensión cede. Le desabrocho el cuello de la guerrera y le coloco la cabeza en una posición más cómoda.

Tiene la boca entreabierta; se esfuerza por articular alguna palabra. Tiene la boca seca, pero no tengo la cantimplora, no la he traído. Sin embargo, hay agua entre el lodo del fondo del cráter. Bajo hasta allí, saco el pañuelo y lo extiendo sobre el barro; luego lo retuerzo y recojo en la palma de la mano el agua amarillenta.

La bebe. Le traigo más. Después le desabrocho la guerrera para vendarle si es posible. Tengo que intentarlo, porque si me cogen prisionero los de enfrente, así se darán cuenta de que quería ayudarle y no me fusilarán. Él intenta impedirlo, pero su

mano está muy débil. La camisa se ha pegado a la herida y no puedo quitarla; se abrocha por detrás, y no tengo más remedio que cortarla. Busco el cuchillo y al fin lo encuentro. Pero cuando empiezo a cortar la camisa, vuelve a abrir los ojos y puedo leer en ellos una expresión de loco terror, de modo que se los cierro con la mano y murmuro:

—¡Pero si quiero ayudarte, camarada! *Camarade, camarade, camarade...* — insisto en esa palabra para que la entienda.

Tiene tres puñaladas. Las cubro con mis vendas. Por debajo de ellas brota la sangre. Las tenso un poco más, y entonces gime.

No puedo hacer nada más. Ahora tenemos que esperar, esperar.

¡Cuántas horas! Vuelve a comenzar el estertor. ¡Con qué lentitud muere un hombre! Porque ya sé que no puede salvarse. He intentado convencerme de lo contrario, pero, hacia el mediodía, sus gemidos han aniquilado todos los pretextos. Si, por lo menos, no hubiera perdido el revólver mientras avanzaba a rastras, le mataría de un tiro. No puedo apuñalarle.

A mediodía alcanzo el límite crepuscular del pensamiento. El hambre me trastorna, casi lloraría de tanto apetito, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Varias veces bajo a buscar agua para el moribundo y bebo yo también.

Es el primer hombre que he matado con mis propias manos y a quien puedo contemplar con tanto detenimiento, a un hombre cuya muerte es obra mía. Kat, Kropp y Müller ya han pasado por eso, al igual que muchos otros en los combates cuerpo a cuerpo.

Pero cada gemido desnuda mi corazón. Ese moribundo tiene el tiempo de su parte y me hiere con él como un cuchillo invisible; el tiempo y mis pensamientos.

¡No sé lo que daría para que sobreviviese! ¡Es tan penoso estar tendido aquí dentro y tener que verle y oírle!

Muere a las tres de la tarde.

Respiro aliviado. Pero sólo por poco tiempo. Pronto el silencio me parece más difícil de soportar que los gemidos. Quisiera oír de nuevo su jadeo, intermitente, ronco, a veces leve como un silbido, luego otra vez ronco e intenso.

No tiene sentido lo que hago, pero tengo que ocuparme en algo. Cambio al cadáver de posición para que descanse más cómodamente, aunque ya no sienta nada. Le cierro los ojos. Son castaños. El pelo negro se riza un poco sobre las sienes.

Tiene la boca gruesa y tierna bajo el bigote; la nariz algo curvada; la piel morena; ya no está tan pálido como cuando aún vivía. Durante un momento, su rostro casi parece el de un hombre sano; luego se transforma rápidamente en uno de esos rostros mortales que he visto tan a menudo y tanto se asemejan entre sí.

Seguro que en esos momentos su esposa piensa en él; no sabe lo que ha sucedido.

Tiene cara de haberle escrito a menudo, quizá ella reciba todavía alguna carta, mañana o dentro de una semana; es posible incluso que dentro de un mes reciba alguna misiva extraviada. La leerá y le parecerá que él le está hablando.

Mi estado empeora; ya no puedo refrenar mis pensamientos. ¿Cómo debe de ser su mujer? ¿Como aquella chica y alta y morena del otro lado del canal? ¿Es mía? ¿Ya es mía por lo sucedido? ¡Ah! ¡Si Kantorek estuviera aquí a mi lado! ¡Si mi madre me viera ahora! Probablemente el muerto habría podido vivir treinta años más con sólo que yo me hubiera aprendido mejor el camino de regreso. Si hubiera pasado dos metros a la izquierda, ahora estaría en la trinchera escribiendo otra carta a su mujer.

¡Pero eso no lleva a ninguna parte! Es el destino de cada uno. Si Kemmerich hubiera tenido la pierna diez centímetros a la derecha, si Haie se hubiera agachado cinco centímetros más...

El silencio se prolonga. Hablo, tengo que hablar. Por eso me dirijo al muerto y le digo:

—Compañero, no quería matarte. Si volvieras a saltar aquí dentro, no lo haría, a condición de que tú también fueras razonable. Pero ante todo, tú has sido para mí una idea, una combinación que vivía en mi cerebro y que exigía una decisión; es esa combinación lo que he apuñalado. Ahora me doy cuenta de que tú eres un hombre como yo. He pensado en tus granadas de mano, en tu bayoneta, en todas tus armas... Ahora veo a tu mujer y tu rostro, lo que tenemos en común. ¡Perdóname, compañero! ¿Cómo podías ser mi enemigo? Si tiráramos las armas y los uniformes, podrías ser mi hermano al igual que Kat y Albert. ¡Compañero, toma veinte años de los míos y levántate! Toma más, porque no sé tampoco qué hacer con ellos.

Nada se mueve. El frente está tranquilo, si exceptuamos el fuego de fusilería. Las balas silban por doquier. No son disparos al azar, apuntan bien en ambos frentes. No puedo salir de aquí.

—Escribiré a tu mujer —digo precipitadamente al cadáver—. Quiero escribirle, tiene que saberlo por mí... Quiero decirle todo lo que te he dicho a ti, no quiero que sufra, la ayudaré y ayudaré también a tus padres y a tus hijos...

Lleva la guerrera desabrochada. Encuentro fácilmente su cartera. Sin embargo, dudo antes de abrirla. Dentro está la cartilla con su nombre. Mientras no sepa su nombre, quizá todavía pueda olvidarle, quizá el tiempo borre su imagen. Pero su nombre se me clavaré en la memoria y ya no podré desprenderme de él jamás. Tendrá la fuerza de evocar todo, de revivirlo, de presentármelo ante los ojos.

Indeciso, permanezco con la cartera en la mano. Me cae al suelo y se abre, esparciendo por el suelo algunas fotografías y cartas. Las recojo para volver a guardarlas, pero la tensión bajo la que me hallo, la situación incierta, el hambre, el peligro, las horas pasadas junto al cadáver, me han llevado a la desesperación. Quiero



acelerar el desenlace y aumentar mi tormento; terminar de una vez por todas, como quien golpea contra la pared una mano atravesada por un dolor insoportable.

Son fotografías de una mujer y una niña. Pequeñas fotografías de aficionado, tomadas ante un muro cubierto de hiedra. También hay cartas. Las abro e intento leerlas. Entiendo poca cosa, me cuesta descifrar la escritura, y además sé muy poco francés. Pero cada vocablo que puedo traducir me atraviesa el pecho como una bala, como una puñalada.

Estoy al borde del colapso. Sin embargo, comprendo que no debo escribir a esa gente como pensaba hace poco. Imposible. Miro de nuevo las fotografías: no son gente rica. Podría enviarles dinero anónimamente, si más tarde gano lo suficiente. Me aferro a esa idea; al menos representa un pequeño sostén. Esa muerte está ligada a mi vida, por eso debo hacerlo todo y prometerlo todo para salvarme. Juro solemnemente que no quiero vivir más que para él y su familia. Se lo digo a él con los labios húmedos, mientras en lo más hondo de mi ser alienta la esperanza de pagar de ese modo mi rescate y quizá salir de aquí con vida, una pequeña argucia que más tarde siempre estaré a tiempo de reconsiderar. De modo que abro la cartilla y leo lentamente:

—Gérard Duval, tipógrafo.

Con el lápiz del muerto, anoto la dirección en el sobre de una de las cartas y luego vuelvo a guardarlo todo en su guerrera.

He matado al tipógrafo Gérard Duval. Tengo que hacerme tipógrafo, pienso, trastornado. Tengo que hacerme tipógrafo, tipógrafo...

Por la tarde me calmo un poco. Mi miedo era infundado. El nombre ya no me turba. La crisis va remitiendo.

—Compañero —le digo al cadáver, ya más sereno—. Hoy tú, mañana yo. Pero si salgo de ésta, compañero, lucharé contra todo esto que nos ha destrozado a los dos. A ti, la vida..., ¿y a mí?, la vida también. Te lo prometo, compañero. ¡Eso no tiene que volver a suceder jamás!

El sol nos ilumina oblicuamente. Estoy aturdido por el cansancio y el hambre. El ayer se hunde en la niebla; confío en salir de aquí. Desfallezco y no me doy cuenta de que anochece. Se acerca el crepúsculo. Ahora me da la impresión de que se aproxima rápidamente. Falta todavía una hora. Si estuviéramos en verano, tres. Falta todavía una hora.

De repente me echo a temblar ante el pensamiento de que, entretanto, me suceda algo. Ya no pienso en el muerto, ya me resulta indiferente. De repente se yergue en mi interior el deseo de vivir y todos mis propósitos se hunden ante ese anhelo. Es tan sólo para no exponerme a una desgracia que musito mecánicamente:

—Cumpliré mi palabra. Cumpliré todo lo que he prometido.

Pero en ese momento ya sé que no lo haré.

De pronto, se me ocurre que mis propios compañeros pueden disparar sobre mí cuando me acerque a rastras; no saben que estoy aquí. Gritaré tan pronto como pueda para que me oigan llegar. Permaneceré tendido ante la trinchera hasta que me respondan.

La primera estrella. El frente sigue tranquilo. Tomo aliento, y en mi excitación, me hablo a mí mismo:

—Sobre todo no hagas ninguna tontería, Paul... Calma, Paul, calma..., y estarás salvado.

Cuando digo mi nombre parece como si lo dijera otro y tiene más fuerza.

La oscuridad aumenta. Mi excitación decrece. Por prudencia espero a que se eleven las primeras bengalas. Entonces salgo a rastras fuera del cráter. He olvidado el cadáver. Ante mí se extiende la noche que comienza y el campo de batalla pálidamente iluminado. Veo un agujero; cuando la luz se extingue, salto dentro de él; avanzo tanteando el camino, encuentro el siguiente cráter y me agacho en su interior; así voy avanzando.

Entonces, a la luz de una bengala, vislumbro algo que se mueve entre las alambradas antes de quedar inmóvil. Me detengo. Con la siguiente bengala puedo verlo con más claridad, probablemente son compañeros de nuestras trincheras. Pero soy prudente hasta que reconozco los cascos. Entonces empiezo a gritar.

Enseguida mi nombre resuena como un eco:

—¡Paul! ¡Paul!

Vuelvo a gritar. Son Kat y Albert, que han salido a buscarme con un trozo de lona.

—¿Estás herido?

—No, no...

Nos dejamos caer dentro de la trinchera. Pido comida y la devoro. Müller me ofrece un cigarrillo. En pocas palabras les cuento lo que me ha sucedido. No es nada del otro jueves, esas cosas ocurren todos los días. Lo único interesante es la ofensiva nocturna. Pero Kat, en Rusia, permaneció dos días tras el frente enemigo sin poder regresar a nuestras posiciones.

No hablo del tipógrafo muerto.

Pero a la mañana siguiente no puedo resistirlo. Tengo que contárselo a Kat y a Albert. Ambos me tranquilizan.

—No tenías alternativa. ¿Qué otra cosa podías hacer? Para eso estás aquí.

Los escucho más tranquilo, su presencia me consuela. ¡Qué tonterías me han pasado por la cabeza dentro de ese cráter!

—Mira allí —me dice Kat.

En el parapeto hay algunos tiradores. Tienen fusiles equipados con visor y

examinan el sector enemigo. De vez en cuando, suena un disparo.

Entonces oímos sus exclamaciones:

—¡Tocado!

—¿Has visto el brinco que ha pegado?

El sargento Oellrich se da la vuelta y, orgulloso, se anota un tanto. Hoy encabeza la lista de tiro con tres disparos que indudablemente han dado en el blanco.

—¿Qué dices a eso? —pregunta Kat.

Asiento con un gesto.

—Si sigue así, esta noche lucirá otro pájaro multicolor en el ojal —dice Kropp.

—O lo ascenderán a sargento mayor de segunda —añade Kat.

Nos miramos.

—Yo no lo haría —murmuro.

—Sí, pero te ha ido muy bien verlo precisamente ahora —dice Kat.

El sargento Oellrich vuelve al parapeto. La boca de su fusil se desplaza lentamente de un punto a otro.

—No pierdas más tiempo con tu historia —dice Albert moviendo la cabeza.

Ni yo mismo comprendo ya mi reacción anterior.

—Fue debido al tiempo que tuve que permanecer con él —digo.

Al fin y al cabo, la guerra es la guerra.

El fusil de Oellrich suelta un breve y seco estampido.

## X

Nos han destinado a un sitio estupendo. Ocho hombres tenemos que vigilar un pueblo que ha sido evacuado tras un fuerte bombardeo.

Principalmente tenemos que velar por el depósito de víveres, que todavía no ha sido evacuado. La comida tenemos que obtenerla de las existencias. Somos los más adecuados para ese trabajo. Kat, Albert, Müller, Tjaden, Leer, Detering, todo nuestro grupo está aquí. Es verdad que Haie ha muerto, pero no obstante hemos tenido mucha suerte porque todas las demás unidades han sufrido más bajas que la nuestra.

Escogemos como refugio un sótano construido con cemento al que conduce una escalera desde la calle. Además, la entrada está protegida por un muro de hormigón.

Desplegamos una gran actividad. Tenemos otra vez una buena ocasión para estirar no sólo las piernas, sino también el espíritu. Y sabemos aprovechar esas ocasiones, porque nuestra situación es demasiado desesperada como para que podamos entregarnos demasiado tiempo al sentimentalismo. Eso sólo es posible mientras las cosas no se ponen excesivamente feas. No tenemos más remedio que ser materialistas. Tan materialistas que a veces me asusto cuando un pensamiento de otra época, de antes de la guerra, me cruza por la cabeza. Aunque no pienso en ello mucho rato.

Tenemos que tomar nuestra situación tan a la ligera como sea posible. Por eso aprovechamos cualquier ocasión para pasar directamente, brutalmente, sin transición, del terror a la tontería. No podemos remediarlo, caemos en ella. Ahora estamos ocupados en organizar una situación idílica, referida naturalmente a comer y a dormir.

Para empezar, cubrimos nuestro refugio con colchones que hemos traído de las casas vecinas. Al trasero de un soldado también le gusta sentarse en algo blando. El suelo queda libre tan sólo en el centro de la sala. Luego nos procuramos mantas y edredones, de una suavidad magnífica. En el pueblo aún hay de todo. Albert y yo encontramos una cama de caoba, desmontable, con un dosel de seda azul y unos adornos de encaje. Sudamos como mulas para transportarla, pero sería una lástima dejar escapar una cosa así; y más teniendo en cuenta que dentro de unos días lo destrozarán todo a cañonazos.

Kat y yo hemos efectuado una patrulla de reconocimiento por las casas. Al poco rato hemos encontrado ya una docena de huevos y dos libras de mantequilla bastante fresca. De pronto, oímos un gran estrépito en el salón contiguo y una estufa de hierro atraviesa zumbando la pared, cruza la habitación y, a un metro de distancia, atraviesa la otra pared y desaparece. Venía de la casa de enfrente, donde ha estallado un obús.

—¡Vaya potra! —exclama Kat.

Y proseguimos la exploración. De pronto, aguzamos el oído y echamos a correr. Poco después nos detenemos, como hechizados; en un pequeño establo retozan dos

lechones. Nos frotamos los ojos y miramos de nuevo; sí, todavía están allí. Los agarramos. No hay duda, son dos cochinitos de carne y hueso.

Eso significa un magnífico banquete. A cincuenta metros de nuestro refugio hay una casita que sirvió de alojamiento para oficiales. En la cocina hallamos un fogón inmenso, con dos asadores, sartenes, ollas y cazuelas. Hay de todo, incluso un montón de leña cortada en trozos en un cobertizo. Es verdaderamente Jauja.

Desde primeras horas de la mañana, hay dos hombres en los campos buscando patatas, zanahorias y guisantes. Somos gente delicada que rechaza las conservas del depósito de víveres. Queremos comida fresca. En nuestra despensa hay ya dos coliflores.

Hemos matado a los lechones. Kat ha hecho el trabajo. Para acompañar el asado, prepararemos buñuelos de patata, pero no encontramos ningún rallador para las patatas. Pronto hallamos la solución; con unos clavos, practicamos algunos agujeros en unas latas e improvisamos varios. Tres hombres se ponen gruesos guantes para protegerse las manos y rallan las patatas. Otros dos las pelan y así vamos más deprisa.

Kat adereza los lechones, las zanahorias, los guisantes y la coliflor, para la que prepara incluso una salsa blanca. Yo frío los buñuelos de cuatro en cuatro. Al cabo de diez minutos, ya he aprendido a agitar la sartén, de forma que los que están tostados por un lado giren en el aire y caigan del otro lado. Asamos los lechones enteros. Nos situamos a su alrededor como si se tratase de un altar.

Mientras tanto, llegan visitas: dos radiotelegrafistas a los que invitamos a comer generosamente. Se sientan en un salón donde hay un piano. Uno de ellos toca, el otro canta «Junto al Weser». Lo hace con mucho sentimiento, aunque con cierto acento sajón. A pesar de todo, llega a conmovernos.

Poco a poco vamos apercibiéndonos de que habrá jaleo. Los globos cautivos deben de haber descubierto el humo de la chimenea y ahora nos cubren de fuego. Disparan esos malditos y pequeños monstruos que hacen un pequeño agujero y esparcen trozos de metralla a ras del suelo a gran distancia. Cada vez silban más cerca, a nuestro alrededor, pero no podemos abandonar el banquete. Esos botarates están afinando su puntería. Algunos trozos de metralla entran por la ventana de la cocina. El asado está casi a punto, pero cada vez resulta más difícil freír los buñuelos. Los obuses estallan tan cerca ya que sus esquirlas rebotan cada vez más a menudo contra el muro de la casa y entran por las ventanas. Cuando oigo un silbido que se acerca, me agacho con la sartén de los buñuelos en la mano y corro a agazaparme tras la pared de la ventana. Inmediatamente después me levanto y sigo friendo buñuelos.

Los sajones dejan de tocar y cantar. Un pedazo de metralla se ha incrustado en el piano. Nosotros ya hemos terminado y organizamos la retirada. Tras la siguiente explosión, dos hombres cruzan a la carrera los cincuenta metros que nos separan del refugio, cargados con las ollas de la verdura. Los vemos desaparecer.

Otra explosión. Nos agachamos e inmediatamente salen dos hombres más, llevando sendas cafeteras llenas a rebosar de auténtico café y llegan al refugio antes de que se produzca otra explosión.

Luego Kat y Kropp se encargan del plato principal: la gran sartén de los lechones asados. Se oye el silbido de otro obús, se agazapan y atraviesan a la carrera los cincuenta metros a campo descubierto. Frío los cuatro últimos buñuelos, y tengo que echarme al suelo dos veces más; pero se trata de cuatro buñuelos y son mi plato favorito.

Después cojo la fuente llena de buñuelos y me acerco a la puerta. Fuera se oye un aullido y una explosión. Salgo al galope, apretando la fuente contra mi pecho. Casi he llegado al refugio cuando oigo un silbido cercano. Pego un buen salto, rodeo el muro como un rayo mientras la metralla golpea contra él, y caigo escaleras abajo destrozándome los codos; pero no he perdido ni un solo buñuelo ni se me ha caído la fuente.

La comida empieza a las dos. Dura hasta las seis. Hasta las seis y media tomamos café —café de oficiales del depósito de víveres— y fumamos cigarros y cigarrillos también del depósito de víveres. A las seis y media, empezamos a cenar. A las diez echamos fuera el esqueleto de los lechones. Después siguen el coñac y el ron, también del bendito depósito de víveres, y fumamos largos y gruesos cigarros con vitola. Tjaden opina que sólo falta una cosa: chicas del prostíbulo para oficiales.

A medianoche oímos maullidos. Hay un gatito gris en la entrada. Lo dejamos entrar y le damos de comer. Eso nos vuelve a despertar el apetito. Nos metemos en la cama masticando aún.

Pasamos una mala noche. Hemos comido demasiada grasa. La carne fresca de lechón recarga los intestinos. No hacemos más que entrar y salir del refugio. Fuera hay siempre dos o tres hombres en cuclillas, con los pantalones bajados y blasfemando. Yo mismo tengo que salir nueve veces. Hacia las cuatro de la madrugada batimos el récord: los once que somos, con los centinelas e invitados, nos encontramos fuera del refugio en cuclillas.

Casas en llamas se levantan como enormes antorchas en la noche. Las granadas estallan cerca de nosotros. Columnas de munición avanzan velozmente por la calle. Se hunde una pared del depósito de víveres. A pesar de la metralla, los conductores del camión se precipitan a robar pan como un enjambre de abejas. Les dejamos hacer sin molestarles. Si les dijéramos algo, se volverían contra nosotros. Adoptamos otra estrategia. Les decimos que somos los centinelas del pueblo y, como sabemos de dónde sacarlas, cambiamos latas de conserva por otras cosas que nos faltan. ¿Qué más da si todo quedará destruido en breve? Buscamos chocolate y comemos tabletas enteras. Kat dice que va muy bien para los intestinos descompuestos.

Durante quince días no hacemos más que comer, beber y holgazanear. Nadie nos

molesta. El pueblo va desapareciendo lentamente bajo los obuses, y nosotros gozamos de la vida. Mientras se aguante en pie aunque sólo sea una parte del depósito, todo nos da igual, únicamente deseamos quedarnos aquí hasta que termine la guerra.

Tjaden se ha vuelto tan señorito que sólo se fuma los cigarros hasta la mitad. Declara orgullosamente que ésa es su costumbre. Kat también está muy animado. Lo primero que grita por la mañana es:

—Emil, tráigame café y caviar.

Nos hemos convertido en jóvenes distinguidos. Cada uno toma al otro por su ordenanza, le habla de usted y le da órdenes.

—Kropp, me pica la planta del pie. ¡Intente atrapar a ese piojo! —dice Leer al tiempo que estira la pierna como una actriz, y Albert lo arrastra hasta el pie de la escalera.

—¡Tjaden!

—¿Qué?

—Descanse, Tjaden. Por otra parte, no se responde «qué», sino «a sus órdenes». Vamos a ver: ¡Tjaden!

Tjaden le manda a freír espárragos.

Al cabo de otros ocho días, recibimos la orden de marcha. Se ha terminado la buena vida. Dos grandes camiones nos recogen. Vienen repletos de tablones, pero encima de ellos Albert y yo colocamos nuestra cama con dosel de seda azul, con dos colchones y dos edredones de encaje. En la cabecera hay un saco por cabeza repleto de las mejores viandas. De vez en cuando, las palpamos, y las longanizas, las latas de paté de hígado y las cajas de cigarros nos alegran el corazón. Cada hombre se lleva un saco lleno.

Kropp y yo hemos salvado, además, dos sillones de terciopelo rojo. Los ponemos sobre la cama y nos sentamos en ellos como si estuviéramos en un palco. La seda del dosel pende sobre nuestras cabezas como un baldaquino. Los dos llevamos en la boca un enorme cigarro. Desde allí arriba contemplamos la comarca.

Llevamos también una jaula de loro en la que hemos metido al gato, que ronronea frente a un plato de carne.

Los camiones avanzan lentamente por la carretera. Cantamos. A nuestras espaldas, los obuses levantan surtidores en el pueblo, completamente abandonado ya.

Al cabo de unos días nos mandan a evacuar un pueblo. Por el camino encontramos a los habitantes que huyen, expulsados de sus casas. Transportan sus enseres en carretones, cochecitos de niño o cargados a la espalda. Inclinan el cuerpo hacia adelante, y tienen los rostros marcados por la angustia, la desesperación, el terror y la resignación. Los niños se aferran a las manos de sus madres; a veces es una

muchacha la que conduce a los pequeños, que avanzan tropezando y volviéndose continuamente. Algunos se llevan sus miserables muñecas. Todos enmudecen al cruzarse con nosotros.

Seguimos avanzando en columna de viaje. Los franceses no bombardearán un pueblo en el que todavía quedan paisanos. Pero al cabo de unos minutos, el aire aúlla, la tierra tiembla, resuenan gritos: un obús ha destrozado la retaguardia. Nos desplegamos y nos echamos al suelo. Y en ese mismo instante siento cómo me abandona aquella tensión que bajo un bombardeo me empujaba a actuar certeramente sin pensar. El pensamiento «estás perdido» late en mi interior como una terrible angustia que me ahoga, e inmediatamente un golpe seco, como un latigazo, me da en la pierna izquierda. Oigo gritar a Albert, que está tendido junto a mí.

—¡Levántate, Albert, huyamos! —aúllo, porque estamos al descubierto, en campo abierto.

Albert se levanta tambaleante y echa a correr. Corro tras él. Tenemos que saltar un seto más alto que nosotros. Kropp se agarra a las ramas y lo levanto por una pierna; grita, pero le doy un empujón y vuela por encima del seto. Entonces salto tras él y caigo en un estanque al otro lado.

Tenemos la cara llena de algas y de barro, pero el refugio es bueno. Nos hundimos en él hasta el cuello. Cuando silba un proyectil, metemos la cabeza dentro del agua.

Después de hundirnos una docena de veces, ya no resisto más. Albert también gime.

—Si no nos largamos de aquí, me desmayaré y me ahogaré.

—¿Dónde te han dado? —le pregunto.

—Creo que en la rodilla.

—¿Puedes correr?

—Creo que sí...

—¡Pues vámonos!

Saltamos a la cuneta de la carretera y corremos encorvados. El fuego nos persigue. La carretera se dirige al polvorín. Si explota, no hallarán ni uno solo de nuestros botones. Modificamos el plan y corremos en diagonal campo a través.

Albert afloja la marcha.

—Ve tú delante, yo te sigo —dice, y se echa al suelo.

Le agarro del brazo y le sacudo.

—Levántate, Albert. Si te tumbas, ya no podrás seguir. ¡Vamos, apóyate en mí!

Por fin alcanzamos un pequeño refugio. Kropp se deja caer al suelo y lo vendo. Tiene la herida encima mismo de la rodilla. Después me examino a mí mismo. Tengo el pantalón cubierto de sangre, y también me sangra el brazo. Albert me venda las heridas. Ya no puede mover la pierna y nos maravillamos de haber llegado hasta aquí.



Ha sido el miedo. Habríamos huido aunque la metralla nos hubiera arrancado los pies, habríamos corrido con los muñones.

Todavía puedo arrastrarme un poco, y grito desde la entrada cuando veo pasar un carro. Va lleno de heridos. Un cabo sanitario nos pone una inyección antitetánica en el pecho.

En el hospital de campaña conseguimos colocarnos de lado. Nos dan una sopa clara que devoramos con avidez y menosprecio, porque, aunque acostumbrados a tiempos mejores, estamos hambrientos.

—Ahora nos mandarán a casa, Albert —le digo.

—Ojalá —responde—. ¡Si por lo menos supiera lo que tengo!

Cada vez sentimos más dolor. Las vendas queman como el fuego. Bebemos agua sin parar. Un vaso tras otro.

—¿A qué distancia de la rodilla tengo la herida? —pregunta Kropp.

—A diez centímetros por lo menos, Albert —respondo.

En realidad quizá no lleguen a tres.

—Estoy decidido —dice al cabo de un rato—. Si me amputan la pierna me pego un tiro. No quiero andar tullido por el mundo.

Permanecemos así tendidos, encerrados en nuestros pensamientos, esperando.

Por la noche nos trasladan al quirófano. Estoy asustado, y decido rápidamente lo que haré, porque ya se sabe que en los hospitales de campaña los médicos amputan miembros con la mayor facilidad. Tienen mucho trabajo, y amputar es mucho más sencillo que dedicarse a hacer complicados remiendos. Me acuerdo de Kemmerich. De ninguna manera permitiré que me anestesien, aunque haya de romper la crisma a unos cuantos enfermeros.

Todo va bien. El médico hurga en la herida hasta que pierdo el mundo de vista.

—¡Estate quieto! —gruñe, y sigue hurgando.

Bajo la intensa luz, el instrumental brilla como bestezuelas malignas. El dolor es insoportable. Dos enfermeros me sostienen por los brazos, pero logro soltarme de una sacudida e intento golpear las gafas del médico, que se da cuenta a tiempo y retrocede de un salto.

—¡Anestesiadle! —grita, furioso.

Entonces me tranquilizo.

—Perdone, doctor. Me estaré quieto, pero no me anestesie.

—Bien, bien —murmura cogiendo de nuevo los instrumentos.

Es un joven rubio de unos treinta años como máximo, atractivo y con unas antipáticas gafas doradas. Me doy cuenta de que ahora pretende hacerme sufrir; hurga en la herida, y de vez en cuando me echa una mirada por encima de las gafas. Me hago daño en las manos de tanto apretar los asideros de la mesa de operaciones. Pero

antes reventaré que soltar el más mínimo quejido.

Ha encontrado un trozo de metralla y me lo pasa por las narices. Parece satisfecho de mi comportamiento, de modo que me venda cuidadosamente y dice:

—Mañana a casa.

Luego me escayolan la pierna. Cuando regreso junto a Kropp le explico que mañana probablemente llegue un tren sanitario.

—Tenemos que hablar con el sargento mayor sanitario para poder ir juntos, Albert.

Consigo hacer llegar a manos del sargento, con algunas frases apropiadas, un par de cigarros con vitola. Los olfatea y pregunta:

—¿Tienes más?

—Un buen puñado, y mi camarada —señalo a Kropp— también. Nos gustaría mucho poder ofrecérselos desde la ventanilla del tren sanitario.

Naturalmente comprende enseguida. Los olfatea de nuevo y dice:

—De acuerdo.

Por la noche no podemos pegar ojo. En nuestra sala mueren siete hombres. Uno de ellos, antes de la agonía, canta himnos religiosos durante más de una hora con una estrangulada voz de tenor. Otro se arrastra desde su cama hasta la ventana y allí queda tendido, como si hubiera querido mirar al exterior por última vez.

Tendidos en nuestras literas, aguardamos en el andén la llegada del tren. Llueve, y la estación no tiene marquesina. Las mantas son finas. Hace ya dos horas que esperamos.

El sargento mayor nos cuida como una madre. A pesar de que me encuentro muy mal, no olvido nuestro plan. Como quien no quiere la cosa, le enseño la caja de cigarros y le regalo uno de muestra. A cambio, nos cubre con la lona de una tienda de campaña.

—¡Hombre, Albert! —exclamo de pronto—. ¿Y nuestra cama con dosel? ¿Y el gato?

—¿Y las butacas? —añade él.

Sí, las butacas de terciopelo rojo. Por la noche nos sentábamos en ellas como príncipes, y trazamos el plan de alquilarlas por horas más adelante. Un cigarrillo a la hora. Hubiera significado una vida sin preocupaciones, y un buen negocio.

—¡Albert! —exclamo—, ¿dónde están los sacos de comida?

Nos entristecemos. Tan bien como nos hubieran venido esos víveres... Si el tren hubiese partido un día más tarde, seguro que Kat nos habría encontrado y nos habría traído los sacos.

Mala suerte. En el estómago llevamos tan sólo una sopa de harina, la escasa comida del hospital, mientras que en nuestros sacos guardamos latas de cerdo asado

en conserva. Sin embargo, estamos tan débiles que ni siquiera podemos lamentarnos.

Las literas están completamente mojadas cuando por fin, a media mañana, llega el tren. El sargento procura que nos instalen en el mismo vagón. Hay un enjambre de enfermeras de la Cruz Roja.

A Kropp le instalan en la cama de abajo, a mí me levantan un poco para colocarme en la litera de arriba.

—¡Dios mío! —exclamo de pronto.

—¿Qué sucede? —pregunta la enfermera.

Echo otra ojeada a la cama. Tiene sábanas blancas como la nieve, de una limpieza inimaginable, que todavía conservan los dobleces de la plancha. En cambio, mi camisa no ha sido lavada desde hace seis semanas y está muy sucia.

—¿No puede acostarse solo? —pregunta la enfermera, solícita.

—Sí, eso sí —respondo, sudando—. Pero antes quite la ropa de la cama.

—¿Por qué?

Me siento hecho un cerdo. ¿Y tengo que meterme ahí dentro?

—Es que quedará... —titubeo.

—¿Algo sucia? —pregunta, animándome—. No importa. Ya volveremos a lavarla luego.

—No, no es por eso... —digo, nervioso.

No soy capaz de hacer frente a ese embate de la civilización.

—Si usted ha estado en las trincheras, nosotras bien podemos lavar unas sábanas —continúa.

La miro. Es joven y atractiva. Va muy limpia y es delicada como todo lo que hay aquí. No se entiende que no la reserven para oficiales. Aquí dentro uno se siente cohibido, incluso amenazado.

La joven, sin embargo, parece un verdugo. Me obliga a decírselo todo.

—Es que... —me detengo.

Ya hubiera debido comprender a qué me refiero.

—¿Qué ocurre?

—¡Los piojos! —exclamo por fin.

Se echa a reír.

—También les vendrá bien un poco de descanso.

A mí ya me da igual. Me meto en la litera y me cubro con la sábana.

Una mano golpea levemente el cubrecama. Es el sargento mayor, que se larga con los cigarros.

Al cabo de una hora el tren se pone en marcha.

Por la noche me despierto. Kropp también se mueve inquieto. El tren rueda silenciosamente por los raíles. Aún no comprendo nada; una cama, un tren, volver a

casa.

Pregunto en voz baja:

—¡Albert!

—¿Qué?

—¿Sabes dónde está el retrete?

—Creo que en el otro extremo, a la derecha de la puerta.

—Voy a ver.

Está oscuro. Busco a tientas el borde de la cama, con la intención de dejarme resbalar con cuidado hasta el suelo. Pero el pie no encuentra ningún apoyo; la pierna escayolada no resulta de gran ayuda, así que resbalo y caigo al suelo con un gran estrépito.

—¡Maldita sea! —exclamo.

—¿Te has dado un golpe? —pregunta Albert.

—¿A ti qué te parece? —gruño—. En la cabeza...

Se abre una de las puertas del vagón. La enfermera se acerca con una luz y me descubre.

—¿Se ha caído de la cama?

Me toma el pulso y pone su mano en mi frente.

—Pues no tiene fiebre.

—No —admito.

—¿Estaba soñando?

—Eso parece —respondo con vaguedad.

El interrogatorio vuelve a empezar. Me mira con sus ojos brillantes; es tan delicada y maravillosa que aún me atrevo menos a decirle lo que quiero.

Me ayuda a meterme de nuevo en la cama. ¡La estoy haciendo buena! En cuanto se vaya, tendré que volver a bajar a toda prisa. Si fuera una mujer mayor, sería más fácil decírselo, pero todavía es muy joven, veinticinco años como máximo. No hay nada que hacer. No puedo decírselo.

Albert viene entonces en mi ayuda. Como la cosa no va con él, no le cohibe tanto. Llama a la enfermera, y ella se vuelve.

—Señorita, lo que quiere es...

Pero tampoco Albert sabe ya expresarse con corrección y decoro. Entre nosotros, en el frente, basta una sola palabra, pero aquí, delante de una joven como ésa... De repente Albert se acuerda del colegio y dice de corrido:

—Lo que quiere es salir un momento, señorita.

—¡Ah, bueno! —dice la enfermera—. Para eso no era necesario que bajara de la cama con la pierna escayolada. ¿Qué quiere que le traiga? —pregunta, volviéndose hacia mí.

El giro que han tomado los acontecimientos me llena de pavor, ya que no tengo ni

la menor idea de cómo se llaman técnicamente esas cosas.

La enfermera me ayuda.

—¿Aguas mayores o menores?

¡Qué vergüenza! Sudo como una mula, y, por fin, murmuro con voz insegura:

—Bien, pues..., menores.

Todavía he tenido suerte.

Me trae una botella. Al cabo de unas horas ya no soy el único, y por la mañana ya nos hemos acostumbrado y pedimos lo que necesitamos sin enrojecer.

El tren va despacio. De vez en cuando se detiene para descargar a los muertos. Se detiene a menudo.

Albert tiene fiebre. Yo estoy regular. Me duele, pero lo peor es que bajo la escayola aún llevo piojos. Siento un terrible picor, y no puedo rascarme.

Pasamos los días medio adormecidos. El paisaje cruza silenciosamente ante la ventana. La tercera noche llegamos a Herbesthal. Oigo decir a la enfermera que Albert, debido a la fiebre, deberá quedarse en la próxima estación.

—¿Hasta dónde va el tren? —pregunto.

—Hasta Colonia.

—Seguiremos juntos, Albert —le digo—. Ya lo verás.

Cuando la enfermera empieza su siguiente ronda, contengo la respiración y la sangre se me sube a la cabeza. Me pongo rojo. La enfermera se detiene.

—¿Le duele?

—Sí —gimo—, ha sido de repente...

Me da un termómetro y pasa de largo. No sería un buen discípulo de Kat si no supiera lo que cabe hacer en esos casos. Los termómetros no son gran obstáculo para un soldado veterano. Se trata simplemente de conseguir que suba el mercurio; entonces queda quieto dentro del tubito y no vuelve a bajar.

Sostengo el termómetro bajo el brazo y con el índice lo froto sin cesar; luego lo sacudo boca abajo. Así obtengo 37,9 grados. No es bastante. Con una cerilla, lo hago subir hasta 38,7.

Cuando la enfermera regresa, vuelvo a contener la respiración; aspiro muy despacio, a trompicones, la miro fijamente con ojos desenchajados, como encantado, me muevo inquieto y susurro:

—No puedo soportarlo más...

Anota mi nombre en una lista. Sé muy bien que, si no es imprescindible, no me quitarán la escayola. A Albert y a mí nos desembarcan juntos.

Estamos en un hospital católico, los dos en la misma sala. Es una gran suerte, pues los hospitales católicos tienen fama de tratar y alimentar bien a los enfermos. La llegada de nuestro tren ha llenado todas las salas; entre nosotros hay muchos casos

graves. Hoy todavía no pueden reconocernos porque no hay bastantes médicos. Las camillas con ruedas de goma recorren continuamente los pasillos, y siempre va alguien en ellas. Resulta muy incómodo pasar tanto tiempo tumbado. Esa postura sólo es buena para dormir.

Pasamos una noche intranquila. Nadie puede pegar ojo. Al amanecer, empezamos a adormecernos. Cuando despierto, ya es de día. La puerta está abierta y oigo voces en el pasillo. Los demás se despiertan también. Un muchacho que ya lleva aquí unos días nos explica lo que sucede.

—Cada mañana las monjas rezan en este pasillo la oración matinal, y abren la puerta para que todos podamos tomar parte.

Sin duda la intención es buena, pero a nosotros nos duelen la cabeza y los huesos.

—¡Qué burrada! —exclamo—. Precisamente ahora que habíamos conseguido dormirnos.

—Los de esta planta son los casos más leves. Por eso lo hacen —contesta.

Albert gime. Me enfurezco y grito:

—¡Cállense los de ahí fuera!

Al cabo de un minuto aparece una monja. Menuda, con su hábito blanco y negro, parece un bibelot.

Alguien dice:

—¡Cierre la puerta, hermana!

—Estamos rezando, por eso la hemos dejado abierta —responde.

—Es que queremos dormir un rato más.

—Es mejor rezar que dormir.

Se está quieta mientras sonrío candorosamente.

—Además, ya son las siete.

Albert vuelve a gemir.

—¡Cierren la puerta! —grito.

Se queda perpleja, por lo visto no puede comprenderlo.

—¡Pero si también rezamos por usted!

—No me importa. ¡Cierre la puerta!

Desaparece, dejando la puerta abierta. Vuelve a oírse la letanía. Me exalto y amenazo:

—Contaré hasta tres. Si mientras no se han callado, les tiraré algo.

—Yo también —añade otro.

Cuento hasta cinco. Entonces cojo una botella, apunto y la lanzo en dirección al pasillo a través de la puerta. Se rompe en mil pedazos. Cesa el rezo. Un enjambre de monjas que gruñen en voz baja asoma por la puerta.

—¡Cierren la puerta! —gritamos todos.

Se van. La monja de antes es la última en salir.

—¡Herejes! —murmura.

Pero cierra la puerta. Hemos vencido.

A mediodía viene el inspector del hospital y nos echa un rapapolvo. Nos promete el calabozo y no sé cuántas cosas más. Ahora bien, un inspector de hospitales, al igual que uno de víveres y a pesar de llevar un gran sable y charreteras, no es más que un simple funcionario, y por ese motivo ni siquiera los reclutas le toman en serio. Le dejamos hablar. ¿Qué más puede pasarnos?

—¿Quién tiró la botella? —pregunta.

Y antes de que pueda decidir si debo denunciarme, alguien responde:

—¡Yo!

Un hombre de barba enmarañada se incorpora en el lecho. Todos nos preguntamos por qué se habrá acusado.

—¿Usted?

—Sí, señor. Estaba enojado porque nos han despertado sin necesidad. He perdido el control. No sabía lo que me hacía.

Habla como un libro.

—¿Cómo se llama?

—Josef Hamacher, de la segunda reserva.

El inspector se marcha.

Todos estamos intrigados:

—¿Por qué te has acusado? No habías sido tú.

Él se ríe.

—No importa. Tengo licencia de caza.

Así se comprende. Con una licencia de caza puedes hacer lo que te venga en gana.

—Sí —explica—. Recibí un balazo en la cabeza y me extendieron un certificado conforme algunas veces no soy responsable de mis actos. Desde entonces me lo paso estupendamente. No deben ponerme nervioso. Y por eso nunca me castigan. Va listo ese tipo. He dicho que había sido yo porque lo de la botella me hizo mucha gracia. Si mañana vuelven a abrir la puerta, les tiraremos otra.

Estamos encantados. Con Josef Hamacher en la sala, podremos arriesgarnos a todo.

Luego vienen a buscarnos las silenciosas camillas.

Las vendas se han pegado a las heridas. Aullamos como lobos.

En nuestra sala hay ocho hombres. El caso más grave es Peter, un muchacho moreno de pelo ensortijado. Le dieron en un pulmón. A su lado está Franz Wächter, con un

brazo destrozado. Al principio no tenía mal aspecto, pero la tercera noche nos pide que hagamos sonar el timbre porque cree que está sangrando.

Llamo enérgicamente. La enfermera de guardia no aparece. Por la tarde la hemos hecho correr continuamente de un lado a otro, porque todos llevábamos vendajes nuevos y nos dolían las heridas. Uno quería la pierna vuelta hacia un lado, el otro la quería hacia el otro, el de más allá pedía agua y otro que le ahuecasen la almohada. La gruesa anciana ha terminado por gruñir aviesamente y cerrar la puerta de un golpe. Ahora debe de sospechar algo parecido y por eso no acude. Esperamos un poco. Luego Franz me dice:

—Vuelve a llamar.

Llamo. La monja, sin embargo, no aparece. Por la noche en esta ala del hospital sólo hay una enfermera de guardia, y quizá ahora mismo esté ocupada en otra sala.

—¿Seguro que sangras, Franz? —le pregunto—. Si no volverá a haber jaleo.

—Tengo la cama empapada. ¿No podéis dar la luz?

Imposible. El interruptor está junto a la puerta y nadie es capaz de levantarse. Pongo el pulgar sobre el botón del timbre y aprieto hasta notar un cosquilleo. La enfermera debe de estar echando un sueñecito.

Al fin y al cabo no paran de trabajar en todo el día. Además, se pasan el día rezando.

—¿Tendremos que tirar otra botella? —pregunta Josef Hamacher con su licencia de caza.

—Aún lo oiría menos que el timbre.

Por fin se abre la puerta y entra la vieja con el ceño fruncido. Al percatarse de lo que le sucede a Franz, se apresura gritando:

—¿Por qué no me ha avisado nadie?

—¡Pero si hemos tocado el timbre! Ninguno de nosotros puede andar.

Ha perdido mucha sangre y le cambian los vendajes. A la mañana siguiente nos sorprende su rostro: se le ha vuelto afilado y amarillento; en cambio, la noche anterior presentaba un aspecto casi saludable. Ahora la enfermera viene más a menudo.

De vez en cuando vienen también a visitarnos enfermeras auxiliares de la Cruz Roja. Son afables, pero a menudo algo torpes. Cuando nos arreglan la cama, nos hacen daño casi siempre, y entonces se asustan tanto que aún nos hacen más.

Las monjas son más dignas de confianza. Saben cómo manejarnos, pero a veces nos gustaría que fuesen más alegres. Sin duda algunas son divertidas, estupendas. ¿Quién no haría lo que fuese por la admirable hermana Libertine, que con su sola presencia llena de alegría y buen humor el ala entera del hospital? Hay más de una como ella. Seríamos capaces de arrojarlos al fuego por ellas. No podemos quejarnos, las monjas nos tratan tan bien como a civiles. En cambio, uno se horroriza con sólo



pensar en los hospitales de campaña.

Franz Wächter no mejora. Un día se lo llevan y ya no vuelve. Josef Hamacher sabe cuál es el motivo.

—No volveremos a verle. Se lo han llevado a la habitación de la muerte.

—¿Qué habitación es ésa? —pregunta Kropp.

—Pues la habitación donde uno muere.

—¿Qué quieres decir? —pregunta de nuevo Kropp.

—Una pequeña habitación al otro extremo de esta planta. Llevan ahí a los que están a punto de reventar. Hay dos camas. Todos la llamamos la habitación de la muerte.

—¿Y por qué los llevan ahí?

—Así luego no tienen tanto trabajo. Además, les resulta más cómodo porque la habitación está junto al depósito de cadáveres. Y quizá también para que no muera nadie en las salas. Causaría mal efecto en los demás. Por otra parte, estando solos pueden asistirles mejor.

—¿Y el moribundo?

Josef se encoge de hombros.

—Generalmente ya no se da cuenta de nada.

—¿Lo saben todos?

—Los que llevan tiempo aquí claro que lo saben.

Por la tarde traen a otro herido a la cama de Franz Wächter. Al cabo de unos días se lo vuelven a llevar. Josef hace un significativo gesto con la mano. Vemos llegar y partir a varios más.

A veces hay parientes sentados junto a las camas que, algo cohibidos, lloran o hablan en susurros. Una mujer anciana no quiere marcharse de ninguna manera, pero no está permitido pasar la noche aquí. Al día siguiente vuelve muy temprano, pero no lo suficiente; al acercarse a la cama la descubre ocupada por otro. Tiene que bajar al depósito. Nos reparte las manzanas que le traía.

Peter también empeora. Su hoja de temperatura presenta mal aspecto y un día la camilla de ruedas se detiene ante su cama.

—¿Adónde me llevan? —pregunta.

—A la sala de curas.

Le colocan en la camilla, pero la monja comete el error de descolgar la guerrera y ponerla también encima de la camilla para ahorrarse un viaje. Peter se percata enseguida y quiere tirarse de la litera.

—¡Yo me quedo aquí!

Le obligan a tenderse de nuevo. Grita débilmente con su pulmón acribillado:

—¡No quiero ir a la habitación de la muerte!

—¡Pero si te llevamos a la sala de curas!

—Entonces, ¿para qué queréis la guerrera?

No puede seguir hablando. Ronco, agitado, murmura:

—Quiero quedarme aquí.

Se lo llevan sin responderle. Antes de llegar a la puerta, intenta incorporarse. Su cabeza, de pelo negro ensortijado, vacila; tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¡Volveré! ¡Volveré! —grita.

La puerta se cierra tras él. Todos estamos conmovidos, pero callamos. Por fin, Josef dice:

—Muchos han dicho lo mismo. Pero una vez allí, revientan.

Me operan y paso dos días vomitando. Mis huesos no quieren soldarse, según dice el ayudante del médico. A otros se les han soldado mal y han tenido que volver a rompérselos. Es un desastre.

Entre los recién llegados hay dos soldados jóvenes con los pies planos. Durante la visita, el médico jefe los descubre y se detiene ante ellos encantado.

—Eso lo arreglaremos —dice—. Os haremos una pequeña operación y los pies os quedarán sanos. Tome nota, hermana.

Cuando se marcha, Josef, que está enterado de todo, les advierte:

—No os dejéis operar. Es tan sólo una manía de sabio que tiene el viejo. Se entusiasma como un loco en cuanto ve a alguien así. Os operará los pies, y ya no los tendréis planos, pero os quedarán zambos y toda vuestra vida tendréis que andar con muletas.

—¿Qué podemos hacer?

—Negaos. Estáis aquí para que os curen las heridas, y no los pies planos. ¿No los teníais así en el frente? ¡Pues ya está! Ahora aún podéis andar, pero si os atrapa el bisturí del viejo, quedaréis tullidos para siempre. Necesita conejillos de Indias para sus experimentos. Por eso la guerra le parece magnífica, como a todos los médicos. Echad un vistazo a la sala de abajo: hay una docena de tipos a quienes ha operado. Algunos hace años que están allí, desde el catorce o el quince. Ninguno anda mejor que antes. Casi todos andan peor y la mayoría con las piernas enyesadas. Cada seis meses los atrapa de nuevo y les rompe los huesos otra vez, asegurándoles que en esa ocasión la operación tendrá éxito. Id con cuidado; si os negáis, no podrá hacer nada.

—Muchacho —dice uno de ellos con voz cansada—, mejor los pies que la cabeza. ¿Sabes qué te puede pasar si vuelves al frente? Mientras pueda regresar a casa, que me hagan lo que quieran. Es preferible ser zambo que estar muerto.

El otro, de nuestra edad, no quiere que le operen. A la mañana siguiente el viejo los manda llamar y les habla y amenaza hasta que acceden. ¡Qué otra cosa podían hacer! No son más que unos pobres reclutas, y él es un pez gordo. Regresan

escayolados y anestesiados.

Albert no mejora. Vienen a buscarle para amputar. Le cortan la pierna entera. Ahora apenas habla. Un día dice que, cuando le sea posible coger su revólver, se pegará un tiro.

Llega otro tren. Dos ciegos se instalan en nuestra sala. Uno de ellos, muy joven, es músico. Las enfermeras no traen nunca cuchillo cuando le sirven la comida, ya que una vez se lo arrebató a una de ellas. A pesar de esa precaución, se produce un incidente. Por la noche, mientras le dan de cenar, llaman a la hermana desde otra sala y ella, antes de salir, deja el plato y el tenedor encima de la mesita. Él busca a ciegas el tenedor, lo ase firmemente y se lo clava con fuerza en el corazón; luego coge un zapato y golpea el mango con todas sus fuerzas. Pedimos auxilio y hacen falta tres hombres para arrancarle el tenedor del pecho, de tan profundamente como habían penetrado las púas. Pasa la noche insultándonos y nadie puede pegar ojo. Por la mañana sufre una violenta crisis nerviosa.

Vuelven a quedar camas libres. Los días transcurren entre dolores, angustias, gemidos y agonías. La habitación de la muerte ya no basta; le faltan camas. Por la noche hay quien muere incluso en nuestra sala; las muertes van más deprisa que las enfermeras.

Sin embargo, un día se abre bruscamente la puerta de la sala y entra Peter tendido en una camilla, pálido y demacrado, pero triunfante con su pelo negro ensortijado. La hermana Libertine, con el rostro radiante, lo conduce a su antigua cama. Ha vuelto de la habitación de la muerte. Le dábamos por muerto hacía tiempo.

Mira a su alrededor.

—¿Qué os parece?

Y el mismo Josef tiene que reconocer que es la primera vez que ve nada parecido.

Con el tiempo algunos de nosotros empezamos a levantarnos. También a mí me dan dos muletas para cojear de un lado a otro. Pero las utilizo poco. No puedo soportar la mirada de Albert mientras paseo por la sala. ¡Sus ojos son tan extraños! Por eso, algunas veces me escapo al pasillo, donde puedo moverme con más libertad.

En el piso de abajo están los heridos en el vientre, en la columna vertebral y en la cabeza y los amputados de dos miembros. En el ala derecha, los heridos en los maxilares, la nariz, las orejas y la garganta y los afectados por los gases. En el ala izquierda, los ciegos, los heridos en el pulmón, en la pelvis, en las articulaciones, en los riñones, en los testículos y en el estómago. Aquí uno se da cuenta de en cuántos lugares puede ser herido un hombre.

Dos enfermos mueren de tétanos. La piel se les pone lívida, los miembros rígidos,

y durante mucho tiempo sólo los ojos parecen vivos. Hay algunos con el miembro herido suspendido en el aire en una especie de horca, mientras debajo, en el suelo, una palangana recoge el pus que gotea de la herida. Cada dos o tres horas vacían el recipiente. Otros llevan vendajes extensores con grandes pesas colgando de su cama. Veo heridas en los intestinos llenas de excrementos. El ayudante del médico me muestra radiografías de rodillas, omoplatos y caderas completamente astillados.

Resulta incomprensible que en unos cuerpos destrozados de tal modo se sostengan todavía rostros humanos en los que la vida sigue latiendo. Y eso en un solo hospital, en una sola planta. Los hay a miles en Alemania, a miles en Francia, a miles en Rusia. ¡Qué inútil debe ser todo lo que se ha escrito, hecho o pensado en el mundo, cuando todavía es posible que suceda algo semejante! Forzosamente todo debe ser mentira, todo debe ser fútil si la cultura de miles de años ni siquiera ha podido impedir que se derramaran esos torrentes de sangre ni que existieran esas cárceles de dolor y sufrimiento. Sólo un hospital muestra verdaderamente lo que es la guerra.

Soy joven, tengo veinte años, pero no conozco de la vida más que la desesperación, el miedo, la muerte y el tránsito de una existencia llena de la más absurda superficialidad a un abismo de dolor. Veo a los pueblos lanzarse unos contra otros, y matarse sin rechistar, ignorantes, enloquecidos, dóciles, inocentes. Veo a los más ilustres cerebros del mundo inventar armas y frases para hacer posible todo eso durante más tiempo y con mayor refinamiento. Y, al igual que yo, se dan cuenta de ello todos los jóvenes de mi edad, aquí y entre los otros, en todo el mundo; conmigo lo está viviendo toda mi generación. ¿Qué harán nuestros padres si un día nos levantamos y les exigimos cuentas? ¿Qué esperan que hagamos cuando llegue una época en la que no haya guerra? Durante años enteros nuestra tarea ha sido matar; éste ha sido el primer oficio de nuestras vidas. Nuestro conocimiento de la vida se reduce a la muerte. ¿Qué más puede suceder después de esto? ¿Y qué será de nosotros?

El más viejo de nuestra sala es Lewandowski. Tiene cuarenta años y hace ya diez meses que está en el hospital con una grave herida en el vientre. Ha sido en estas últimas semanas que ha mejorado lo bastante para poder cojear un poco, encorvado, por la sala.

Lleva unos días inquieto. Su mujer le ha escrito, desde Polonia, que ha podido reunir el dinero suficiente para poder pagarse el viaje y venir a verle.

Ya está en camino y puede llegar cualquier día de éstos. Lewandowski no prueba bocado. Incluso nos cede la salchicha con coles después de darle unos mordiscos. Se mueve arriba y abajo constantemente con la carta en la mano. Todos la hemos leído una docena de veces, y ya no recuerdo en cuántas ocasiones hemos examinado el sello. Apenas se leen ya las letras entre las huellas de dedos y las manchas de grasa.

Al fin sucede lo inevitable, a Lewandowski le sube la fiebre y tiene que volver a la cama.

Hace dos años que no ha visto a su mujer. Entretanto, ella ha tenido un niño. Lo trae consigo. Sin embargo, lo que preocupa a Lewandowski es otra cosa.

Creía poder obtener autorización para salir cuando llegara su mujer. Ya que eso de verse está muy bien, pero cuando uno vuelve a ver a su mujer después de tanto tiempo, lo que quiere, a ser posible, es otra cosa.

Lewandowski ha hablado de ello con todos nosotros durante horas enteras; en el ejército no tenemos secretos en torno a ese tema, y nadie ha puesto ningún pero. Los que ya pueden salir a la calle le han indicado algunos rincones propicios en la ciudad; paseos y parques donde podrán hacerlo sin que les molesten. Incluso alguien sabe de una pequeña habitación.

Pero, ¿de qué le sirve ahora esa información? Lewandowski ha tenido que volver a la cama y está preocupado. Si tiene que privarse de ello, ya nada le importa. Intentamos consolarle y le prometemos arreglarlo de algún modo.

Al día siguiente, por la tarde, llega su mujer; una mujer menuda y marchita con ojillos de pájaro asustado que lleva una especie de manteleta negra llena de cintas y lazos. Sabe Dios de dónde habrá heredado esa prenda.

Murmura algo en voz baja y permanece tímidamente en la puerta, asustada al ver a seis hombres hechos y derechos.

—Vamos, Marja —dice Lewandowski, y parece atragantarse con las palabras—. Entra sin miedo, no te harán nada.

La mujer entra y nos estrecha la mano a todos. Luego nos enseña al niño que, mientras, se ha ensuciado en los pañales. Abre una gran bolsa bordada con lentejuelas y saca un pañal limpio con el que envuelve hábilmente al pequeño. Con esto parece haber superado su azoramiento, y marido y mujer empiezan a charlar.

Lewandowski está muy nervioso. Nos mira a cada momento con sus ojos saltones y una honda expresión de infelicidad.

La hora es propicia. El médico ya nos ha visitado. Sólo alguna que otra monja podría asomar la nariz por la sala. Por eso uno de nosotros sale a espiar al pasillo. Vuelve y asiente con un gesto:

—No se ve ni un alma. Ahora díselo, Johann, y terminad de una vez.

Hablan en su idioma. La mujer nos mira ruborizada. Sonreímos amistosamente, haciendo con la mano un gesto como queriendo decir: «¡No pasa nada! ¡Al diablo los prejuicios! Estaban bien en otra época; aquí tenemos al carpintero Johann Lewandowski, soldado herido, y a su lado, su mujer. ¡Quién sabe cuándo volverán a verse! ¡Quiere poseerla y la poseerá, así de claro!».

Dos hombres se colocan ante la puerta para detener a las monjas y entretenerlas si por casualidad se empeñasan en entrar. Vigilarán por lo menos un cuarto de hora.

Lewandowski sólo puede acostarse sobre un lado. Por esa razón le colocamos unas almohadas en la espalda. Albert se hace cargo del niño; los demás nos volvemos; la manteleta negra desaparece debajo del cobertor y nos ponemos a jugar a cartas hablando en voz alta de cualquier cosa.

Todo va bien. Tengo en las manos una jugada pésima, pero quizá mejore. De ese modo llegamos casi a olvidar a Lewandowski. Al cabo de un rato, el niño se echa a llorar, aunque Albert lo mece desesperadamente. Luego oímos un leve crujido, un leve rumor, y cuando levantamos la cabeza, vemos que el niño ya tiene el biberón en la boca y está con su madre. La cosa ha funcionado.

Ahora nos sentimos como una gran familia. La mujer está muy animada y Lewandowski, empapado en sudor, nos sonríe desde su cama.

Vacía la bolsa bordada y aparecen unas excelentes salchichas. Lewandowski coge el cuchillo como si fuera un ramo de flores y corta el embutido en pedazos. Con gesto magnánimo hace un gesto en nuestra dirección y la marchita mujer nos reparte las porciones entre sonrisas. En esos momentos incluso me parece bonita. La llamamos «mamá» y ella, contenta, nos ahueca las almohadas.

Al cabo de unas semanas empiezo a ir cada mañana al instituto Zander, donde me sujetan la pierna a un aparato que me obliga a moverla. El brazo ha sanado hace tiempo.

Van llegando más convoyes del frente. Las vendas ya no son de tela, sino de papel blanco rizado. En el frente escasea el tejido para las vendas.

El muñón de Albert sana bien. La herida ya está casi completamente cerrada. Dentro de unas semanas tendrá que trasladarse a la sección de prótesis. Sigue hablando poco y se ha vuelto mucho más serio que antes. A menudo se interrumpe en medio de una conversación y se queda mirando fijamente el vacío. Si no estuviera con nosotros, se habría suicidado hace tiempo. Sin embargo, ya ha superado el período más difícil. A veces nos mira mientras jugamos a las cartas.

Obtengo un permiso de convalecencia.

Mi madre no quiere dejarme marchar. ¡Está tan débil! Todo ha sido mucho peor que la última vez.

Después, me reclaman del regimiento y tengo que regresar al frente.

Me resulta doloroso despedirme de mi amigo Albert Kropp. Pero en el ejército aprendes con el tiempo a superar esas cosas.

## XI

Ya no contamos las semanas. Era invierno cuando llegué, y al estallar las granadas, los terrones helados eran casi tan peligrosos como la metralla. Ahora los árboles han reverdecido. Nuestra vida oscila entre el frente y los barracones. En parte ya estamos acostumbrados; una de las causas de muerte es la guerra, como lo es el cáncer o la tuberculosis, la gripe o la disentería. Sólo que los casos mortales se dan con más frecuencia y el modo de morir es más variado y más cruel.

Nuestros pensamientos son como barro que va moldeando el transcurso de los días: agradables cuando descansamos y mortales mientras permanecemos bajo el fuego. Hay campos llenos de cráteres tanto en el exterior como en nuestro interior.

A todos les sucede lo mismo, no sólo a nosotros. No existe el pasado, nadie recuerda a ciencia cierta cómo era. Las diferencias creadas por la cultura y la educación casi se han borrado, apenas resultan perceptibles. A veces proporcionan alguna ventaja a la hora de aprovechar una situación, pero a menudo conllevan inconvenientes, pues suscitan escrúpulos que ya se deberían haber superado. Es como si antes todos hubiéramos sido monedas de distintos países; la guerra las ha fundido, y ahora todas llevan el mismo cuño. Para encontrar diferencias debe acudirse al material de base. Somos ante todo soldados, y luego, de un modo extraño y vergonzoso, individuos.

Existe entre nosotros un gran sentimiento de fraternidad que, de una manera singular, reúne algo de la camaradería de las canciones populares, del sentimiento solidario de los presidiarios y del desesperado auxilio mutuo de los condenados a muerte; una fraternidad que lo funde todo y se convierte en el centro de nuestra existencia, que incluso en medio del peligro está por encima de la angustia y de la desesperación de la muerte y se adueña rápidamente de las horas rescatadas para la vida, sin que en todo ello halle lugar el patetismo. Si quisiéramos definirla, diríamos que se trata de heroísmo y trivialidad al mismo tiempo; pero, ¿a quién le preocupa eso?

Por eso cuando se anuncia una ofensiva Tjaden engulle a toda prisa su sopa de guisantes con tocino, porque ignora si dentro de una hora seguirá vivo. Hemos discutido mucho sobre si eso es bueno o malo. Kat desaprueba esa conducta porque según él es preciso contar con la eventualidad de recibir un balazo en el vientre, lo que resulta mucho más peligroso con el estómago lleno que vacío.

Nuestros problemas son de esa índole, y naturalmente nos los tomamos muy en serio. La vida, aquí en la frontera de la muerte, es extraordinariamente simple, se limita a lo estrictamente necesario; el resto permanece dormido. En eso radica nuestro primitivismo y nuestra salvación. Si nos comportáramos de otro modo, habríamos enloquecido, desertado o perecido hace tiempo. Como en una expedición a las tierras

polares, toda manifestación vital tiene que reducirse únicamente a conservar la existencia y debe forzosamente orientarse en ese sentido. El resto está de más, ya que consumiría energías inútilmente. Es el único modo de salvarnos, y a menudo no me reconozco a mí mismo cuando en las horas de descanso el reflejo misterioso del pasado me revela, como en un espejo empañado, el contorno de mi actual existencia; entonces me admira que esa inefable actividad que conocemos por vida haya podido adaptarse incluso a esa forma. Todas las demás manifestaciones están sumidas en un sueño letárgico; la vida no es más que un constante estado de alerta contra la amenaza de la muerte, que nos ha convertido en bestias pensantes para concedernos el arma del instinto; ha embotado nuestra sensibilidad para que no desfallezcamos ante el horror que, con la conciencia lúcida, nos aniquilaría; ha despertado en nosotros el sentido de camaradería a fin de librarnos del abismo del aislamiento; nos ha dotado con la indiferencia de los salvajes para que, a pesar de todo, podamos encontrar siempre el elemento positivo y nos sea posible conservarlo como defensa contra los ataques de la nada. De este modo vivimos una existencia aislada y difícil, de extrema superficialidad, y sólo de vez en cuando un acontecimiento hace saltar algunas chispas de nuestro interior. Pero entonces se levanta en nosotros una enorme llamarada de terrible anhelo.

Ésos son los momentos de peligro, que nos demuestran que la adaptación sólo es artificial; que no se trata de verdadera serenidad, sino de una potente tendencia a la serenidad. En la forma de vida externa no nos diferenciamos apenas de los negros de la selva; pero mientras ellos pueden permanecer siempre así porque es su estado natural y seguirán desarrollándose por el esfuerzo de sus facultades, en nosotros sucede lo contrario: nuestras fuerzas interiores están obligadas, no a un desarrollo, sino a una regresión. Ellos son libremente normales; nosotros, forzosamente artificiales.

Y por la noche, al despertar de un sueño hallándonos a merced del agradable torrente de visiones que nos inunda, sentimos con terror la fragilidad del soporte y la debilidad del muro que nos separa de las tinieblas. Somos llamitas mal protegidas por delgadas paredes contra la tempestad del aniquilamiento y de la locura en la que oscilamos y algunas veces casi nos extinguimos. Luego, el sordo rumor de la lucha es como un anillo que nos rodea; nos acurrucamos dentro de nosotros mismos, y con los ojos muy abiertos, contemplamos la noche. Como único consuelo, la respiración de nuestros camaradas dormidos. Así esperamos el amanecer.

Cada día y cada hora, cada granada y cada muerte, van royendo ese frágil soporte, y los años lo desgastan rápidamente. Me doy cuenta de que, poco a poco, va desmoronándose a mi alrededor.

Como ejemplo, la absurda historia de Detering.



Era uno de los más encerrados en sí mismos. Su desgracia vino de haber visto, en un huerto, un cerezo florido. Precisamente regresábamos del frente, y al dar un rodeo para llegar al nuevo campamento, el cerezo apareció ante nosotros a la luz del amanecer. No conservaba ni una sola hoja; era un espeso ramillete de flores blancas.

Por la noche echamos en falta a Detering. Compareció por fin con una rama de cerezo florido en la mano. Nos burlamos de él preguntándole si iba a pedir la mano de su novia. No nos respondió y se acostó enseguida. A medianoche le oí removerse; según parecía, preparaba el equipaje. Me olí un desastre y me acerqué a él. Aparentó no darse cuenta, y entonces le dije:

—No hagas tonterías, Detering.

—¿Qué dices? Es que no puedo dormir...

—Entonces, ¿por qué has ido a coger las ramas de cerezo?

—¡Creo que puedo ir a coger lo que me venga en gana! —replicó obstinado.

Y al cabo de un rato, añadió:

—En casa tengo un gran huerto con cerezos; cuando florecen, si te los miras desde el pajar, parecen una sábana muy blanca. Ahora es la época.

—Quizá pronto te den permiso. O te licencien temporalmente por ser campesino...

Asiente con la cabeza, pero está ausente. Cuando esos campesinos se sienten trastornados, su rostro adopta una extraña expresión, mezcla de vaca y de dios melancólico, estúpida y conmovedora a un tiempo. Para distraerle de sus pensamientos, le pedí un trozo de pan, y me lo dio sin replicar. Era una mala señal, ya que normalmente es muy mezquino. Por eso me quedé despierto. Pero no sucedió nada, y a la mañana siguiente volvía a estar como siempre.

Probablemente se ha dado cuenta de que le observaba. Sin embargo, al cabo de dos días desaparece. Me doy cuenta enseguida, pero no digo nada para concederle más tiempo. Quizá logre escapar. Algunos han conseguido penetrar en Holanda.

Al pasar lista se nota su ausencia. Al cabo de una semana oímos decir que ha sido detenido por los guardias rurales, esos despreciables policías militares. Había tomado la dirección de Alemania —cosa que naturalmente no tenía ninguna perspectiva de éxito— y había actuado en todo momento con gran imprudencia. Cualquiera podía darse cuenta de que su huida se debió a una invencible nostalgia y a un ofuscamiento pasajero. Pero, ¿qué saben de eso los miembros del consejo de guerra, a cien kilómetros del frente? No hemos sabido nada más de Detering.

A veces, sin embargo, los peligrosos sentimientos que reprimimos desde hace tiempo estallan de uno u otro modo como calderas recalentadas. Es preciso contar también el fin que tuvo Berger.

Hace ya tiempo que nuestras trincheras han sido destruidas y nuestro frente es

muy elástico, de forma que propiamente ya no hacemos guerra de posiciones. Cuando se han sucedido ofensivas y contraataques, el frente queda destrozado y se combate encarnizadamente de cráter en cráter. La primera línea ha quedado rota, y por todas partes surgen grupos de soldados, en cada agujero hay verdaderos nidos, y desde allí continúa la lucha.

Nos hallamos en un cráter. Por el flanco avanzan los ingleses, que consiguen desplegarse y situarse a nuestra retaguardia. Quedamos rodeados. Es difícil rendirse; la niebla y el humo nos cubren y nadie se daría cuenta de que queremos capitular; quizá no queremos rendirnos. En esos momentos, ni uno mismo sabe lo que quiere. Oímos acercarse las explosiones de las granadas. Nuestra ametralladora dispara contra el semicírculo frontal. El agua del refrigerador se evapora y nos apresuramos a pasarnos el bidón de uno a otro; orinamos dentro y así volvemos a disponer de refrigerante para seguir disparando. Sin embargo, a nuestra espalda, se aproximan los estallidos. Unos minutos más y estaremos perdidos.

De pronto, otra ametralladora empieza a disparar furiosamente en otro cráter muy cerca de nosotros. Es Berger quien ha ido por ella, y ahora un contraataque que se inicia delante de nosotros nos libera y nos pone en contacto con las líneas de segundo término.

Cuando nos encontramos ya bastante protegidos, uno de los que ha ido a buscar la comida explica que a unos metros de distancia hay un perro mensajero herido tendido en el suelo.

—¿Dónde está? —pregunta Berger.

El otro se lo indica. Berger sale para salvar al animal o para rematarlo. Hace sólo medio año no se hubiera molestado por eso; habría tenido más sentido común. Intentamos retenerlo, pero como está decidido no podemos hacer más que llamarle loco y dejarle hacer; esos ataques de delirio del frente son peligrosos si no se consigue derribar enseguida al afectado y mantenerlo bien sujeto. Y Berger mide un metro ochenta y es el más fuerte de toda la compañía.

Sin duda se ha vuelto loco, porque tiene que atravesar la zona de fuego. Pero le ha alcanzado el rayo que siempre nos acecha y le ha trastornado. A otros les da por gritar furiosamente y correr como poseídos. En una ocasión, uno de nosotros intentó enterrarse en el suelo valiéndose de las manos, los pies y la boca.

Claro que a menudo esas cosas se fingen, pero el hecho de fingirlas es ya un síntoma. Encontramos a Berger, que quería salvar a un perro, con un tiro en la pelvis, y uno de los hombres que lo transportaban fue herido en la pantorrilla.

Müller ha muerto. Le han disparado a quemarropa en pleno vientre. Todavía ha vivido media hora con plena conciencia y presa de terribles dolores. Antes de morir me ha entregado su cartera y me ha legado sus botas, las mismas que heredó de Kemmerich. Me van bien, y me las quedo. Después de mí, las heredaré Tjaden. Se lo

he prometido.

Nos han permitido enterrar a Müller, pero no descansará en paz demasiado tiempo. Nuestras líneas retroceden. En el frente hay demasiados regimientos ingleses y americanos de refuerzo, demasiado «corned-beef» y demasiada harina de trigo. Y demasiados cañones nuevos. Demasiados aviones.

Nosotros, por el contrario, estamos flacos y hambrientos. La comida es mala y tan adulterada para que resulte más abundante que incluso enfermamos. Los fabricantes alemanes se han enriquecido, pero a nosotros la disentería nos corroe los intestinos. Las letrinas están constantemente llenas de hombres en cucullas. Deberían mostrarles a nuestros compatriotas esos rostros grisáceos, miserables, vencidos, esos cuerpos doblegados a los que el cólico roba la sangre del cuerpo y que, con labios crispados y temblorosos de dolor, no pueden más que remedar una sonrisa y decir:

—No vale la pena volver a subirse los pantalones.

Nuestra artillería está acabada. No dispone de suficiente munición. Los tubos de los cañones están tan gastados que disparan con escasa precisión, a menudo sobre nuestras líneas.

No disponemos de suficientes caballos. Nuestras tropas de refresco son muchachitos anémicos que necesitan tratamiento médico, que ni siquiera pueden cargar con la mochila y sólo saben morir. A millares. No saben nada de la guerra. Lo único que saben hacer es avanzar y dejarse fusilar. Un aviador solitario se divirtió tumbando a dos compañías enteras cuando acababan de bajar del tren, antes de que los muchachos supieran lo que significa cubrirse.

—Alemania pronto quedará vacía —dice Kat.

No nos quedan ya esperanzas de que esto pueda terminar nunca. Ni lo imaginamos siquiera. Puedes recibir un balazo y morir, pueden herirte y entonces el hospital es tu siguiente destino.

Si no te amputan, más pronto o más tarde caes en las zarpas de uno de esos médicos militares con una cruz por méritos de guerra que exclama: «¡Cómo! ¿Por una pierna algo más corta que la otra? En el frente no es necesario correr si se tiene valor. Este hombre es útil. ¡Retírese!».

Kat nos cuenta una de las anécdotas que circulan por todo el frente, desde los Vosgos hasta Flandes; la del médico militar que va cantando los nombres de un registro y a medida que los hombres van saliendo en fila, dice sin siquiera mirárselos: «Útil. Necesitamos soldados en el frente». En esas nombra a uno que lleva una pierna de madera y el médico repite: «Útil».

—Y entonces —dice Kat subiendo la voz—, el hombre contesta: Yo ya llevo una pierna de madera, pero si vuelvo al frente y me vuelan la cabeza, haré que me pongan una de madera y me haré médico militar.

Esa respuesta nos satisface en lo más hondo.

Puede que haya buenos médicos, sin duda muchos lo son; pero a lo largo del centenar de reconocimientos que todo soldado debe sufrir, una vez u otra tiene que caer en las garras de esos fabricantes de héroes que se esfuerzan continuamente en transformar en útiles para el frente el mayor número posible de inútiles totales o temporales.

Circulan muchas anécdotas parecidas. La mayor parte más amargas incluso. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con la rebelión ni con la indisciplina, son historias honestas que llaman a las cosas por su nombre; hay mucha mentira, mucha injusticia y mucha vileza en el ejército. ¿No resulta increíble que, a pesar de todo, regimiento tras regimiento acepten ir a una lucha cada vez más inútil y que se sucedan las ofensivas con una línea que va retrocediendo y haciéndose pedazos?

Los tanques, de los que antes nos reíamos, se han convertido en un arma terrible. Se acercan con su blindaje, avanzando en largas hileras, y para nosotros representan, más que cualquier otra cosa, todo el horror de la guerra.

Los cañones que nos bombardean sin cesar no los vemos; las líneas ofensivas del enemigo se componen de hombres como nosotros; pero esos tanques son máquinas, sus cadenas avanzan interminables, como la guerra; son la viva imagen del exterminio mientras descienden implacables al fondo de los cráteres y vuelven a asomar, irresistibles, verdadera flota de acorazados, aullando y escupiendo fuego; invulnerables bestias de acero que aplastan a muertos y heridos... Ante ellos nos encogemos dentro de nuestra delgada piel; frente a su colosal empuje, nuestros brazos se convierten en briznas de paja, nuestras granadas de mano en cerillas.

Granadas. Gases. Tanques... Triturar. Devorar. Morir.

Disentería. Gripe. Tifus... Ahogar. Calcinar. Morir.

Trinchera. Hospital. Fosa común... No existen más posibilidades.

Bertinck, el comandante de nuestra compañía, cae en una ofensiva. Era uno de esos magníficos oficiales que va siempre delante en los momentos de peligro. Llevaba dos años con nosotros y nunca había sido herido; alguna vez tenía que tocarle. Estamos dentro de un cráter, rodeados por el enemigo. Junto al olor de la pólvora nos llega una fetidez de aceite o petróleo. Divisamos dos hombres con un lanzallamas; uno lleva el depósito a la espalda, el otro sostiene la manga que escupe el fuego. Si logran acercarse lo suficiente, estamos fritos, ya que precisamente ahora no podemos retroceder.

Les disparamos. Pero a pesar de todo consiguen aproximarse y la cosa empieza a ponerse fea. Bertinck está con nosotros en el cráter. Al darse cuenta de que no les acertamos porque bastante trabajo nos cuesta cubrirnos ante el fuego enemigo, toma un fusil, se arrastra fuera del cráter, se tiende apoyándose en los codos, apunta... y dispara. En ese momento una bala le alcanza. Le han herido. Pero él apunta de nuevo.

Por un instante baja el fusil y luego consigue ponerlo en posición. Por fin suena el disparo. Bertinck suelta despacio el fusil y dice:

—Listo.

Y se deja caer dentro del cráter. De los dos hombres del lanzallamas, el de detrás ha caído herido. Al otro se le escapa la manga del lanzallamas; el fuego se extiende por todas partes y el hombre arde.

Bertinck ha recibido una bala en el pecho. Al cabo de un rato, un trozo de metralla le destroza el mentón. El mismo pedazo tiene todavía fuerza para abrirle a Leer un enorme agujero en la cadera. Leer gime, se apoya sobre los brazos y se desangra rápidamente. Nadie puede ayudarle. Al cabo de unos minutos, se desploma como un pellejo vacío. ¿De qué le ha servido ser tan buen matemático en la escuela?

Pasan los meses. El verano de 1918 es el más sangriento y el más difícil. Los días parecen suspendidos como inasequibles ángeles de oro y azul sobre el círculo de aniquilamiento. Todos sabemos que vamos a perder la guerra. No hablamos mucho de ello. Retrocedemos: tras esta gran ofensiva, no podremos volver a atacar; ya no nos quedan soldados ni munición.

Pero la campaña continúa. La muerte continúa.

Verano de 1918. Jamás la vida, bajo su forma más mezquina, nos ha parecido tan deseable como ahora; las amapolas rojas de los prados que rodean nuestros barracones; los brillantes escarabajos en los tallos de hierba; los cálidos atardeceres en las frescas habitaciones en penumbra; los negros y misteriosos árboles del crepúsculo; las estrellas y el lento fluir del agua; los sueños y el largo reposo... ¡Oh, vida, vida, vida!

Verano de 1918. Jamás se ha soportado tanto, en silencio, en el momento de partir hacia el frente. Los acuciantes rumores de armisticio y de paz corren por todas partes, trastornan como nunca nuestros corazones y nos hacen más difícil que nunca marchar al frente.

Verano de 1918. Jamás la vida del frente ha sido tan amarga ni tan cruenta como en los bombardeos, cuando los rostros lívidos se aprietan contra el barro y las manos se crispan en un solo: «¡No! ¡No! ¡En el último momento, no! ¡Ahora no!».

Verano de 1918. Brisa de esperanza que sopla sobre los campos calcinados, fiebre furiosa de impaciencia, de decepción, de dolorosa convulsión de muerte, de pregunta sin respuesta. ¿Por qué? ¿Por qué no se termina? ¿Y por qué corren esos rumores sobre el fin de la guerra?

Hay tantos aviones en este sector, y tienen tanta puntería, que cazan a los soldados como a liebres. Por cada avión alemán, hay como mínimo cinco ingleses y

americanos. Por cada soldado alemán hambriento y extenuado en la trinchera, hay cinco vigorosos y descansados en el lado contrario. Por cada pan de munición alemán, los de enfrente disponen de cincuenta latas de carne en conserva. No nos han vencido, porque, como soldados, somos mejores y más experimentados; simplemente nos han aplastado y nos han obligado a retroceder gracias a su enorme superioridad numérica.

Ha llovido durante algunas semanas; cielo gris, tierra gris que se deshace en el agua, muerte gris. Cuando los camiones nos llevan al frente, la humedad penetra a través de los capotes y los uniformes y persiste mientras permanecemos en las trincheras. Nunca terminamos de secarnos. Los que todavía llevan botas, se las taponan por arriba con tela de sacos para que el lodo tarde más en entrar. Los fusiles se encasquillan, los uniformes se cubren de una costra de barro, todo está inundado, la tierra se convierte en una masa aceitosa, empapada, chorreante, llena de charcos amarillentos en los que flotan espirales rojos de sangre y donde los muertos, los heridos y los supervivientes van hundiéndose lentamente.

La tempestad azota nuestras cabezas. El granizo de metralla arranca de esa turbia masa amarilla y grisácea los gritos infantiles de los heridos, y por las noches, la vida destrozada le gime penosamente al silencio.

Nuestras manos se han convertido en tierra, nuestros cuerpos en fango, nuestros ojos en charcos de lluvia. No sabemos si todavía estamos vivos.

Más adelante, el calor se abate sobre los cráteres, pegajoso y húmedo como una medusa; y unos de esos últimos días veraniegos, al ir en busca de víveres, Kat cae herido. Estamos solos. Le vendo la herida; parece que le han destrozado la tibia. Le han dado en el hueso, y Kat gime desesperadamente.

—¡Precisamente ahora! ¡Precisamente ahora!

Le consuelo.

—Quién sabe lo que durará el jaleo todavía. Tú, de momento, te has salvado.

La herida empieza a sangrar en abundancia, y Kat no puede quedarse solo mientras voy a por una camilla. Por otra parte, el puesto de socorro no debe de quedar tan cerca.

Kat no pesa mucho. Así pues, me lo cargo a la espalda y me dirijo al puesto de socorro.

Descansamos dos veces. El transporte le produce fuertes dolores. Apenas hablamos. Me he desabrochado la guerrera y respiro con fuerza; sudo y tengo el rostro hinchado por el esfuerzo. A pesar de todo le meto prisa a Kat porque el sitio es peligroso.

—¿Seguimos, Kat?

—No hay más remedio, Paul.

—Vamos, pues.

Lo levanto. Se sostiene sobre la pierna sana y se apoya en un árbol. Entonces le paso el brazo por debajo de las piernas y lo alzo con precaución.

El camino se hace más difícil. De vez en cuando silba una granada. Avanzo lo más aprisa posible, pues la sangre de la herida de Kat va goteando en el suelo. Apenas si conseguimos protegernos de las explosiones porque antes de que podamos cubrirnos ya han pasado de largo.

Nos metemos en un pequeño cráter para descansar un poco. Le doy a Kat té de mi cantimplora y fumamos un cigarrillo.

—Bueno, Kat —digo con melancolía—, ahora tendremos que separarnos.

Me observa en silencio.

—¿Te acuerdas de cuando requisamos aquel ganso? ¿Y de cuando me librate de aquel jaleo el día que, siendo todavía un pobre recluta, me hirieron por primera vez? En esa época aún lloraba como un crío. Hace casi tres años, Kat.

Asiente con un gesto.

El miedo a quedarme solo me domina. Cuando se hayan llevado a Kat, no me quedará ya ningún amigo.

—Kat, tenemos que volver a vernos sin falta si llega la paz antes de que tú regreses.

—¿Crees que con el hueso así volverán a declararme útil? —pregunta amargamente.

—Haciendo reposo se te curará bien. La articulación está intacta. Te lo arreglarán.

—Dame un cigarrillo —me dice.

—Quizá todavía podamos hacer algo juntos más adelante, Kat.

Me siento muy triste. Es imposible que Kat —mi amigo Kat, el de los hombros caídos y el bigotito ralo; Kat, a quien conozco de forma muy distinta a cualquier otra persona; Kat, con quien he convivido estos años—, es imposible que no vuelva a ver a Kat.

—Por si acaso, dame tu dirección, Kat; para cuando vuelva a casa. Yo te anotaré la mía.

Me guardo el papel en el bolsillo. ¡Qué abandonado me siento ya, a pesar de que todavía está a mi lado! ¿Y si me disparara una bala en el pie, para poder quedarme junto a él?

De pronto, Kat profiere un gemido y palidece.

—Vámonos —musita.

Me levanto de un salto, febrilmente, para ayudarle. Me lo cargo a la espalda y empiezo a correr a un ritmo moderado para que no se le bambolee demasiado la pierna.

Tengo la garganta seca; lucecitas rojas y negras bailan ante mis ojos cuando llego por fin al puesto de socorro con los dientes apretados, sin permitirme un nuevo

descanso.

Una vez allí se me doblan las rodillas, pero todavía me quedan fuerzas para caer del lado en que Kat tiene la pierna sana. Al cabo de unos minutos me incorporo lentamente. Las piernas y las manos me tiemblan con violencia; a duras penas puedo coger la cantimplora para beber un trago. Los labios también me tiemblan. Sin embargo, sonrío... Kat está a salvo.

Al poco rato empiezo a distinguir la confusa mezcla de voces que llega a mis oídos.

—Podías haberte ahorrado el trabajo —dice el enfermero.

Le miro sin comprender. Señala a Kat.

—Está muerto.

No le comprendo.

—Pero si sólo tiene una bala en la tibia... —le respondo.

El enfermero se queda inmóvil.

—Sí, eso también...

Me doy la vuelta. Todavía tengo los ojos turbios: el sudor vuelve a empaparme, y me resbala por los párpados. Me seco el rostro y miro a Kat. Está caído, inmóvil.

—¡Se ha desmayado! —digo rápidamente.

El enfermero silba en voz baja.

—De eso entiendo más que tú. Está muerto. Me apuesto lo que quieras.

Niego con la cabeza.

—¡Imposible! Hemos hablado hace sólo diez minutos. Se ha desmayado.

Kat aún tiene las manos calientes; lo levanto por los hombros para darle una fricción con té. Noto que mis dedos se humedecen. Al retirarlos de detrás de su cabeza, me doy cuenta de que están llenos de sangre. El enfermero vuelve a silbar entre dientes.

—¿Lo ves, hombre?

Sin que yo me diera cuenta, por el camino un trozo de metralla le ha dado en la cabeza.

Sólo se ve un pequeño agujero; ha debido de ser un trozo minúsculo. Pero ha sido suficiente. Kat ha muerto.

Me levanto lentamente.

—¿Quieres llevarte sus cosas y su cartilla? —pregunta el cabo.

Asiento con un gesto y me las entrega.

El enfermero está admirado.

—¿Erais parientes?

No, no éramos parientes. No, no éramos parientes...

¿Ando quizá? ¿Todavía tengo pies? Levanto los ojos del suelo y miro a mi alrededor. Me vuelvo, describo un círculo y otro hasta detenerme. Todo sigue igual



que antes. Solo que el reservista Stanislaus Katczinsky ha muerto.  
No sé nada más.

## XII

Estamos en otoño. Ya no quedan muchos veteranos entre nosotros. Soy el último de los siete jóvenes de nuestra clase.

Todos hablan de paz y armisticio. Todos esperan. Si vuelven a desengaños, se hundirán. Las esperanzas son demasiado grandes, no las abandonarán sin estallar. Si no llega la paz, llegará la rebelión.

Me conceden catorce días de reposo porque he respirado un poco de gas. Paso el día entero sentado al sol en un pequeño jardín. El armisticio llegará pronto, estoy seguro. Entonces podremos regresar a casa.

Mis pensamientos quedan aquí encallados, no pueden ir más allá. Lo que con más fuerza me mueve son los sentimientos. El ansia de vivir, la nostalgia del hogar, la sangre, la embriaguez de la salvación. Pero no son objetivos en sí mismos.

Si hubiéramos regresado a casa en 1916, el dolor que habíamos experimentado hubiera desatado una tormenta. Pero ahora estamos agotados, deshechos, calcinados, sin raíces y sin esperanza. Ya no podremos encontrar el camino que nos conduzca a nosotros mismos.

Tampoco nos comprenderá nadie, porque por delante de nosotros crece una generación que, a pesar de haber vivido estos años con nosotros, ya tenía hogar y profesión y regresará ahora a sus antiguas ocupaciones, en las que olvidará la guerra; por detrás de nosotros crece otra, tal como éramos nosotros, que nos resultará extraña y nos dejará de lado. Estamos de más incluso para nosotros mismos. Envejeceremos; algunos se adaptarán, otros se resignarán, y la mayoría quedaremos absolutamente desconcertados. Pasarán los años y, por fin, moriremos.

Sin embargo, quizá mis pensamientos no sean más que melancolía y turbación, que desaparezcan cuando me encuentre de nuevo bajo los álamos, escuchando el rumor de las hojas. No es posible que se haya desvanecido para siempre aquella ternura que llenaba de inquietud nuestra sangre, aquella incertidumbre, aquel encantamiento, aquel ansia de futuro, los mil rostros del porvenir, la melodía de los sueños y de los libros, el deseo y el presentimiento de la mujer... No es posible que todo haya perecido en los bombardeos, en la desesperación, en los prostíbulos para soldados.

Los árboles tienen aquí un brillo dorado y multicolor; los rojos arándanos asoman entre el follaje. Carreteras blancas se adentran en el horizonte y las cantinas zumban con rumores de paz, como panales de abejas.

Me levanto.

Estoy tranquilo. Ya pueden llegar los meses y los años. Nada pueden arrebatarme ya. Estoy tan solo y tan desesperado que puedo recibirlos sin temor. La vida que me ha conducido a través de estos años late todavía en mis manos, en mis ojos. Ignoro si

la he superado. Pero mientras ella siga ahí dentro, intentará abrirse camino, lo quiera o no la voz que habla en mi interior.

Cayó en octubre de 1918, un día tan tranquilo, tan inactivo en el frente, que el comunicado oficial se limitó a decir que no había novedades en el frente.

Cayó boca abajo y quedó como dormido sobre la tierra. Al darle la vuelta pudieron ver que no debió de sufrir mucho. Su rostro guardaba una expresión tan serena que parecía satisfecho de que las cosas hubieran ocurrido así.



ERICH MARIA REMARQUE (Osnabrück, Alemania, 22 de junio de 1898 - Locarno, Suiza, 25 de septiembre de 1970) es el seudónimo del escritor alemán Erich Paul Remark. Es un autor alemán de posguerra, que cuenta los horrores de la Primera Guerra Mundial.

Participó en la Primera Guerra Mundial, hecho en el cual se inspiró para escribir su máxima obra literaria, *Sin novedad en el frente* (1929), historia en la que describe con implacable claridad y cálida compasión el sufrimiento provocado por dicha guerra.

En 1932, Remarque abandonó Alemania y se instaló en un principio en el cantón del Tesino, Suiza. En 1939 emigró a los Estados Unidos, junto con su primera esposa Ilsa Jeanne Zamboui, con la que se casó y divorció dos veces. Ambos se naturalizaron ciudadanos de Estados Unidos en 1947. Al año siguiente regresó a Europa. En 1958 se casó con la actriz de Hollywood Paulette Goddard y permaneció casado hasta su muerte en 1970.

Se considera a Erich Maria Remarque como uno de los más famosos enemigos del nazismo. En 1933, obras suyas fueron destruidas durante las quemas públicas de libros que llevaron a cabo los nazis en Alemania entre el 10 de mayo y el 21 de junio.